A MIS SACERDOTES

★★★

A mis Sacerdotes

Edición Privada
Estrictamente Reservada
a los Sacerdotes

T E R C E R T O M O

CUARTA EDICION

EDITORIAL "LA CRUZ"
Apartado 1580 — México 1, D. F.

IMPRIMATUR

Leopoldo Ruiz,
Arzobispo de Morelia y Delegado
Apostólico.
México, 21 de noviembre de 1929.

DERECHOS RESERVADOS

CXVI

SACERDOTES CAIDOS

"Es preciso amar a los sacerdotes como los amo Yo: a los buenos y a los no buenos, con mi corazón, todo caridad y ternura, como quien dio la Sangre y la vida por sus vocaciones insignes y por su santificación.

A los sacerdotes indignos los amo más, en el sentido de que me cuestan y de que en sus conversiones más me glorifican.

Y aquí entra la delicadeza, la nobleza santa de los corazones que son míos. Cierto que vine al mundo por los pecadores, por los enfermos, por los descarriados; cierto que soy el Buen pastor; pero ¿preferirían verme herido o coronado? ¿doloroso o feliz, reclinado dulcemente en el amor?

Amo a mis sacerdotes infieles, a mis sacerdotes caídos, a mis sacerdotes prófugos, con ternura incomparable; ¡pero con qué amor de lágrimas, con qué corazón tan herido y despedazado! ¡con los sollozos de mi alma! ¡con la vergüenza de que lo mío, de que lo íntimo mío, que debiera glorificar en Mí y por Mí —porque ellos son otros Yo— al Padre, le arroje lodo con pecados e ingratitudes!

¡Los amo con dolor salvador y me resisten; les hago sentir mi dolor expiatorio, y lo desprecian; les toco el corazón repetidas veces con gemidos, con súplicas, con lágrimas, y me rechazan!

¡Oh, y cuántas veces y de cuántos modos! Pero no me canso; ¡una y mil veces me sacrifico por sus almas y espero a sus puertas hasta que, o llega para ellos una desastrosa muerte, despedazándome el Corazón, o triunfa mi gracia, y entonces radiante de gozo presento a mi Padre esas almas de mi alma, a mis sacerdotes amados!

Con ese amor amo a los desgraciados, a los degradados, que se apartan de la Iglesia; pero, *para los sacerdotes fieles guardo ternuras especiales, caricias de cielo, gracias y dones incomparables.* De estas almas necesito en bien de las otras, y el mayor servicio que mis sacerdotes pueden prestarme es darme las almas hermanas de sacerdotes caídos.

¿No quieren acompañarme, no quieren consolarme? Mi mayor consuelo es darme sacerdotes santos, transformados en Mí, y me los darán sin duda, porque Yo lo quiero. Amen en Mí a esa parte escogida, esa parte que ha caído para levantarla con sus inmolaciones voluntarias, unidas a las mías, en su favor.

Hoy los invito a una tarea muy hermosa, a obsequiar a mi Padre con sacerdotes santos regenerados.

Una madre ¿a quién quiere con especial amor, a un hijo bueno o a otro en peligro de perderse? Pues bien, en ese sentido amo Yo con amor amargo

y doloroso a los miembros desprendidos del tronco y en peligro de separarse de Mí eternamente.

Hay que amar a todos los sacerdotes y preocuparse más, de día y de noche y siempre por los desgraciados que en vida firman su eterna condenación.

Es perciso detenerlos con mis méritos infinitos, con mis lágrimas y las de mis sacerdotes fieles, los cuales, como nadie, deben preocuparse por este fin. Esa es su misión. No hay que dormirse sobre este punto capital de mi Iglesia, pues es urgente que triunfe de Satanás.

Ese debe ser el oficio de los Obispos, ofrecerse en Mí al Padre en favor de los sacerdotes extraviados, degenerados.

Que todos los sacerdotes se ofrezcan especialmente con este fin a mi Padre celestial; que si se han dado a las almas, deben darse especialmente por sus hermanos que atraídos por el mundo, el demonio y la carne, han renegado de su vocación y han manchado con horribles adulterios a la Esposa Inmaculada, la Iglesia.

Esto quiero de ellos: que amen a los sacerdotes caídos, con predilecciones de santo amor, que son predilecciones de inmolaciones y de toda clase de dolor.

¡Oh, si todos los Obispos hicieran lo mismo! . . .

No basta que se lamenten, sino que se inmolen; quiero obras en unión mía, que salven del precipicio a tantos corazones caídos.

Miren a mi Corazón transido de dolor que pide con urgencia divina los medios para consolarme.

Hay mucho que está gangrenado, mucho que está enfermo, débil y expuesto, en mi porción escogida; Y Satanás gana terreno y hay que poner un dique con oraciones, con sufrimientos, con inmolaciones que, unidas al martirio de mi Corazón, serán propicias a mi Iglesia, glorificarán al Padre, que es su Padre, y al Espíritu Santo, que se contrista con esas más que ingratitudes de los suyos.

Siempre mi Corazón se inclina a la misericordia, al perdón, aunque este perdón me haya costado la Sangre y la vida.

El amor a mis sacerdotes va más allá de lo que puede concebir la mente humana, porque es divino. Los amo desde la eternidad, en el seno de mi Padre, con amor entrañable, con delicadeza inconcebible, con toda la potencia de un Dios salvador.

Son míos por doble donación de mi Padre y del Espíritu Santo, que me ungieron con el Sacerdocio eterno, y todos dependen de Mí y todos son uno en Mí, su Cabeza, su Corazón su Principio de acción y de vida, y Yo debiera ser su vida misma.

Nunca acabaría de decir lo que son los sacerdotes para Mí, mis manos, mis obreros, mi mismo Corazón y el centro de innumerables almas.

En el sacerdote veo el reflejo de mi Padre, una fibra santa y fecunda de ese Padre amado.

En el sacerdote me veo a Mí mismo y al Espíritu Santo, que es mi Espíritu.

En el sacerdote contemplo todos los misterios: el de la Unidad, por su ser íntimo con la Trinidad

Santísima; el misterio de la Encarnación, que él perpetúa en cada Misa; el de la Eucaristía, que no puede producirse sin su concurso; veo todos los sacramentos, en fin.

En mis sacerdotes veo a mi Iglesia amada y a miles de almas engendradas en la suya, para la gloria del Padre.

En mis sacerdotes me veo a Mí, a cada paso; pero debería verme en ellos como Yo soy, santo, y no desfigurado por sus pecados y dentro del cieno de muchos muladares.

Entonces tengo vergüenza ante mi Padre y esta vergüenza me ruboriza, me parte el alma con doble martirio, el martirio de la mirada limpia y pura de mi Padre que quiere reflejarse en mi imagen empañada por el lodo que lleva en sí el mismo que me representa, y por el martirio que me causa al ver dislocada y expuesta a perderse esa alma que con tanto amor de predilección he cuidado.

No piensan los sacerdotes que no son ellos solos los que van en pos de los enemigos del alma, sino que me llevan a Mí; y claro está que si pecan ellos, no peco Yo, el purísimo e impecable; pero, en cierto sentido, Yo *en ellos* ofendo a mi Padre.

Y este es un tormento para mi Corazón filial capaz de darme la muerte, si esto fuera posible. Presencio sus crímenes más íntimamente que en el común de los mortales. No muero, y soporto que me abofeteen, me apuñalen y hieran con sus ingratitudes que podrían matarme.

Porque los sacerdotes no son otros Yo sólo en el momento de la consagración, sino que, por la Ordenación sacerdotal, adquieren un sello divino, y la Trinidad reside en sus almas, y presta su concurso para todo acto de su ministerio santo.

Por eso es tan grave un pecado en los sacerdotes, porque me representan a Mí, Sacerdote Eterno y Cabeza de esos miembros santos o podridos, unidos o dislocados.

Y me arrastran por el fango, y peor que los judíos, me crucifican a sabiendas y me posponen a Satanás. Y ríen, cuando Yo agonizo; y duermen, cuando Yo lloro; y ufanos y tranquilos en apariencia, hipócritamente me sirven y sacrílegamente me tratan. Y beben como agua los horribles pecados que se enlazan y forman cadenas que aprisionan, y concluyen por matar la fe; desesperados entonces, sin confianza y sin amor, bajan al infierno.

Al infierno llevan el carácter sacerdotal que es indeleble en el alma, para su mayor tormento; y me llevan en mi Justicia y en el martirio de tender a su centro, Dios y verse rechazados por El.

Hasta el último instante lucha mi misericordia con su inpenitencia; pero concluye el amor, y queda la justicia en Mí y el odio perdurable hacia Mí en ellos.

Es tremendo, es horrible, el juicio y el castigo de un sacerdote renegado, de un alma sacerdotal infiel. Pero lucho, y pongo todo mi Corazón y toda mi ternura, y olvido toda una vida de crímenes

cuando en aquellas almas veo una chispa de confianza y de amor.

Este pensamiento de que un sacerdote no está solo, sino *Yo en él,* no se aprecia ni se utiliza para evitar pecados ni para respetarse a sí mismos con esta dignidad tan única. Muchos luchan por tener mi presencia, cuando mi presencia y todo Yo estoy en sus almas por la fibra santa sacerdotal de mi Padre que los hizo míos, que los hizo otros Yo, por la que en ellos me ve a Mí, Jesús, su Hijo amadísimo.

En la ordenación se les da la fecundidad, ampliada por decirlo así, para la salvación de las almas. Esa fecundidad del Padre la llevo Yo plena y le Espíritu Santo es quien la difunde. Yo me formo en el corazón del sacerdote por el Espíritu Santo con la fecundación del Padre, y por esto vivo en ellos y ellos debieran vivir en Mí".

CXVII

AUXILIOS PREVENTIVOS

"Quiero que en cada Misa se renueve con la mente el ofrecimiento por mis sacerdotes caídos o en peligro de caer.

Necesitan mucho mis sacerdotes de auxilios *preventivos;* hay corazones débiles en los que Satanás trabaja con más insistencia para hacerlos caer y necesitan de esas gracias que el Espíritu Santo da a quien con humildad y confianza se las pide.

Pero no sólo quiero que los sacerdotes necesitados las pidan, sino que haya almas consagradas a pedir esas gracias preservativas. No tienen idea de los peligros en que viven muchos de mis sacerdotes y necesitan dobles gracias, mayores auxilios, y mucha oración y vida interior para no mancharse.

Los lazos que Satanás les tiende son numerosos y en sus corazones rugen tempestades terribles que él fomenta con mil tentaciones tremendas y avasalladoras. ¡Salven esas almas con la paz y con la serenidad de mi Corazón!

A mis sacerdotes también turba y engaña de mil modos Satanás; también les encubre la gravedad de los pecados, so pretexto de que, por sus estudios, están por encima del común de los mortales; y busca engaños sutiles, apreciaciones contemporizadoras y criterios erróneos con que los encadena y los mancha.

Emplea armas especiales y virtudes falsas cuyo fundo es pura soberbia y los ofusca, los enaltece e hipócritamente los hunde.

Muy astuto es Satanás para engañar a mis sacerdotes, que no por ser sacerdotes dejan de ser humanos. Por eso ellos más que nadie necesitan como de un invernadero —mi Corazón— que los oculte, los penetre, los ilumine, los envuelva, los caliente y los salve. Un sacerdote sin vida interior, sin oración, es una hoja con la que el viento juega y que Satanás puede utilizar de muchos modos y hacerle daños incalculables.

Más que nadie los sacerdotes deben vivir alerta

y desconfiados del enemigo de las almas que ansía perderlos o disminuir a lo menos mi gloria en ellos.

Me ve a Mí en ellos, y por eso su rabia es más furiosa y las ansias de perderlos o mancharlos más activas que respecto de otras almas. Por eso la devoción del Espíritu Santo y a María debe ser su alimento constante y consumada su transformación en Mí.

Cuando me tentó Satanás en el desierto, en Mí, Sacerdote Eterno, quiso tentar a todos los sacerdotes futuros que bullían en mi Corazón. El vislumbraba un reinado interior del cual mis discípulos serían los ministros. Y aunque no le era dado ver todo el plan de la Redención y de la Iglesia, sí se percataba que tendría formidables enemigos que le quitarían las almas con mi doctrina de inmolación y de Cruz.

De ahí su eterno odio a todo lo mío. Así es que si un sacerdote es lo más grande y sublime de la tierra, es también el blanco capital de los eternos odios; porque el demonio no ve en el sacerdote sólo al hombre, sino *a Mí en el hombre*, a mi imagen siempre, y a Mí mismo, su enemigo irreconciliable.

Y por eso lo que para el sacerdote es una gloria, el ser otro Yo, para Satanás es una cosa insufrible que odia y de su cuenta la arrancaría de la tierra.

¿Cómo, pues, el sacerdote puede resistir y rechazar las tentaciones?

Sólo como lo he dicho, por su transformación en Mí. El único, divino y delicioso recurso del sa-

cerdote, si quiere ser ángel, si quiere ser perfecto, sí quiere ser santo, es ser otro Yo en la tierra.

Yo estoy en ellos por razón de su estado sacerdotal, por el sello divino del Espíritu Santo que es imborrable, por su trato continuo con la Trinidad, por la encarnación mística en sus misas, por ser plenamente Yo mismo en ellos al celebrar el Santo Sacrificio; pero, ¡ay! ellos *no están en Mí,* en su conducta, en sus frialdades, en sus olvidos, en sus acciones innobles.

Y ¿qué es lo que puede arrancar las gracias para los sacerdotes, *las preventivas,* que son tan indispensables y que tan poco se piden? El ofrecimiento del Verbo al Padre, mi sangre y mis méritos. Pero ¿saben qué, principalmente?

—Los dolores íntimos de mi Corazón, que como lo he dicho han sido como lo más precioso y exquisito en Mí, dolores que dediqué en mi vida mortal y ahora dedico místicamente en favor de mis sacerdotes amados.

Y ¿lo diré? Ellos y las almas escogidas infieles son las que forman la Cruz interna que me desgarra en el silencio, sin que nadie la vea; la cruz dolorosa y cruel de las ingratitudes, de los horrendos pecados de los que son míos.

Pero ¿qué hago Yo, su Víctima divina y humana? Ofrecer esos mismos internos e intensos dolores al Padre, en su favor; son como pedazos de mi corazón herido por sus crímenes que pongo como incienso y quemo ante mi Padre, con agonías íntimas por su bien. ¿Qué hago Yo? Me pongo como muralla

ante mi Padre amado, para detener el castigo del cielo que los pulverizaría.

Ese el el oficio de mi Corazón de amor: agonizar en esos dolores íntimos, crucificado en la Cruz interna que los sacerdotes causan, ofrecerlos por su salvación y detener con mis gemidos íntimos los castigos del cielo. Este es mi Corazón, vibrante de ternura y de dolor por mis sacerdotes que no lo saben ni lo agradecen, antes bien atizan ese fuego doloroso con sus desprecios y deslealtades".

CXVIII

SACERDOTES INACTIVOS

Hay muchos corazones sordos que no escuchan mi voz, esa dolorida voz de un Dios que quiere salvar al mundo, pero *por sus sacerdotes.*

El único medio eficaz para detener al infierno desatado es el sacrificio.

Hay en mi Iglesia tesoros que no se utilizan; perlas que no se valoran, gracias y dones detenidos, a mi pesar, por la falta de celo de los que son míos. ¡Si apreciaran mis sacerdotes el valor de una sola alma y se hicieran el cargo de lo que me ha costado!

Ahora bien, tratándose de las almas hermanas de sacerdotes caídos o por caer, ¿por qué ven este punto con apatía, con egoísmos, como si vieran rodar lo que nada vale? ¿Vieran qué dolor me causa el egoísmo fraternal y aun paternal en mi Iglesia, en quienes no ven lo mío como propio, y más que

propio, por ser de origen sobrenatural y divino, como son las vocaciones sacerdotales que ruedan de abismo en abismo sin encontrar un dique? ¿Cómo despertar en las almas de muchos sacerdotes el celo por mi Iglesia y por mi gloria?

¡Cuántos sacerdotes viven tranquilos en su egoísmo y comodidad, creen que cumplen su santa misión y no se ocupan más que de sí mismos!

¿Qué no ven a su alrededor necesidades urgentes en mi Iglesia que pueden remediar, si no con obras, sí y mil vces sí, con inmolaciones y sacrificios?

¡Esas que no creen mis sacerdotes que sean obligaciones, lo son graves! ¡Cuántas veces me contristan, me lastiman y me hieren en la delicadeza íntima de mi Corazón!

Por estos sacerdotes también hay que orar y sacrificarse; por los pasivos, por los egoístas, por los que sólo se preocupan de sí mismos en lo poco y en lo mucho; por esos sacerdotes *exclusivos,* que vegetan en la vida de celo y en la vida espiritual, hay que pedir mucho, porque son más de lo que se cree, y me siento herido en lo íntimo de mi alma con su apatía y mediocridad.

¿Sacerdote, y sin acción? ¿Sacerdote, y sólo para sí mismo? ¿Sacerdote, y sin sacrificarse por los demás? Esto es una aberración; y serían sólo de nombre estos parásitos, si no fuera porque el carácter sacerdotal es imborrable y las obligaciones que impone sacratísimas. ¡Cuánto purgatorio, y hasta más, acumulan estos sacerdotes tibios!

Y esta parte desoladora y triste de mi Corazón vengo a presentarles, pero no tan sólo con el fin de participarles mi amargura, sino para que oren y se inmolen en mi unión por esta causa y con el fin de transformalos en Mí.

Estas almas sacerdotales olvidan su origen y los deberes que contrajeron en su ordenación. Son de las almas y viven para sí mismos; dejan rodar al abismo, a su rededor, corazones que debían salvar, y no lo hacen con el vano pretexto de *que no les toca,* que no son de su cargo. ¡Como si las almas no fueran la misma vida del sacerdote!

¡Oh, y cuánto de esto hay en mi Iglesia, a veces patente y otras velado, pero siempre real, *el egoísmo* de muchos corazones! ¡Duermen tranquilos cuando el mundo se hunde, cuando las almas reclaman su auxilio, sus consejos, sus sacrificios, su acción salvadora y santificadora!

¿Cómo sacudir a estas almas sacerdotales que me costaron los íntimos y acerbos dolores de mi Corazón? ¿Cómo despertarlas de ese sueño de muerte que los paraliza para el cielo?

Sufro mucho con esta parte de mi Iglesia que vegeta en la inacción, que no comprende o no quiere comprender ni su misión sublime, ni mis ejemplos heroicos, ni mi infinito amor por las almas. Todo les cansa, todo les fastidia, y sólo sus propios gustos y caprichos forman su centro, y son para ellos el soberano al que obedecen...

Muy escogidos los tiene Satanás sin que ellos lo comprendan; no hacen daño —creen ellos— y lo

hacen muy grande con su pereza y nulidad. ¿En dónde está su vida de sacrificio, ellos que diariamente me sacrifican en el altar?

¿En dónde está su fe, su oración, su mortificación, su sed para darme gloria?

Déjenme mis sacerdotes fieles levantarles el velo de mis martirios a sus ojos para que mis penas sean sus penas y los martirios de mi Corazón, sus martirios. Pero también para que en mi unión pidan, expíen, oren, unan sus dolores a los míos y alcancen esas gracias poderosas para derretir el hielo de esos corazones congelados para el cielo y sólo sensibles para la tierra de sí mismos.

Es más difícil lo que hoy pongo a su vista; es decir, es más difícil hacer reaccionar a los corazones egoístas y tibios y sin fe, que a los que por desgracia o debilidad caen en horribles abismos, pero que tienen almas que vibran, que despiertan, que se conmueven, que recuerdan mis beneficios y con energías divinas vuelven arrepentidos a mis brazos. A esos pródigos los recibo gozoso, y restaño su sangre, y cicatrizo sus heridas, y los utilizo para mi gloria.

Pero a esos corazones débiles y sin fe, inactivos hasta para sí mismos, ésos son los que causan nauseas a mi Corazón y me repugnan.

Pero quiero salvarlos, quiero que se pidan gracias poderosas al Espíritu Santo para transformarlos y conmoverlos: ¡son míos!

¿Cómo dejarlos vegetar, agotarse en la ociosidad y perderse? ¡Cuántos me darían mucha gloria! ¡Cuántos valen y no utilizan el Don de Dios! ¡Cuán-

tos entierran sus talentos para vivir una vida inútil, sin pensar que llegará la muerte a sepultarlos sin haber dado fruto sobre la tierra!

Habiendo tánta míes en mi Viña, no hay suficientes obreros, porque ha cundido este vaho de infierno en muchos de mis sacerdotes que los aletarga, que los hipnotiza, que los paraliza para la gloria de mi Iglesia en las almas.

Muchos reaccionarán; esperan sus almas ese riego y llenos de fervor santo me darán gloria.

Pero ya lo saben; mis gracias cuestan, y las gracias para mis sacerdotes cuestan más.. ya lo saben..."

CXIX

CARIDAD QUE DEBEN TENER LOS SACERDOTES POR SUS HERMANOS CAIDOS

"Insisto en que mis sacerdotes fieles pidan por los que no lo son; quiero que se preocupen por esta causa y que con oraciones, sacrificios y acciones trabajen en favor de sus hermanos caídos o en peligro de ofenderme. Quiero desterrar de mi Iglesia el exclusivismo, esa falta de caridad que detiene a los sacerdotes en el camino del bien.

Y si es un deber en el sacerdote preocuparse y tender la mano a cualquiera alma en peligro, más lo es cuando se trata de un hermano, de otro sacer-

dote que reclama, en la situación peligrosa en que se encuentra, su acción salvadora.

Hay también mucho egoísmo en este punto tan doloroso para la delicadeza de mi Corazón, y es la apatía y poco celo que hay en mis sacerdotes buenos por los que no lo son. Se conforman, a lo más con avisar a su Obispo sin ocuparse de lo que libre y fraternalmente pudieran hacer en favor del hermano en peligro o sumido en el pecado.

Hay falta de unión dentro de esa familia que forma un solo Cuerpo, del que Yo soy Cabeza. Muchos respetos humanos paralizan la caridad que debieran impartirse unos a otros de muchos modos; les falta celo, porque les falta amor.

Debieran verme a Mí en sus hermanos, debieran contemplar esa afinidad santa que los une y los segrega como a parte escogida del común de los hombres. Si se examinaran sin pasión, verían que han sido culpables en este punto, unos más que otros, al dejar rodar al abismo su misma sangre, a un miembro de su mismo cuerpo, sin detenerlo.

Muchos se sentirán culpables por no haber obrado exteriormente en favor del hermano caído, y otros por no ejercitar la caridad por la oración y el sacrificio —que todo lo alcanza—, por su falta de fraternal celo en bien de esos hermanos, que no por ser degenerados dejan de ser hermanos.

Aunque sólo fuera por el deber que tienen de velar por el honor de la Iglesia, por la integridad del santuario, mis sacerdotes fieles debieran preo-

cuparse —¿qué digo?— desvivirse, por quitar o por cubrir a lo menos esos desprestigios que me quitan gloria. Hay apatía en este punto tan capital en mi Iglesia, tan trascendental en las almas. Debían y deben mis sacedotes impedir con todas sus fuerzas estos descalabros en la familia sacerdotal.

¡Ay! y si esto no pueden, sí pueden orar, llorar, clamar al cielo y expiar tan horrendos crímenes. ¿Cómo viven tranquilos sin contribuir, aunque sea con su grano de arena, a reparar, a cubrir con sangre, con lágrimas ante mi Padre las gangrenas de su Cuerpo mismo en los sacerdotes culpables?

Hay poco empeño en este punto, apatía y egoísmo sobre el particular, repito, y mi pecho se contrista, y de muchos modos, por los pecados de los culpables y por el *poco amor* de los que son buenos, pero que deberían sufrir por los miembros enfermos —¡cuántos de muerte!— de su misma sangre.

Esa calma, cuando hay que amar, orar, expiar y sacrificarse, me contrista, me lastima en lo más íntimo, y vengo hoy a vaciar en el corazón de mis sacerdotes fieles estas espinas que punzan el mío: la falta de celo y de caridad en los que son míos. Se preocupan más de las almas de fuera, que de las de dentro, que de las de su misma familia, que destruyen mi gloria y envenenan a tántos corazones con sus escándalos y mala conducta.

Salvar un alma hermana es para el sacerdote como si salvara muchas, innumerables, tántas cuantas estaban vinculadas al celo del que debiera ser

santo. Por esta proporción, los sacerdotes deberían hacerse el cargo del deber imperioso que tienen de preocuparse muy seriamente de sus hermanos caídos o en peligro de rodar por el abismo. Muchos no podrán obrar en su favor; pero sí pueden todos orar, impretar gracias poderosas, gracias especiales que detengan al culpable, que lo arranquen del mal, que lo conviertan y aun lo santifiquen.

¡Oh, si mis buenos sacerdotes hicieran la prueba siquiera! Pero muchos de ellos se descuidan en este punto capital que ahora les recuerdo. Y este recordarles su deber *es amor,* amor para ambas partes, para los sacerdotes buenos y para los sacerdotes malos; es predilección infinita para salvar a los caídos y para quitar purgatorio a los que no tienden los brazos para librarlos.

Se necesita despertar almas de sacerdotes, sacudir el sopor en que muchos se adormecen. Se necesitan obreros activos y santos en mi viña. Se necesitan sacerdotes transformados en Mí, que corran tras las ovejas descarriadas y, aunque tuvieran que sangrar y espinarse, las traigan al redil.

Y esto no sólo toca a los Obispos, sino a todos los sacerdotes, sobre todo cuando se trata de sus mismos hermanos.

Hay que dar un gran impulso a la vida sacerdotal y conmoverla de raíz, para que se enciendan más los buenos y sacudan su inercia los tibios respecto de los suyos, de los que más cruelmente lastiman mi Corazón de amor.

Quiere el Espíritu Santo dar un gran impulso a su Iglesia, quitando estos estorbos que comunico para que se remedien. Mi fin en estos desahogos de mi Corazón es muy alto en bien de mi Iglesia para la perfección de los sacerdotes y su transformación en Mí.

Yo veo como hermanos a mis sacerdotes caídos, imperfectos; soy su Cabeza, son mi Cuerpo, mi familia íntima, son otros Yo mismo, y lo debieran ser con todas mis virtudes y perfecciones. Como Hermano, me duelen sus deslealtades y me causan muy hondos martirios; y quiero que mis sacerdotes vean con ese mismo amor fraternal a esos miembros dislocados y los traigan a su lugar; pero con el mismo amor que Yo, con la misma caridad, con el mismo celo abrasador y santo que me caracteriza.

¿Creen que si mis sacerdotes estuvieran transformados en Mí, verían con calma rodar por el cieno pedazos de mi Corazón? ¿Qué falta, pues?

—Que sean Yo, que participen de la caridad que inflama mi pecho, que se quemen, que ardan por la gloria de mi Padre, por la honra de mi Iglesia, por la pureza de este Cuerpo que forman Conmigo.

Todo el mal está en que ven como secundaria la estructura purísima de mi Iglesia amada, en que no se penetran de su misión excelsa, en que no se preocupan de honrarla y purificarla. Viven sin pensar, sin ahondar, en el deber santo que tienen, por ser de sacerdotes, de velar por su causa, de darle brillo con sus virtudes, de cuidar de los elementos

que rodean el altar, de arrojarse a salvar las almas de los ministros, sus hermanos, de cicatrizar heridas y cubrir cuanto pudiera desdorarla.

¿Ven todo lo que pueden y deben hacer mis sacerdotes y que muchos no lo hacen? Pidan un nuevo pentescostés interior que penetre los corazones sacerdotales y los impele, y los incendie, y los abrase en el santo celo que consume mi Corazón.

Este es el remedio y no otro para los males que minan sordamente, ocultamente, a mi Iglesia, en muchos corazones sacerdotales. El Espíritu Santo pide su reinado, y las tranformaciones de los sacerdotes en Mí se multiplicarán, y su fuego purificará a esos sacerdotes.

CXX

LO QUE VALE UN ALMA SACERDOTAL

"Las almas me costaron el precio de mi Sangre y sólo con ese precio se las puede redimir, porque es la moneda con que se compran las gracias; y las almas de mis sacerdotes se compran con la Sangre de mi Corazón, es decir, con sus espinas y sus dolores íntimos, que son el precio de mis sacerdotes amados.

Aquí, en mi Corazón, está la mina con que les compren el cielo; sólo ahí encontrarán el precio de su rescate. Ellos, con sus pecados forman los martirios de mi corazón, su cruz interior, es decir, lo

más doloroso, la amargura más desoladora y fina que puede existir; y solamente con ese mismo dolor se adquiere su rescate, con lo más acerbo de mis dolores.

La oración y el sacrificio mueven el Corazón de mi Padre a otorgar esas reacciones: pero Yo las compro con la médula de mis entrañas, con las incomparables angustias de mi Corazón. Ahí tiene el sacerdote su precio, de ahí salió su vocación; esas penas íntimas que pocas almas conocen les dieron la vida sacerdotal, y sólo ésas los pueden, ya caídos, redimir y salvar.

Es verdad que Yo, ya glorificado, no puedo sufrir; pero ahí tienen un misterio: como en Mí todo es presente, aquellos dolores misteriosos subsisten hoy como ayer y como siempre; porque fueron dolores divinos los de mi Corazón —en cierto sentido aun anteriores a mi existencia en la tierra (1)—, con los que compré las vocaciones sacerdotales, allá en el principio sin principio; y existieron en mi vida mortal, y místicamente se perpetúan hasta el fin de los siglos, hasta que no haya un sacerdote que necesite de su influjo y fecundidad para su santificación y glorificación.

Mi Corazón de Hombre-Dios ha latido con amor infinito, aun antes de los siglos, en cuanto que para Dios todo es presente; y así como mi gloria es perpetua, así también los dolores íntimos de mi Corazón ¿por qué no han de perpetuarse? Y más, siendo como son el origen y la cuna del sacerdocio, y serán siempre la fuente de las vocaciones, el venero fe-

cundo del sacerdocio, la riquísima mina de sus virtudes y de sus gracias, y por fin, el sepulcro místico donde reposen eternamente.

Este es mi Corazón para el sacerdote: su alfa y su omega; su principio amoroso en el seno del Padre, un mar doloroso desde el seno de María y su ocaso glorioso en la bienaventuranza eterna.

Nada hay tan íntimo en mi Corazón como los sacerdotes. ¿Comprenden ahora mi amor infinito hacia ellos? . . ¡Si ellos son como las entrañas de mi alma, si los llevo desde la eternidad en los abismos ternísimos de mi Corazón, si ese Corazón mío les ha dado la vida de la gracia por el Espíritu Santo, la vida divina del Verbo y la misma fibra paternal de mi Padre amado! ¿Por qué desconocen tan grande favor de singular, de excepcional predilección?

Ellos, mis sacerdotes pasados, presentes y futuros, están preconcebidos en la mente del Padre y acariciados eternamente por el amor sustancial del Espíritu Santo en el Hijo. La Trinidad los envuelve y todo un Dios se recrea en su obra predilecta, en la Iglesia que esos sacerdotes forman. ¡Oh, si meditaran los sacerdotes lo que deben a las Divinas Personas! Escogidos entre millones, elegidos eternamente, predilectos entre todos, han sido muy especialmente segregadas sus almas para el Santuario.

Y entre estas predilecciones de amor, ¡cuántas almas desertoras, cuántas otras prófugas en su divina vocación y cuántas infieles a ella, y por tanto, a tan innumerables y singulares gracias! Abandonan el oro por el oropel, por el cieno, y dejan la

blancura, se hunden en lodazales impuros y llevan hasta allá lo que nadie puede quitarles: su origen en la Trinidad y su carácter sacerdotal en la Iglesia santa que abandonan. Nacidos en mi Corazón, abandonan ese nido de santo amor, arrancándome delicadas fibras, pedazos de alma, trozos de vida.

Si no fuera Dios, estas deslealtades me costarían la vida, tan crueles son para mi Corazón de amor.

No se aprecia el infinito valor de la vocación sacerdotal; no se estudia su origen, no se valora su precio, no se comprende su principio, no se ahonda en los santos misterios que encierra; se la ve como una gracia grande, si, pero no divinamente santa y santísima, y por eso se le aprecia superficialmente, y se la desprecia, y se la mancha con facilidad.

¡Oh, si comprendieran mis sacerdotes a fondo, con seriedad, con luz divina, el valor de una vocación sacerdotal y que me costó a Mi dolores y Sangre en la Cruz, pero sobre todo crueldades y amarguras desgarradoras en lo íntimo de lo íntimo, en la Cruz interna de mi Corazón, de qué distinto modo se portarían muchos!!

Lejos de arrastrar como pesado fardo lo que debiera ser su honra y su vida, apreciarían y amarían con todas las energías de sus almas gracia tan singular y tan del cielo.

Allá eternamente sonrió el Padre en su mente divina al contemplar, extasiado en Sí mismo y en sus perfecciones infinitas, un rasgo de El mismo

en la tierra, unos seres predilectos que *lo prolongarían* creados expresamente para su gloria.

Al formar en su mente —hablando en el lenguaje humano— esta visión de amor, su Iglesia amada, atrajo hacia Sí al Amor mismo, al Espíritu Santo, para que la formara; y esta Persona Divina reflejó en Sí misma el designio del Padre.

Y en aquel reflejo de ambas Personas Divinas en un solo amor, afocado a esa Iglesia futura pero presente para Dios, el Verbo se hizo carne en aquella eternidad de pensamiento; y esa Encarnación se realizó de hecho en María en el tiempo fijado por Dios.

En esa Virgen se afocó aquel Amor eterno y sin principio, procedente del Padre y del Hijo, para formar un Cuerpo santísimo, un Corazón de carne en el seno purísimo de María, para que de éste saliera en el tiempo lo que había tenido principio en la eternidad.

Por eso, muy principalmente, el Verbo se hizo carne, como para formar en la tierra esa legión santa de los sacerdotes, ideal del Padre, engendrados en su mente, frutos del Espíritu Santo en su fruto Jesús, primer Sacerdote, formados y crecidos y envueltos en mi Corazón de Hombre-Dios.

Ahí está su cuna, repito: engendrados en la mente del Padre, formados en Mí en el seno de María —con la fibra sacerdotal del Padre en sus vocaciones— por el Espíritu Santo.

Nacen en la tierra, pero *no para la tierra,* sino con un destino sublime, celestial, divino; para re-

presentarme a Mí, para ser otros Yo, para honrar a mi Iglesia y hacer que continúe la sonrisa divina de mi Padre, que en cada sacerdote se proyecta y que no debe quedar estéril, sino que debe producirme a Mí en ellos y en las almas, para hacer de la Iglesia una imagen de la Trinidad, palpitante y perpetua, que como manantial divino riegue el campo espiritual y salve almas.

No sólo no debe mancharse esa sombra divina en el sacerdote, pero si niquiera ha de empañarse la limpidez de su brillo, sino perpetuarse en el sacerdote y servirle de escudo para ahuyentar de él a Satanás.

¡Ya verán si, siendo los sacerdotes lo que son, Satanás no codiciará semejantes presas! Es en lo que más trabaja, en ese campo sacerdotal, porque es lo que más odia: a Dios mismo, a su reflejo divino. Por eso es un triunfo para el demonio la conquista de un alma de sacerdote, porque se enfrenta con el mismo Dios, porque me vence, pisoteando a mi Iglesia en ellos; por eso dirige allí con más furia sus baterías, porque en su soberbia no puede soportar dignidad tan alta con ese reflejo del cielo.

En los sacerdotes debía existir Yo, como Dios y como hombre, es decir, en mi Divinidad una con el Padre y el Espíritu Santo, y en mi Humanidad santísima, retratada en ellos. Tan alto y excelso es el estado de un sacerdote; tiene el poder de la Trinidad en los actos del ministerio; se transforma en Mí mismo en el Santo Sacrificio; y lleva en sí mismo la santa unción del Espíritu Santo. Entonces ¿qué le falta?...

—Penetrarse de *lo que es, de lo que representa,* y respetarse a sí mismo, y en él a Mí, único digno de todo honor.

Tiene todo lo mío participado, no para que se encumbre con soberbia, sino para que, agradecido hasta lo infinito, me dé gracias con amor y con *almas.*

Esta es mi doctrina, éstas son mis enseñanzas; pero son mucho más; ¿saben lo que es?.. —Es amor, es recordar a mis sacerdotes muy amorosamente lo que muchos olvidan, lo que otros ignoran y lo que todos deben saber y agradecer".

---

(1) En cuanto que fueron previstos desde la eternidad.

CXXI

IMPEDIMENTO PARA RECIBIR LAS GRACIAS SACERDOTALES

"¿Qué sentiré yo que, como Hombre, poseo al Espíritu Santo y soy el conducto para difundir sus gracias especiales, purísimas y fecundísimas, en corazones sacerdotales y no encontrar quien esté dispuesto a recibirlas? Bullen en mi pecho, pesan en mi alma, quiero vaciar ese torrente divino en almas sacerdotales —que para eso las deposita el Divino Espíritu en la mía—, y tengo que poner una compuerta en esos ríos desbordantes y cargar con ese inmenso y divino peso del cielo; porque encuentro

cerradas las puertas de muchos corazones de los míos que no se abren para recibirlas...

¡Ay de los corazones sacerdotales que no son nidos del Espíritu Santo! Pues ese Santo Espíritu, por mi conducto, toca las puertas de esos corazones y se ve rechazado —¡cuántas veces!— sin que quieran los sacerdotes recibir los tesoros del cielo que los harían santos.

Son impedimentos para recibir esas gracias: el pecado, la inacción culpable, la disipación, el mundo y la concupiscencia de los sentidos. Son impedimentos: la poca fe, el orgullo del que se cree suficiente sin nada necesitar, la falta de vida interior que agota las energías sobrenaturales e insensibiliza para la vida de la gracia. No me cansaré de decir que la vida interior es el sostén del sacerdote, que la oración es su defensa y la pureza del alma, su vida.

Todas esas gracias son gracias de amor, salidas del Amor mismo, que es el Espíritu Santo, y afinadas por El mismo, propias para el corazón del sacerdote. Son gracias muy especiales —que son las que ellos necesitan—, gracias de gran potencia: de fortaleza para sus tentaciones, de abnegación para sus sacrificios, de luz para difundirla en las almas, de pureza para blindarlos contra el enemigo, de rectitud para los cargos que desempeñan, de celo para la gloria de mi Padre, de cruces para transformarlos en Mí.

Pero vuelvo mis ojos de la tierra al cielo diciendo en la amargura de mi corazón: *no las quieren, Padre amado: pero espera, más tarde reaccionarán y entonces caerán como copiosa lluvia esas gracias*

transformantes que los unirán Contigo, en mi unión, consumados en la unidad.

Hay que orar, y clamar, y sacrificarse e inmolarse, diciendo a mi Padre, por su Verbo, que esas almas sacerdotales se abran, se limpien, se humillen y se amplíen para recibirlas.

A medida que esto se haga, se conmoverá mi Padre, se hará sentir el Espíritu Santo en esos pechos sacerdotales, y las rocas de muchos corazones se romperán, y se abrirán las puertas de los sacerdotes tibios, y los corazones de los sacerdotes caídos reaccionarán, y los tentados volverán su vista al cielo, y los sacerdotes buenos crecerán en virtudes, en acción y en unción, al recibir toda esa lluvia bienhechora de los dones y de las gracias del Espíritu Santo, que los transformará en Mí.

Entonces mi Corazón descansará de este peso de gracias que ansío derramar en mi Iglesia amada; de esta manera me ayudarán en la santificación de los sacerdotes, en la glorificación de mi Padre amado y consolarán así mi Corazón.

Tienen que comprarme hasta las vocaciones sacerdotales futuras. Porque, aunque Dios los ha elegido desde la eternidad, tiene el hombre su libre albedrío para aceptar o rechazar o retardar las gracias del cielo. Ese libre albedrío que Yo di al hombre es mi martirio y mi gloria. Y todavía tienen que pedir que, ya aceptadas las vocaciones sacerdotales, perseveren en ellas las almas escogidas para el altar. Para esas vocaciones reales, pero en peligro

o vacilantes, también se necesitan muchos sacrificios en su favor.

A muchas pierde el mundo, el demonio y la carne. Muchas, entre el gran número que Dios ha dado, se pierden por falta de almas que por esas vocaciones se sacrifiquen; gran número hay que Satanás engaña. Quedan desgraciados esos seres en el mundo, pues dejaron a Dios por las criaturas y el cielo por la tierra. Vagan siempre con remordimientos en el alma y tratan de acallarlos con más y más pecados que muchas veces los orillan a un desastroso fin.

No se pide por esa clase de almas necesitadas, quizá más que ningunas, de auxilios espirituales y no hay quien se preocupe de tenderles la mano, de darles un consejo, de luchar en todos sentidos para arrancarlas de alguna tentación o peligro. Ahí va nada menos —en una vocación sacerdotal perdida— que un sinnúmero de almas vinculadas a ella que me darían gloria. Y es que pocos o nadie se hacen el cargo debidamente, *hondamente,* de lo que vale un sacerdote para Mí. Ahí voy Yo en él, en el santo germen bendito de aquella verdadera vocación del cielo que se pierde ¡y cuántas veces por culpa de quienes debían compadecerse y luchar por detenerla!

Este es otro punto muy capital para mi Corazón, por el que pocos se preocupan, aun los mismos que tienen el deber de preocuparse. Ven con pena, sí, pero con cierta indiferencia, que se arranca ese sarmiento de la Vid que debería dar mucho fruto en mi servicio y en el de las almas. ¿Cómo haría-

mos para que se remediara ese mal, multiplicado en muchos Seminarios y Congregaciones? ¿Saben como? Sólo por el amor; porque el amor a Dios se prolonga inevitablemente en el amor al prójimo. Y si me amaran los que son míos, velarían más por esas vocaciones que son futuros triunfos para el cielo y un bien inmenso para las almas.

Y voy a decir una cosa: al despreciar esas vocaciones que, por debilidad, por tentación o por capricho o falta de virilidad en mi servicio, mueren, me dejan rodar a Mí, como quien dice, en esas almas predilectas en las que está el germen santo y divino de un sacerdote, otro Yo, de un miembro de mi Iglesia santa, de un incensario ardiente para la gloria de toda la Trinidad.

Me quejo de este punto, porque me duelen esos miembros de mi Cuerpo sacerdotal, esas como sangrías a mi Iglesia amada, y sufro por Ella que pierde un elemento salvador, por mi Padre que puso en esa vocación una fibra fecundante para las almas. ¡También me duele el alma de ese prófugo que no tuvo una mano dulce y caritativa que lo detuviera!

Porque para Mí mis sacerdotes son como la médula, la sustancia de mi Corazón, lo más íntimo de mi alma, los elementos exteriores con que cuento para la gloria de mi Padre y el bien de las almas. No saben el precio que tiene para Mí un alma sacerdotal, porque no hay idea en el mundo del celo que devora mi pecho por la gloria de mi Padre y por la salvación de las almas.

Al bajar a la tierra no tuve otro fin, sino el de glorificar a mi Padre, a toda la Trinidad, con la esplendidez y magnificiencia de mi Iglesia en sus ministros, y el de que por esos mismos medios se salvaran las almas. Quería glorificar a mi Padre en un Cuerpo del que Yo fuera la Cabeza y en cuyos miembros me viera a Mí, su eterna delicia. Quise perpetuar en la tierra mi imagen, lo que lo extasía, lo que lo reproduce, lo que inefablemente forma su dicha: ¡su Verbo!, ese Verbo engendrado por El eternamente y a quien ama con toda la potencia con que un Dios puede amar.

El Padre sólo puede amarse a Sí mismo; y en El, a su Verbo; y en su Verbo, por el Espíritu Santo, a su Iglesia; y en su Iglesia, reflejo de su unidad, a todas las almas.

Ya verán si para Mí es un gran dolor que una vocación verdadera se pierda, por el encadenamiento que trae Conmigo desde la eternidad.

Hay gracias preventivas que impiden en mis sacerdotes muchos descalabros y caídas. Voy a enumerar las clases de gracias en las que se han de fijar más, para que imploren del cielo que sean recibidas por todos mis sacerdotes.

Hay que comprar muchas gracias y pedir recipientes dispuestos: gracias para sostener las vocaciones; gracias para los sacerdotes caídos, para que se levanten y humillen y arrepentidos me sirvan. Hay que alcanzar gracias *preventivas* o de preservación para tantos buenos sacerdotes que cruzan por el lodazal del mundo, para que no manchen sus

estolas inmaculadas. Hay que pedir gracias de perseverancia para los buenos.

Yo dije a los buenos: "Velad y orad para no caer en la tentación". ¿Quién no está expuesto, mientras vive, a trocarse de amigo en enemigo? —¿Digo quién?— Los sacerdotes transformados en Mí, porque entonces rechazarán a Satanás como Yo lo hice y cruzarán la tierra con sus cuerpos, pero sus almas divinizadas estarán en el cielo con sus afectos y sus obras.

Sin embargo, hay que sostener el fervor de esas sacerdotes santos, en el sentido de que Satanás no duerme y que, si me tentó a Mí, puede acometer a ellos: pero saldrán ílesos si son otros Yo y si pueden responder *lo que Yo*.

Muchos grados hay de transformación que puede crecer y desarrollarse hasta la plenitud unitiva, en lo posible en la tierra, y cuya consumación está en el cielo.

Este es el programa: recibir y dar. ¿Y cómo? Ofreciéndome al Padre, humildes y sacrificados, implorando su perdón y misericordia para unos, y preservación y carismas para otros, en unión con María, inmolándose siempre en su favor.

¡Vaya si es extensa esa misión de amor y de dolor! Pero hay que cargar lo que Yo cargué: mis dolores para comprar gracias para los míos, a fin de que haya recipientes de sacerdotes puros, tibios o fervorosos, limpios o manchados, caídos o por caer, tentados o débiles, en donde vaciar esas hermosas perlas que están escondidas dentro de mi Corazón".

CXXII

SACERDOTES DEMASIADO ACTIVOS

"Así como hablé de los sacerdotes pasivos que duermen en una inercia deplorable, como con anemia espiritual, sin querer ni pretender sacudir el sopor y cambiar la rutina de su vida egoísta y exclusiva; hoy quiero hablar de un escollo opuesto: el *acumulamiento de trabajo que ahoga el espíritu.*

Es cierto que hay casos y ocasiones en las que no se puede prescindir de esas ocupaciones urgentes, pero también los hay, y muchos, en los que se ve necesidad imperiosa sin serlo, en los que se pierde el tiempo, con perjuicio de la vida espiritual e interior y del trato Conmigo, en donde toda solución debe buscarse.

Muchas almas sacerdotales se dejan arrastrar por la corriente de los negocios, con pretexto de deberes que a veces no lo son; y otros se pueden omitir o diferir o, a lo menos, no tienen la importancia que se pretende.

Es muy fácil en la vida activa caer en extremos que se deben evitar a toda costa. Es necesario que los sacerdotes no omitan la oración en donde encontrarán siempre luz y de donde sacarán el remedio de muchos males. Ante todo Yo; para lo cual, hay que ordenar la vida de trabajo. Hay que *recibir para* dar; ¿y de qué fuente ha de recibir el sacerdote cuanto necesita para sí mismo y para otros, sino del trato íntimo Conmigo, de esa unión transformante en Mí?

Bueno es darse a los demás sin medida, pero después de afianzar el alma con el Espíritu Santo y de recibir de El su pureza, su fuerza, su luz y su amor.

No hay que perder de vista la vida interior; no hay que alejarse del que es la Vida; toda la fuerza de acción de un sacerdote consiste y nace del trato íntimo Conmigo, de esa unión transformante que los hace otro Yo. ¿Quieren que sus palabras, sus consejos y sus obras sean eficaces en las almas? No me pierdan de vista, llévenme consigo en el fondo de sus corazones, transfórmense en Mí y su fruto será duradero y sobrenatural.

Hay muchos criterios falsos, muchas apreciaciones erróneas sobre la vida activa; tiene ésta que unirse indispensablemente con la vida interior de intimidad Conmigo, y en esto se descuidan muchos de mis sacerdotes y por eso su fruto exterior será vano para el cielo.

¡Oh, si pudiera Yo hacer de la vida interior una necesidad y que todos lo comprendieran así!

Y *el remedio es ordenar las ocupaciones y vivir con el cuerpo en la tierra para trabajar; pero con el alma en Dios para recibir y para dar.*

¡Cuánto hay en mis sacerdotes buenos de estos males que indico! Ciegan las fuentes de su comunicación Conmigo y con esto nulifican la acción divina en lo que tocan. Un refrigerador tiene que dar frío; y un horno, calor. Pues hornos ardientes de fe, de luz y de amor, deben ser mis sacerdotes en cualquiera clase de vida en la que trabajen para

mi gloria. La nieve enfría y las almas necesitan fuego. ¡Oh, si cada corazón sacerdotal fuera un volcán de santo fuego, de amor divino, una sola chispa suya incendiaría el mundo, y las almas arderían en ese fuego, y mi Iglesia crecería incendiada con el divino fervor de mis sacerdotes!

Hay frío en mi Iglesia, y Yo vine a poner fuego en la tierra.

Hay en muchas partes un cumplimiento de los deberes sacerdotales *sistemático, rutinario y frío.* Llenan sus obligaciones, sí pero como sin fe, sin celo, y ¿lo diré? *sin amor,* sin ese fuego que debía envolverlos, sin esos ardores en los que debían estar abrasados sus corazones.

¡A cuántos de mis sacerdoets lo exterior los absorbe y olvidan que tienen un alma *que es mía!* Y reclamo a grandes voces lo que me pertenece: sus sentidos y potencias, su vida, su alma, la cual puedo recoger cuando me plazca, y me place recogerla con vida sobrenatural y divina, y toda unida a Mí, transformada en Mí.

Bueno es que los sacerdotes me den almas, y esto es un sagrado deber de ellos; pero es mayor deber de equidad, de justicia y de amor, que me den primero la suya, transformada en Mí. Esta es la mayor gloria mía, la de mis sacerdotes santos que pueda Yo presentar a mi Padre como coronamiento de la Redención, como trofeo de mi victoria en la tierra.

Hay que rogar también por estos amados sacerdotes, inflamados en el celo de las almas pero que descuidan la suya o disminuyen su unión Conmigo.

Yo no tengo movimientos más deliciosos que los que paso viendo cerca de Mí a mis sacerdotes amados. Entonces los abrazo, lo mimo, los penetro, los amo y me complazco en su compañía.

¿Por qué privarme de este gusto, empleando este tiempo que me pertenece en cosas secundarias? Porque todo es secundario para Mí, cuando no se trata de mis sacerdotes queridos, consentidos, amados.

Cuando veo llegar a mis pies, *sólo por amor,* a un sacerdote, mi corazón late con más violencia, y *olvido pecados, y traiciones, y soledades, y alejamientos de sus hermanos en el sacerdocio, y me consuelo con su cariño y me gozo con su compañía.*

¡No comprenden, no, los sacerdotes, la ternura y la inmensidad de mi amor hacia ellos!.. Como el Padre no ama más que a su Verbo que le refleja y que es una cosa con El, por la Divinidad; así Yo amo más que a nadie a mis sacerdotes que me reflejan a Mí, que me representan y que deben ser otros Yo mismo. Ese reflejo del Padre a Mí, de Mí al Padre, en el Espíritu Santo, y de la Trinidad a los sacerdotes, diviniza el amor hacia ellos; porque si el Espíritu Santo es Amor que enlaza al Padre y al Hijo, ese mismo amor enlaza con la Trinidad, por el mismo divino Amor, a la Iglesia con sus sacerdotes.

"Quien me conoce a Mi conoce a mi Padre", dije. Y eso quiero que se pueda decir de todos mis sacerdotes: *Quien conoce a un sacerdote, me conoce a Mí, y en Mí a mi Padre amado.* El reflejo es uno mismo,

el del amor que une al Padre con el Hijo y a los sacerdotes con la Trinidad.

Como no puedo separarme de la Divinidad, una con el Padre y con el Espíritu Santo, al ver a un sacerdote veo en él al Padre y al Espíritu Santo; y en él amo a esas Personas Divinas, y en él las contemplo y, como Hombre, las venero, las glorifico, las amo. Y las amo no con otro amor, porque no tengo otro, sino con el *Espíritu Santo mismo,* Amor de los amores, sin principio y sin fin.

¿Entienden ahora algo del por qué de ese amor devorador en mi alma por los sacerdotes? Son criaturas, sí, pero endiosadas, divinizadas, por el contacto de la Trinidad y absorbidas en su unidad.

Por estas sublimidades que me digno comunicarles, comprenderán mejor lo doloroso que es para Mí su alejamiento, sus pecados, sus crímenes espantosos, sus sacrilegios horribles, sus ingratitudes sin nombre, y sus tibiezas, y sus frialdades, y su indiferencia, y su celo mal entendido, y su abandono culpable, y su falta de amor.

Creen los sacerdotes de vida activa que con sus ocupaciones y deberes exteriores le basta a mi Corazón de amor, pero no piensan en ese fuego santo y divino con que los amo, con irradiaciones de cielo, con el mismo amor con que Dios se ama a Sí mismo, con caridad infinita. Y más les agradezco un momento de intimidad Conmigo, de corazón a corazón, que todo brillo exterior con que quieren glorificarme

¡Tengo sed de amor sacerdotal, tengo hambre y sed de corazones sacerdotales *todos míos,* todos

de Dios!... ¡Tengo celos de sus almas, de su tiempo, del aire que respiran, si todo eso no soy Yo mismo, si no soy Yo el blanco de sus aspiraciones!

¡Oh, si comprendieran la inmensidad, lo infinito de este amor de un Dios Hombre, infinito porque es divino¡... ¡Si comprendieran que los amo con predilecciones divinas, con el mismo Espíritu Santo!... ¿Y por qué, por qué me pagan con desprecios, con indiferencia y frialdad aun los buenos, por qué prefieren la tierra al cielo?

No pasa por la mente de los sacerdotes este mi amor devorador, infinito y divino, que les profeso. No pesan, ni miden, ni meditan, ni se detienen a comprender lo que es un pecho herido, un Corazón partido de tanto amor. No les llega ni sus llamas, ni su fuego, y a muchos ni su calor, porque viven lejos de ese incendio "

CXXIII

SACEROTES APOSTATAS

"Y de mis sacerdotes apóstatas ¿que les dire? ¡Ay, que también tienen que pesar sobre sus almas, porque pesan sobre la mía, y que por ellos hay que pedir, que luchar contra todo el infierno, con oraciones y con dolores de los más íntimos de mi Corazón, para arrancarle a Satanás esa presa para Mí tan amada! Porque también los amo, también lloro, como sobre el cadáver de Lázaro, para resucitarlos.

Milagros de este tamaño y de esta magnitud se necesitan para estos cadáveres que se han separado de mi Iglesia, que la han pisoteado y despreciado. Todavía más: que como fieras feroces se vuelven contra Ella, y la insultan y odian con todas sus fuerzas.

Se repite aquello de que "vine a los míos y los míos no me recibieron", en muchos de mis sacerdotes. ¡Cuántos por su innoble conducta me desconocen en sus obras! ¡Cuántos hipócritamente me sirven y en su interior, al despreciar mis leyes, me desprecian a Mí! A otros, extraviados o en vías de extraviarse, vengo a ellos de muchos modos, toco a las puertas de sus corazones, recurro a medios que los determinen a volverse a Mí con el fervor del día de su ordenación, y no abren sus almas ni me reciben. Estoy en ellos, en uniones íntimas en sus transformaciones en Mí en el Santo Sacrificio, y ni se dejan penetrar, ni me dejan obrar en sus almas, y viven en la indiferencia más completa.

¡Cuántos de mis sacerdotes, teniéndome *no me reciben!* Yo estoy en ellos, pero ellos *no están en Mí*, no por su conducta, ni por sus intenciones, ni por sus afectos, ni menos por sus vicios. ¡Y esta indiferencia culpable existe en muchos de mis buenos sacerdotes de los que Yo debiera ser el ideal, el aliento y la vida!

Pero hay algo peor. Los sacerdotes apóstatas, después de haberme recibido, *me han expulsado* —muchos públicamente— *de sus corazones*, con lo que rompen el mío de dolor. Son ramas tronchadas del árbol santo de mi Iglesia, pero pueden con la gracia volverse a injertar en él, y para esto necesi-

tan más gracias, más dolores, mucho más amor que los redima y los salve.

Casi siempre el demonio me arranca esos sacerdotes amados con dos armas certeras, *la soberbia y la impureza;* con esas armas infalibles mata muchas almas de sacerdotes y a cuántas vocaciones sacerdotales; y no tan sólo se las lleva consigo y las separa de mí Iglesia, sino que las vuelve contra Ella y contra Mí, con odio sacerdotal.

Entonces el demonio, dueño de esos corazones sacerdotales, los impulsa a hacer prosélitos, a arrastrar consigo hacia el abismo a otras almas; y puestos en las fauces del enemigo, como su alimento codiciado, los va llevando de error en error, de crimen en crimen, hasta la inpenitencia final.

Ese día de la perdición de un sacerdote es de fiesta para el infierno, como es para el cielo un alma pecadora que se convierte; pero para Mí es día de luto, doloroso y cruel. ¡Ay! porque han arrancado del fondo, de lo íntimo de mi Corazón, un pedazo de él mismo, a un sacerdote por quien di toda mi sangre, la sustancia divina de este Corazón de amor

Pero hay también en mi Iglesia desgraciadamente algunas apostasías ocultas que minan las almas de los sacerdotes lenta pero *certeramente;* y a ésas sólo Yo las veo, y comprendo su veneno, y mido su extensión Sí, existen apostasías ocultas, odios satánicos, más dolorosos para Mí cuanto más solapados y cubiertos con la máscara odiosa de la hipocresía.

Hay almas sacerdotales que, a fuerza de pecados y por falta de toda vida interior, apagan o debilitan la fe en sus corazones; y como están familiarizados con las verdades eternas, no les hacen mella por su frialdad, y se acostumbran a cumplir automáticamente los deberes del ministerio, con fastidio, con indiferencia y hasta con repugnancia. Sus almas no hieden aún, pero agonizan en los brazos de una muerte espiritual, con todo conocimiento y voluntad. Las virtudes teologales, antorchas que deben arder constantemente en el altar del corazón del sacerdote, están por apagarse, y ¡ay del sacerdote sin fe, sin esperanza y sin amor!

Esas virtudes divinas son la salvación de las almas sacerdotales que declinan en el fervor; son el áncora salvadora que los detiene en la pendiente que desemboca en el mar de la perdición eterna.

¡Alerta, sacerdotes amados! Hay que velar y orar; no hay que desfallecer en el camino emprendido, que aunque espinoso, desemboca en el cielo. Hay que desechar la tibieza, ruina de las vocaciones, y decidirse a andar por el camino de la cruz que despierta, fortifica y salva!

Sí, la cruz es la que vence a Satanás, humildad y cruz, pureza y cruz, vida interior de unión Conmigo, *transformación* en Mí. Estos son los divinos medios salvadores que todo sacerdote debe tener a su alcance.

Sacudidas formidables, terribles tempestades, se levantan y rugen en el corazón del sacerdote, que lucha entre lo divino y lo humano, entre las pasiones y mi Ley divina que prohibe lo que los apetitos

exigen, agigantados por Satanás; y sólo pueden darle fortaleza la unión Conmigo, el Espíritu Santo y María, en una palabra, su transformación en Mí.

No se pide lo suficiente por los sacerdotes, porque creen que están fuera de toda tentación y libres de pasiones; y para esto ,al iniciar mi Corazón esta reacción santa y de más perfección en los míos, quiero almas que se dediquen con fervor, con ahinco y sin cansarse, a pedir noche y día por mis sacerdotes.

No olviden esta porción, la de mis sacerdotes apóstotas, públicos y ocultos, que también han sido llamados al servicio de mi Iglesia y por mi Padre y por el Espíritu Santo. Ellos han sido otros Yo mismo, llevan la imagen de la Trinidad en sus almas y el carácter sacerdotal para más infierno. ¿Por qué no detenerlos en el borde del precipicio en que se encuentran?

¡Han querido dar rienda suelta a sus pasiones, han arrojado el suave yugo de la obediencia que los amparaba, han roto las dulces cadenas con que la Esposa Inmaculada los unía y se han arrojado voluntariamente en las fauces del lobo, que con vaho infernal los arrastraba! ¡Oh, y cuántos pecados llevan en sí, y tras sí, estas almas desertoras! Creen verse libres de cadenas y se echan ellos mismos la soga al cuello que los ahorcará y los perderá para siempre.

¡Pero son almas, almas de sacerdotes que se han alimentado con mi Cuerpo, con mi Sangre y con todo mi Corazón, dándoles vida! Son almas a quienes, a pesar de sus malignas intenciones, Yo he

obedecido a su llamado, los he transformado en Mí —negros e impuros— en los altares. Son almas que me costaron y me cuestan los dolores íntimos e incomprensibles de mi Corazón y que me duele perderlas, ¡ay!

¡Miren cómo Satanás se mofa de Mí en ellos y cómo lucha por triunfar de Mí, arrebatándomelos! ¡Miren con que ironía me arroja el guante y con qué infernal sarcasmo se me enfrenta diciéndome, "estas almas que Tú has comprado con tu Sangre, con tus sollozos de un Dios-hombre y con tus lágrimas ¡son mías!! .

Me abochorno, me avergüenzo ante mi Padre y tiembla mi Corazón, henchido de dolor y de ignominia, y recuerdo conmovido aquellas palabras de mi Pasión en aquella alma que me abandona: "¡No a éste, sino a Barrabás! "

Y ¡cómo renuevan mi Pasión los sacerdotes apóstatas! Y ¿qué hago Yo entre las injurias, sarcasmos y mofas de Satanás, triunfante con su presa? Interponerme ante la ira de mi Padre, postrarme como hombre ante El, detener su justicia y clamar perdón, *una espera* para intentar una y mil veces convertirlos.

A eso dan lugar mis sacerdotes renegados a que Yo reciba las burlas y los sarcasmso del mismo Satanás que triunfa en ellos. Dan lugar a que me ruborice ante mi Padre y a que como Sacerdote, su cabeza, me inmole, me humille ante el cielo y pida a ese Padre ofendido *por lo que es mío*, ¡misericordia!

No piensan mis sacerdotes apóstatas en lo que me cuestan sus prevaricaciones: no miden las terribles consecuencias de que se hacen reos; no me

aman, y por eso han abandonado mis brazos; no me aman, y sin amor un sacerdote irá rodando de abismo en abismo, hasta parar en el infierno.

Esas almas tránsfugas de sacerdotes necesitan de gracias especialísimas para detenerse en la pendiente en que ruedan; pero esas gracias extraordinarias existen y tienen potencia divina para salvarlos.

Es muy difícil, humanamente, que un apóstata se convierta, porque crea Satanás en su alma una corteza, gracias a la cual no le penetra lo sobrenatural y divino; es muy difícil, pero no imposible; y Dios quiere y puede siempre salvar, y mi Corazón doloroso *para eso está abierto,* para recibir a quien se arroje en él con humildad y confianza.

Compren en mi unión esas gracias extraordinarias para los sacerdotes que, odiando al que tanto los ama, corren desalados a su perdición eterna.

Yo no quiero perder a uno solo ¡los amo tanto!... Yo los quiero para el cielo, para hacerlos felices con la gloria excelsa con que premia Dios a sus sacerdotes fieles. La vida es un soplo para merecer y la recompensa no tiene fin. Pido poco para dar mucho, y mis sacerdotes serán coronados con premios especiales y riquísimos.

Tiembla mi Corazón de amor al sentir que se arrancan de mi alma esas almas sacerdotales, y pido especiales sacrificios y una grande caridad para salvarlos".

CXXIV

PUREZA

A ningún alma que no sea virgen doy Yo la encarnación mística. ¿No ven que es reflejo de la Encarnación en María? ¡Yo no puedo descender con esa gracia, sino donde hay virginidad, blancura, pureza!

El Espíritu Santo no derrama su luz, sino en almas y en cuerpos puros; sin duda que también en los purificados, pero nunca con esa efusión, con esa esplendidez, brillo y claridad como en la virginidad y candor del alma. El no se acerca a lo manchado, si no se purifica; pero, para ciertas gracias de predilección busca lo que no ha sido contaminado con lo que no es puro: busca lo blanco, lo que refleja a Dios, eterna luz y pureza infinita.

A estas almas que cruzan la tierra sin mancharse les da el Espíritu Santo la atracción para ganar almas; y a escogidas les da la gracia insigne del sacerdocio. Para esas almas vírgenes es más fácil la transformación en Mí, Lirio de los valles, y más extenso el radio de acción o de almas en las que me darán gloria.

Pero no todos los que llegan al sacerdocio suben las gradas del altar sin haberse manchado; mas ya dije qué es lo que suple esa deficiencia: *su transformación en Mí*, Espejo limpio de eterna pureza.

¡Cómo suple mi caridad la vileza del hombre! ¡Cómo mi luz limpia, mi acercamiento purifica y mi amor transforma y une!

Ese es Jesús, ése soy Yo: un abismo sin fondo de caridad infinita; un suplemento, un barniz divino que cubre todas las imperfecciones del hombre con delicadeza amorosa.

Yo curo. Yo suplo, Yo blanqueo. Yo purifico y santifico lo manchado, y elevo, cubro y lavo con mi Sangre redentora y salvadora lo que no es puro.

Pero me cuesta llegar al fango, me repugna la negrura de muchos corazones, ¡y sólo mi caridad, la caridad de un Dois, puede inclinarse hasta la cloaca inmunda de los vicios, para sacar de ahí a los corazones caídos! ¡ cuántos, sin comprender esa caridad de mi Corazón, me rechazan y se quedan en el lodo con insensatez increíble!"

CXXV

ALMAS SACERDOTALES QUE SE CIERRAN A LA GRACIA

"¡Oh, mi pecho revienta con el peso inmenso de las gracias que el Espíritu Santo ha depositado en mi Corazón y que quiere derramar para inundar los corazones sacerdotales, que cerrados muchos de ellos herméticamente no se abren para recibirlas!

Ya no quiero esperas, ya no sufro tardanzas, y hay que romper esos cerrojos, forzas esas llaves, entrar a esas almas que son mías y triunfar de ellas, *a pesar de ellas,* y derramar los carismas de estupendas gracias en sus almas.

Ellos, mis sacerdotes, detienen las gracias, que son no sólo para sí mismos, sino para las almas también. Pero si ellos no reciben ¿cómo han de dar? Y es indispensable que den, porque su misión es dar y *darse,* y por eso es indispensable que reciban.

Vamos a mprender este trabajo de abrir corazones cerrados.

Ha llegado el tiempo de FORZAR los corazones sacerdotales, no avasallándolos como con fuerza brutal, sino con impulsos y encantos de amor, con caricias de gracias, con lágrimas y sollozos de mi Corazón, que ya no quiere esperar, que ya no puede con las gracias de amor, salvadoras y purificadoras.

Vamos a llamar a esas puertas cerradas; pero si no abren, las abrirá el amor, las forzará el amor y triunfará en ese trabajo el amor.

Llamen a los ángeles de la guarda de los sacerdotes para que angelicen esas almas, porque ángeles deben ser los que van al altar"

CXXVI

SACERDOTES DIFUNTOS

"No quiero exceptuar a los sacerdotes difuntos; también ellos necesitan de oraciones y de sufragios para que vuelvan a mis brazos del purgatorio al cielo. Hasta allá llega la misión de las almas fieles, hasta libertar a los sacerdotes de aquel lugar donde se purifican, para adelantarme el gozo de verlos

por fin en el seno de mi gloria. Esta será una caridad para ellos y un gozo que a Mí me darán.

¿Se dan cuenta de que también los sacerdotes hermanos se olvidan mucho de extender su caridad a estas almas de parentesco santo, como si no fueran de una misma familia en mi Iglesia? Me duele esa poca caridad —en muchos ninguna— para con sus hermanos difuntos. Mejor se ocupan, ya por el lucro, ya por la caridad. de las almas de los fieles, que de las de su misma sangre, de los miembros hermanos de cuyo cuerpo Yo soy la Cabeza. Muchos de mis sacerdotes, casi los más de ellos, no le dan importancia a este aspecto de la caridad importantísimo; y dejan en el fuego a esas almas íntimas, sin preocuparse de ellas o nunca o muy someramente.

Quiero que en el momento de los difuntos en la misa, pongan en primer lugar a los sacerdotes sus hermanos, sin olvidarlos jamás; es mi parte escogida, y el gozo que experimento al recibir un alma de sacerdote en el cielo iguala y aun supera en mucho al amor que les profeso en la tierra.

Esas almas de sacerdotes extraviados y sumidos en los nefandos vicios, cuando se arrepienten y se salvan, tienen un purgatorio incalculable, y me dan lástima, y se conmueve mi Corazón de amor al verlos padecer, sin poder, según las leyes por Mí establecidas, *Yo que todo lo puedo,* disminuir su purgatorio, si la Iglesia militante no les aplica mis infinitos méritos.

Y he aquí otro dolor de mi Corazón que nadie ve ni lo sabe, ni comprende toda su extensión y es

éste: el verme como cruzado de brazos, sin poder —en cierto sentido—, en el devorador incendio de mi amor, dulcificar sus penas, aminorar el tiempo de su purificación, arrancarlos de las llamas y transportarlos dentro de mi Corazón al cielo.

Esa misma justicia como que impide el amor; y como Yo mismo soy el amor y la misericordia y la justicia este último atributo viene como a detener al amor en este punto —¡quién lo creyerá!—. Estoy ansioso y anhelante porque las almas de la tierra hagan lo que *Yo no puedo hacer en el cielo.*

Este es otro secreto que hoy descubro de los mil martirios de amor que llevo en mi Corazón de Dios Salvador. Luché con medios divinos y humanos —¡cuántas veces años y más años!— por salvar almas de sacerdotes caídos, infieles a la Iglesia, renegados, apóstatas, cismáticos, etc., etc.; logré salvarlos con mi misma Sangre, con lágrimas del alma, con gemidos de imploración al Padre, con mis infinitos méritos; y salen del mundo contritos y perdonados.

Entonces, cuando están en el purgatorio, ¡ay! ya nada puedo hacer por ellos, sino ESPERAR, esperar que haya almas caritativas que rescaten, que disminuyan penas y tiempo.

Quisiera, en lo intenso e infinito de mi amor, que en un instante volaran a mi lado, para mostrarles ese mi amor triunfante, para llenarlos de caricias desahogar toda la ternura infinita que guarda por ellos mi Corazón amante.

Otro martirio más de amor. Ansío que les apliquen en las misas, como sufragios, mi Sangre y mis

méritos; espero a los sacerdotes, sus hermanos, que me sacrifiquen en su favor; y ¡ay! se olvidan de esta parte escogida, de estas almas que aun en el purgatorio siguen siendo predilectas de mi Corazón a las que amo, no sólo en la tierra, sino más aún en el cielo.

Al hacer mis sacerdotes esta caridad de *justicia* con sus hermanos, sacándolos del purgatorio. ME LA HACEN A MI, que con lágrimas en mis ojos y con mis brazos extendidos hacia ellos les suplico que apresuren el cielo a esas almas de su familia, que más que otras, aun en el cielo, las distinguiré con mi amor infinito y con reflejos de la Divinidad por haberme representado en la tierra.

Porque, como aun en el infierno llevan el carácter sacerdotal, en el purgatorio y en el cielo se distinguen con él como legión escogida para darme gloria. Entonces, cuando un alma de sacerdote sale del purgatorio, mi corazón late con más violencia; y los recibo y los contemplo con mirada de indefinible amor, y hago que el cielo se estremezca de alegría. Y mi Padre ve en ellos *algo* MIO, MUY MIO, A MI MISMO, REPRODUCIDO en ellos, y en ellos su imagen amada, en la que eternamente se complace y es feliz ese Padre amado.

Dios sólo puede amar a Dios, y en El, a sus sacerdotes y a las almas. Pero como las almas de los sacerdotes llevan aquella fibra fecunda de El mismo en sus vocaciones, por esta afinidad gratuita y estupenda tienen un derecho de acercamiento a la Divinidad que no tienen todas las almas.

Ya verán si ansiará mi Corazón de Dios hombre preservar esas almas, cuidarlas, velar por ellas, arrojarme a los precipios en que yacen muchas, tomarlas en mis brazos y salvarlas.

Pero aquí encuentro un *dique* que me detiene en mi carrera —espinosa las más veces— y es el purgatorio. Allí empieza mi acción no redentora, no salvadora, sino *justiciera;* y comienzan mis agonías de espera y de más espera, el dolor íntimo de ver sufrir esas almas que tienden hacia Mí, como el acero al imán, y que ahí se quedan, hasta que la Iglesia militante, es decir, mis sacerdotes, directamente, por caridad personal o por la de otras almas, las conduzcan al cielo, pagando sus deudas a la Divinidad ofendida.

Todas mis penas son causadas por el amor y por la poca caridad de las almas. Yo soy caridad. Yo soy amor, y mis dolores consisten en las faltas contra esa caridad que en la tierra debiera arder, y en las almas sacerdotales debiera incendiar a la Iglesia.

En mi infinita sabiduría formé mi Iglesia: y ¿saben de qué materia? De substancia de amor; y en todas sus fibras, y en todas sus arterias, y en todas sus disposiciones, verán amor y sólo amor. Y para eso me hice hombre, para unir lo divino con lo humano, y llevar al cielo *sin polvo a las almas.*

El mismo purgatorio es amor".

CXXVII

PROMESA

"Como Yo soy infinitamente bueno, también soy infinitamente justo, y sé recompensar lo que se haga por mis sacerdotes como si a Mí mismo se hiciera y más que a los pobres, porque los pobres sólo llevan mi imagen y los sacerdotes son otros Yo mismo. Y ¿podrá dejar sin recompensa mi Padre a lo que a su Hijo amado se le hace? Sería desconocer su Corazón de Padre.

Ya en vida se les debiera servir como a Mí mismo; pero también deberían representar en sus virtudes y en la pureza y santidad de su vida lo que Yo soy.

Mi Corazón agradece lo que por mis sacerdotes se hace en la tierra, en sus cuerpos y en sus almas, en lo material y en lo espiritual, y lo recompenso con munificiencia y especiales gracias.

Pero lo que se hace con los sacerdotes difuntos es más servicio para ellos y para Mí; para sus almas, librándolas, disminuyendo su purgatorio; y para Mí, dándome el gozo de los gozos, poniendo por fin en mis brazos —después de tántos sufrimientos y dolores— a esas almas transformadas en Mí, para obsequiar con ellas a mi Padre con lo que más ama, con su mismo Hijo Sacerdote, en donde todos los sacerdotes salvados se funden en la divina unidad.

Tengan en cuenta que esta gracia que hoy ofrezco es muy grande, la de acrecentar la gloria de mis

sacerdotes y de las almas por cada sacerdote que salven. Nadie puede apreciar lo que es en el cielo un grado más de gloria, que quiere como decir, un escalón más cerca de la Divinidad, un aumento de fulgor divino, de conocimiento íntimo de los misterios de la Trinidad; más fuego, más luz, más unión más compenetración con el Verbo hecho carne, más transfigurarse el alma en lo celestial, en lo inmortal, más sumergirse en las inefables e imperecederas dichas que perdurarán eternamente".

CXXVIII

LOS SACERDOTES Y EL JUICIO FINAL

"En la Trinidad tienen los sacerdotes su principio su vida, divina e indestructible, porque lo que tiene algo de Dios, en su eterna fecundación, no puede destruirse, puesto que lo divino no se destruye. La muerte puede cegar la vida natural en los sacerdotes, pero el carácter divino que llevan en su alma se comunica en cierto sentido a su mismo cuerpo, y ese cuerpo es santo y debe respetarse como tal aun en sus cenizas.

Al ungir el Espíritu Santo el cuerpo de los Sacerdotes les pone un germen de resurrección que no tienen los otros cuerpos, por el cual se distinguirán el día del Juicio final del común de los mortales; esos cuerpos ungidos resplandecerán como nuevos soles en torno del Sol de justicia para juzgar al mundo, unidos ya a sus almas purificadas y santas.

Ya he dicho que es una gracia futura más de que gozarán mis sacerdotes, la de juzgar Conmigo a las naciones en el gran día de la justicia.

Por eso más que nadie los sacerdotes deben ser santos, deben ser puros, deben asemejarse a Mí y transformarse en Mí, porque como mi Padre y Yo somos una misma cosa, ellos en Mí, consumados en la unidad, juzgaremos al mundo siendo no muchos secardotes, sino *un solo Sacerdote,* todos perdidos en Mí, su Cabeza, todos hechos Yo en sus cuerpos y en sus almas, consumados en la unidad.

¡Qué perfecta unidad será aquella, en el día del Juicio, de los sacerdotes en Mí! El Padre verá entonces complacido a su Iglesia, formando los sacerdotes en Mí un solo Cuerpo, un solo querer, y se gozará en contemplar a un solo Hijo, el suyo *único,* fundidos todos ls sacerdotes en ese UNO que juzgará al mundo.

Pero esa unidad consumada entonces debe comenzar en la tierra por los grados de transformación en Mí de mis sacerdotes. No saben ellos la luz, el poder, la justicia de ese gran día, en el que Yo como Rey, como Salvador, con todo el esplendor de mi gloria, con el cetro de mi poder, me presentaré al mundo con todos los sacerdotes en Mí para sentenciarlo.

Esta es una gloria que no tienen en cuenta mis sacerdotes, pero que deberían tenerla, por *ser su* deber. Tienen que ser reyes con el Rey, jueces con el Juez, tienen que ser cristos con Cristo, transformados en la plenitud que su carácter sacerdotal

les da, reflejando al Padre por el Espíritu Santo, *consumados en la Trinidad.*

Hasta allá llegan las prerrogativas del sacerdote que nadie las tiene, ni los reyes de la tierra, ni criatura alguna. ¡Pero —¡ay!— muchos de mis sacerdotes no aprecian estas predilecciones sin nombre, estos abismos del amor de todo un Dios!

Allá en la eternidad nacieron en la mente de Dios; después, en lo más tierno para El, en la Encarnación de María, por el Espíritu Santo; luego, con solicitud divina e imponderable, los tomó en sus brazos, quitó todo tropiezo de su camino y los condujo por el sendero de su amada Iglesia hasta llevarlos al altar. Y después con ninguna alma ha luchado y ha gozado la Trinidad misma como con la de sus sacerdotes, hasta llevarlos al cielo.

Y ya en el cielo aún les reservo triunfos y gloria para el fin de los tiempos, para el juicio final, en donde a la faz del mundo, engrandecidos hasta más allá de lo sublime en mi unión, haré que todas las naciones contemplen a sus sacerdotes *unos en Mí y Conmigo,* compenetrados en la unidad, absorbidos en la Trinidad, otros Yo, unos con mi Padre y Conmigo, juzgando al mundo en mi unión, empuñando mi mismo cetro, coronados con la misma corona de gloria que su Cabeza sacerdotal, el Sumo y Eterno Sacerdote, para apartar lo puro de lo impuro, para toda una eternidad dichosa o desgraciada.

Allá verán mis sacerdotes con claridad deslumbradora a las legiones de almas santas que me dieron ellos para mi gloria y que aumentan la suya

accidental; y todo será gozo en el eterno gozo, y dicha y ventura en la ventura y eterna dicha.

Miren y contemplen hasta dónde llega mi amor infinito por mis sacerdotes amados, no tan sólo más allá de la muerte, sino aun en la gloria y después de la gloria, en donde todavía los encumbraré ante la faz del mundo, ante el cielo y el mismo infierno, como estrellas de primera magnitud, como soles esplendentes; pero todavía más: como fundidos por sus grados de transformación en Mí en el Sol mismo, en Jesús Redentor, Salvador, Glorificador y Justiciero.

Vendré con la cruz a juzgar al mundo, porque ese es el cetro de la victoria del Rey de los siglos, y mis sacerdotes como constelación especial, atraídos por Mí, más aún, *fundidos y compenetrados en Mí,* tendrán el mismo triunfo, la gloria misma que la Iglesia me conquistó por su medio.

Y si hubiera todavía más, otra gloria, otro triunfo mayor ¡ay! sería para mis sacerdotes también, porque ese amor de predilección infinita en Mí no tiene término para con ellos.

¿Cómo no amarlos, si son el reflejo más perfecto de la Trinidad en mi Iglesia? Veo en ellos a mi Padre y al Espíritu Santo y a Mí mismo, en cuanto Dios y en cuanto hombre. Ellos, mis sacerdotes, tienen la envoltura del hombre caído y mortal; son hombres, pero están llamados por su vocación santa a ser ángeles, a ser otros Yo, a tratar continuamente con lo divino, a su consumación en

la unidad de Dios a quien sirven y en quien deben divinizarse para la tierra y para el cielo.

Pidan, pidan hoy luz, mucha luz al Espíritu Santo para que penetre en las inteligencias de los que son Míos y mueva sus corazones y conmueva sus entrañas y se den a Mí por justicia pero sobre todo por amor, por amor, por puro amor, que es el que satisface la delicadeza de mi Corazón.

Sí, abismos de olvido y de ingratitudes de muchos hay en mi alma, que las almas fieles deben destruir con amor, con imploración, con sacrificios para darme mayor gloria; que ésta es la más grande con que pueden obsequiarme con *sacerdotes santos*".

CXXIX

LA FECUNDIDAD DEL PADRE

"Me complazco, me recreo en las almas transformadas, porque Dios sólo se ama a Sí mismo y a lo que lo refleja con más o menos intensidad. Y la medida de la transformación en Mí es la medida del amor de la Trinidad al alma. Por eso es tan necesaria la transformación de los sacerdotes en Mí; es un deber capital éste, no de devoción o supererogación, sino de estricto deber, para atraer las miradas del Padre que son miradas fecundas y santificantes.

Cuanto mira el Padre se purifica, se santifica y se hace fecundo. El no puede mirar, sino con estas cualidades propias sólo de un Dios que cons-

tantemente se da, y al darse, purifica y hace fecunda al alma.

El Santo de los Santos, la Santidad misma sólo da de lo propio, y es propiedad sólo de Dios dar la fecundidad en el orden de la gracia, y en el orden natural, y todo en todos los órdenes, sólo con el fin de ser glorificado por los cuerpos, por las almas y por todo cuanto existe y tiene vida.

Esa infinita fecundación del Padre que se afocó en Mí mismo, engendrando al Verbo, y que de ambas Personas hizo proceder al Espíritu de Amor, nadie alcanza a comprenderla, porque es infinita, y lo infinito no puede abarcarlo la inteligencia creada.

Sólo Dios se comprende a Sí mismo, por eso el Padre tiene todas sus complacencias en el Hijo y en el Espíritu Santo; con un solo entendimiento, voluntad y amor, en un flujo y reflujo de infinitas perfecciones son felices entre Sí las Divinas Personas, en una íntima y única compenetración por ser estas tres Personas un solo Dios.

Imposible hubiera sido para Dios ser singular y sólo, por la potencia infinita de fecundidad que tenía que desbordarse en otras Personas infinitas y en unidad de esencia.

La creación fue como una gotita, un desbordamiento del infinito e insondable mar de caridad de Dios. El es amor, y amor infinito, eterno, sin principio ni fin, que tiende a desbordarse, a darse, a fecundizar y a transformarlo todo en El.

Su felicidad inefable e incomprensible, aun para los bienaventurados, tiende a hacer feliz a cuanto toca; y como todo lo toca y como no hay cosa en la que no se haya dado o reflejado, y como todo salió de El, quiere que todo vuelva a El. Dios es como el imán de atracción de las almas y todo lo que tiende a separarlas de esas unidad es un contrasentido, es una dislocación y la desgracia de las almas.

Se derramó la fecundidad de Dios en el hombre. Pero como era libre, el hombre abusó de su libertad y se perdió. Mas la infinita caridad que en Dios arde, hizo que sacrificara a su propio Hijo en favor del hombre culpable y así lo volviera a sus brazos por lo divino que en el hombre ha puesto, porque *eso* divino no puede perderse.

Cuando el alma se pierde, lo divino que hay en ella vuelve a Dios su principio, o más bien se queda en Dios, porque lo divino no se aparta de Dios, es Dios mismo en cuanto a la unidad de su esencia y sustancia. Eso divino que pone Dios en el alma al crearla, es, por decirlo así, el acero siempre atraído por el divino Imán, que es Dios.

Yo, Jesús, vine al mundo sólo por dar gloria a mi Padre, devolviéndole puro lo manchado, lavando con mi Sangre los crímenes del hombre y dejándole una doctrina salvadora que lo condujera al cielo.

Mi fin era juntar el cielo con la tierra y con mi ejemplo atraer los corazones a lo divino. Y con este fin fundé mi Iglesia, único camino, única puerta para la salvación del hombre; pero en esa Iglesia,

en ese centro cardinal en donde reside la Trinidad Santísima, puse un sacerdocio, un grupo escogido en toda la eternidad, que me representara a Mí mismo para volver al Padre lo que de El salió: las almas todas santificadas por mis méritos en la Redención.

Puse en la Iglesia una Cabeza que me representara —pero Yo mismo soy la Cabeza— que debe ser uno en la unidad de la Trinidad. Quiero glorificar a mi Padre como hombre unido a mi Divinidad, una con El y con el Espíritu Santo, y corresponder a su amor en un solo amor, y adorarle como hombre, aunque como Dios soy en todo igual a mi Padre.

Al engendrarme el Padre, afocó en un solo punto sus perfecciones, atributos y caridad infinita; pero a tal grado, con tal potencia de su infinita fecundidad, que engendró al Verbo, sin más que El, sin menos que El —aunque la palabra más o menos no existe en Dios—: El es y ha sido y será siempre Dios, y *Dios lo es todo.*

Y fue tal, tan grande y tan infinito aquel poder fecundo del amor, que al mirarnos en esa mirada infinita en su unidad, brotó el Espíritu Santo, que por decirlo así se convirtió —por el abismo de caridad entre el Padre y el Hijo— en un Amor concentrado con todos los reflejos del Amor, con todos los carismas del Amor de un Padre Dios y de un Hijo Dios, con toda la potencia y eterna fecundidad del Amor; se convirtió en el Amor mismo, en el Espíritu Santo, *que procede de un Amor potentísimo*, con toda la fuerza de una fecundación eterna, divina, santa.

Pues bien, Yo como Dios glorifico a mi Padre —una sola Divinidad y unidad con El— y lo amo con la reciprocidad del mismo amor, con el Espíritu Santo mismo; pero como hombre quiero que no se pierda esta fecundidad de mi Padre en las almas y que se utilice en mi Iglesia, Madre fecunda en gracias celestiales.

¡Qué hermosa procedencia la del Espíritu Santo, que viene de la fecundidad del mismo Dios, de la potencia fecunda de ese Ser infinito en sus perfecciones! Me gozo en recordar aquel principio sin principio, sublime y eterno, en que me vi hecho Dios, igual a ese Padre que adoro, y que es mi pasión.

¿Cómo no amarlo, si su amor me engendró en El mismo, si ese exceso de infinito amor dio origen con su intensidad avasalladora a la Persona del Amor? ¿De qué potencia y energía sería ese Amor fecundante que me engendró y que en el éxtasis purísimo de luz y de fuego amoroso fue suficiente para producir el Amor por esencia, condensado, por decirlo así, en el Espíritu Santo?

Ese Santo Espíritu es *fruto del Amor* y al mismo tiempo es el Amor mismo, derramado en el Padre y el Hijo, que concurre eternamente a la santa y adorable fecundidad del Padre.

Porque es cierto que el Padre me engendró y que del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo; pero este conjunto unidad fue a la vez, es decir, sin principio y eternamente; misterio de fe para el hombre, mas para la Trinidad no es misterio, sino *luz, verdad, claridad, éxtasis sublime,* en el que, como en un mar de perfecciones, sabiduría,

bondad y demás atributos, está sumergida la Trinidad beatísima— a la vez que forma y es como el agua de ese Mar— felices las Tres Personas Distintas con una sola felicidad, con un gozo perdurable y sempiterno.

Pero como Dios *se da* constantemente y su Ser *tiende a darse,* busca recipientes que reciban *de lo suyo;* y como no le bastan creaciones de orden inferior, busca almas, por medio de su Iglesia y, sobre todo, anhela transformar en Mí, el Modelo de los sacerdotes, a las sacerdotes mismos que la componen. Dios en su unidad quiere unirlo todo en El, y el medio es la Iglesia, y los instrumentos amados de esa Iglesia son los sacerdotes.

De aquí mi empeño en la santificación de esas almas en un solo rebaño en un solo Pastor, unificado en la Trinidad; pero esto no se puede conseguir sino por medio del Dios-hombre y de la transformación en Mí. En esas vocaciones de almas sacerdotales está más que en ninguna otra parte la fecundidad del Padre y esa vengo a defender en estas comunicaciones a mis sacerdotes.

En la fecundidad divina está la sombra del Padre, mi Padre mismo, amándome El mismo en lo que de El procede; y si un sacerdote es infiel, indiferente y no hace producir los dones de Dios, con esa fecundidad santa y divina puesta por el Padre mismo en su alma, entierra los talentos que recibió y tendrá que dar estrecha cuenta al Dador de ellos.

Además, en Dios hasta su *reflejo* es Dios en razón de su unidad, y Yo no consiento, no debo

consentir, en que la imagen de mi Padre sea arrastrada, mancillada y pisoteada —¡cuántas veces!— por los sacerdotes indignos de esas gracias.

La fecundidad del Padre es activa, es operante, es divina y debe ser aprovechada por los sacerdotes, que siendo otros Yo, representan al Padre —uno Conmigo y con el Espíritu Santo— y tienen el deber de ganar a las almas para llevarlas al cielo. El Padre espera esas almas salvadas y perfeccionadas por los sacerdotes, sus ministros.

Un sacerdote no está solo sino asistido por el Espíritu Santo, envuelto en la Trinidad, que atraída hacia el sacerdote por la fibra de la fecundación del Padre —al hacerlo padre de las almas— vive en él y lo acompaña en todos sus ministerios sagrados.

Pues bien, vengo, repito, a pedirles cuenta a muchos de mis sacerdotes del empleo, de la utilización de ese don divino que el Espíritu Santo al ungirlos en su ordenación puso en sus almas: *la fibra santísima de la fecundidad divina del Padre.*

¿La han manchado o querido manchar, arrastrándola por el cieno? ¿La han inutilizado por su inercia culpable y poco celo en favor de las almas? ¿La han arrinconado sin acordarse de la obligación sagrada que tienen de ser padres, engendrando purísimamente almas para el cielo? ¿Han agradecido al Padre este don inestimable y le han mostrado gratitud con amor y con obras? ¿Han hecho germinar en las almas el amor al Padre a mi imitación? ¿Han respetado siempre en sí mismos ese tesoro, ese ger-

men celestial de vida divina que tienen obligación de comunicar?

Todo lo de Dios es fecundo, inmortal y santo, ¿y qué será del sacerdote que ha recibido ese don del cielo y lo ha arrinconado?

¡Cuántos sacerdotes no piensan en las riquezas celestiales que han recibido con virtud santificadora para sí mismos y para salvar y santificar las almas! En el desprecio, en la indiferencia y en el poco amor hay mucha culpa y quiero, además de trabajar en este punto capital de la gloria de mi Padre, *dar un alerta* a mis amados sacerdotes, a esa parte escogida para mis grandes designios, esperanza de la Iglesia, su gloria y su corona.

Si vine al mundo a sufrir y a morir, fue por la gloria de mi Padre; si fundé la Iglesia por el Espíritu Santo, fue para utilizar en los sacerdotes, que me representan a Mí, la fibra de la fecundidad del Padre que germinó en María, en Mí su Cabeza.

Sin esa fibra fecundante del Padre que existe en mis sacerdotes, nada harían en las almas en el orden de la gracia. El Espíritu de Dios, que es el Espíritu Santo, es fecundo y cuanto toca diviniza y salva. Por eso los sacerdotes ungidos por el Espíritu Santo deben vivir de El para comunicarlo y conservar en su corazón como en un relicario, ese tesoro del cielo: *la fibra santa de la fecundidad del Padre,* sin la cual no habría sacerdocio, ni Iglesia, y por tanto *ni salvación.*

¡Tanto vale esa riqueza tan poco meditada, ni apreciada, ni suficientemente agradecida, de la fe-

cundidad del Padre, que puso el Espíritu Santo en la vocación sacerdotal y sancionó al urgirlos!

Cada vez que escuchen sus oídos el nombre bendito de *padres* deben sus corazones vibrar agradecidos al don de Dios, a quella fecundidad divina con la cual el Padre engendró al Hijo, porque es la misma, y en Dios no hay partes. Si digo fibra, es un modo de hablar; porque en Dios, por razón de su unidad, no hay partes en su fecundidad, sino que es *una,* santa e infinita, que le da a cada sacerdote, comunicada por el Espíritu Santo.

Con esa misma fecundidad creó Dios el cielo y la tierra, y cuanto existe y existirá; con esa misma fecundidad encarnó el Divino Verbo en el seno purísimo de María; y también, como reflejo santo, hace en las almas las encarnaciones místicas. Con esa misma fecundidad se produce la Eucaristía en las Misas. Allí entra muy de lleno el milagro estupendo de ese misterio de amor.

¿Y quién es el instrumento para producirlo, sino el sacerdote hecho otro Yo mismo?

Es tan santa, tan sublime la fecunidad del Padre que en ese misterio de amor por el hombre, no quiso mi Padre que el sacerdote sólo como hombre —a pesar de la fecundidad que lleva en sí mismo dada en su ordenación— lo consumara; sino que, haciéndose el sacerdote en esos instantes de la consagración *otro Yo mismo así se produjera* la transubtanciación de las especies.

A ese grado ama y respeta el Padre su misma fecundidad. Y por esta misma razón quiere mi Padre

que sea un hecho, y no sólo a la hora de la Misa, sino *siempre* la transformación de los sacerdotes en Mí, por ser vasos de elección que llevan en sí mismos el tesoro incomparable, santísimo y divino de la fecundación de mi Padre en ellos.

Pidan para que este mi deseo tan importante para la gloria de mi Padre se realice en mi Iglesia amada.

No es un simple acto de supererogación, sino un santo y sagrado deber el que tienen mis sacerdotes de meditar en esta incomparable gracia que llevan consigo de la fecundidad de mi Padre y del ineludible deber de agradacerla y utilizarla muy pura y santamente en favor de las almas.

Soy el primero en la gratitud a mi Padre que me engendró Sacerdote Sumo, Sacerdote Eterno, con esa fecundidad; y por Mí, en su entendimiento, a todos los sacerdotes, y además les participó esa fecundidad para todas las almas. Los hizo *hijos* como a Mí, su Hijo único, participándoles mi gracia de filiación especial; y los hizo *padres,* como El, con el fin santísimo de que le engendraran almas para que lo glorifiquen eternamente.

¡Qué grande es la dignidad, la sublime y santa misión de mis sacerdotes! Que las almas se sacrifiquen en mi unión y en su favor, para glorificar en ellas al Padre, consolar a mi Corazón en este punto que persigo: en el amor, respeto y utilización de la fecundidad del Padre, por cuya honra y gloria se sacrificó el Hijo; y que las almas en unión Conmigo

se sacrifiquen por los mismos ideales: *el esplendor de su Iglesia,* y con los mismos fines de amor".

CXXX

LA FECUNDIDAD Y LOS SACERDOTES

La fecundidad del Padre nunca está ociosa; y como la fecundidad del sacerdote procede del Padre, debe producir frutos para el cielo. Y ¿en qué consiste esta santa fecundidad? En formar a Jesús en las almas, rasgo por rasgo, en transformarlas en Mí.

El Padre, a pesar de su infinita, eterna y potente fecundidad, sólo engendró al Verbo y en el Verbo, todo cuanto existe y existirá. Y ¿por qué? por razón de su unidad. El Padre al engendrar al Verbo no engendró otra Divinidad, sino que sólo comunicó lo que es El, la Divinidad misma a Sí mismo en el Verbo, se dio al Verbo con todas sus perfecciones y lo ama como a Sí mismo; porque el Verbo es el mismo Dios, un solo Dios, aunque Persona distinta como Hijo, engendrado por el Padre desde que es Dios es decir, *siempre,* eternamente.

Engendró el Padre al Verbo con un amor sin principio, en un instante eterno que no pasó, sino que *está siendo;* y se complació el Padre al verse reproducido en el Verbo, engendrado en el amor, y se gozó con un deleite inefable en *su obra,* en la obra de amor, con la que lo enlaza el Espíritu Santo, la Persona del Amor eterno y que, sin embargo,

procedió del Padre y del Hijo sin dejar de ser una sola, una misma, una eterna Divinidad.

Por tanto, la fecundidad del Padre, por la que engendró al Verbo en un arrebato devorador e infinito de eterno Amor, y de la cual —de la fecundidad de ambos— procedió la Persona del Amor, el Espíritu Santo; es, digo, una sola fecundidad ampliada sin perder su simplicidad, difundidad, comunicada, que brotó del Padre sin salir de El, sino que prosiguió unificada en la Trinidad una, en la unidad de la Trinidad.

El Padre se ve en el Verbo a sí mismo y por eso lo ama con amor sin principio e infinito, y en el Verbo ama a su Iglesia que lleva el sello de la Trinidad, que posee a la Trinidad misma que la asiste y le da vida. Aquella misma y admirable fecundidad dio vida a la Iglesia, a los Sacramentos, etc.; y todo lo divino que encierra la Iglesia se debe a la santa fecunidad del Padre, fecundidad asombrosa que El ama y que, comunicándola a los sacerdotes, no quiere verla inactiva y olvidada; antes bien, por la virtud comunicada por el Padre mismo, quiere que me reproduzca a Mí, el Verbo Encarnado, en esas almas, en los grados de transformación ascendente que las asemeje a Mí.

Ninguna alma que no lleve mi parecido puede entrar al cielo. Por eso la sagrada misión del sacerdote es tan alta, tan delicada, tan santa.

Pero, ¿cómo podrá dar lo que no tiene? Por eso mismo es tan indispensable la transformación de los sacerdotes en Mí, y en cierto modo en la Trini-

dad, para ser *padres,* por la fecundidad del Padre; para ser otros Yo, en donde mi Padre se contemple y mire complacido cómo se unen en su alma estas divinas personas por el Amor, el Espíritu Santo, fuente de todas las gracias.

¡Si pensaran los sacerdotes en estos arcanos divinos de su misión sublime! ¡Si se dieran cuenta y profundizaran la magnitud de su vocación sacerdotal y el amor de la Trinidad que los ama y los deberes santísimos que tienen para con las almas! No tendrían tiempo para perderlo en cosas que no son Dios, sino que todos sus anhelos serían transformarse y transformar a las almas, utilizando la adorable fecundidad del Padre que llevan consigo.

Este es un punto esencial del que yo les pediré cuenta a los sacerdotes, por tratarse de una cosa tan sublime, tan santa, tan sagrada como es la fecundidad divina del Padre, que es el Ser de Dios mismo, su esencia y substancia. Y siendo esto así ni se aprecia, ni se valora, ni se agradece y hasta ni se piensa en ella.

¿De dónde procede toda creación sino de la fecundidad del Padre? ¿Cómo el Espíritu Santo formó al Dios-hombre en María, sino por esa misma fecundidad de un solo Dios? ¿De dónde proceden la gracia, los milagros, las virtudes y el amor santo, la caridad en todas sus formas y la santidad en todos sus aspectos, sino de esa fecundidad, raíz, principio y vida de todas las vidas y de todo lo divino y sobrenatural?

Las arterias de la Iglesia, su savia, su engranaje, sus sacramentos, su vitalidad y conservación, ¿de

donde vienen sino de la santa fecundidad del Padre? Y las vocaciones sacerdotales ¿de dónde tomaron su germen de vida, sino de la eterna Vida, de la fecundidad del Padre? ¿Y los heroismos cristianos, y los sacrificios, y el dolor salvador, y la pureza, y los dones de Dios, y el mismo cielo, acaso no tienen el valor que les da vida, de la fecundidad divina del Padre amado?

Yo, como Dios y como Hombre, participo de esa única, santísima y venerada fecunidadad divina. Mi corazón no palpitó en la tierra, sino por esa vida que el Padre me comunicaba; y mi apostolado, mi pasión, mi muerte, mi resurrección y ascensión y mis méritos le debieron su fruto universal a la eterna fecundidad de mi Padre adorado.

Esa fecundidad única en mi Padre forma su amor y su amor forma su fecunidad. Por eso Dios es caridad, por eso Dios tiende a darse, a comunicarse. La razón de la Trinidad, si esto pudiera decirse, es la fecundidad en Dios; y la tierra, y los cuerpos, y las almas y toda la creación son frutos de esa fecundidad.

Pero a donde más se afoca, por decirlo así, es a la Iglesia; ahí tiene su divina expansión en la tierra y aun en el cielo. En la Iglesia mora la Trinidad beatísima, y el Espíritu Santo es su alma y su vida. ¿Qué otra cosa es el soplo del Espíritu Santo, sino la fecundidad del Padre? ¿Qué son las encarnaciones místicas, sino fruto precioso de la fecundidad que forma a Jesús en las almas y las transforma en El?

Sin esa fecunidad divina no habría mundo, ni Iglesia, ni alma, ni cielo —¡vaya!— ni Dios. No

existiría Dios, si no fuera El mismo la soberana y eterna fecundidad. No habría caridad, porque la caridad irradia en el mundo por la fecundidad del Padre; no habría amor, y si no hubiera amor, no existiría el Espíritu Santo; sería todo un cataclismo o un no *ser*, ¡la nada!

Todo esto lo digo para que aprecien la santa fecundidad divina y para refrescar la memoria de los sacerdotes, que muchas cosas saben, pero no las recuerdan; y el recordárselas ya es una gracia. Otros ni piensan en muchas cosas que debieran, ni tratan de inquirirlas. Hay ingratitud en muchos corazones sacerdotales, porque *hay olvido culpable* de mis carismas, de mis predilecciones y gracias; pero he de triunfar con mi amor de esas almas que me pertenecen. Muchas se conmoverán, otras se han conmovido ya, porque mis palabras tienen vida.

Pero ¿qué les da virtud para obrar en las almas? Aquella fecundidad divina de la que vengo hablando, aquel Principio de todas las cosas. Todos los efectos santos sobrenaturales, y todo lo creado y por crear tiene por causa primera y única aquella Causa sin principio de la fecundidad eterna, múltiple en sus efectos y una en su eternidad sin principio".

CXXXI

LA FECUNDIDAD Y LOS DEBERES QUE IMPONE

"Y las almas que llevan la fecundidad del Padre —que son todas, pero de una manera especialí-

sima las que reciben la encarnación mística— ¿no tendrán el santísimo deber de agradecer este inmenso favor y de utilizar esta sagrada fecundidad del Padre en sí mismas y en otras almas?

Sí, tienen ese deber, para lo cual deben comunicar ese germen de vida a otras almas, esa especie de comunión de los santos, cuyo origen es la misma fecundidad eterna del Padre, deben difundir esa caridad siempre en bien de las almas.

Si Dios se da en esa fecundidad *única* —de la cual El es manantial eterno y fecundísimo que se derrama en todo lo creado y por crear— no es su mente que el alma inutilice ese don de Dios, sino que lo difunda en bien de otros con irradiaciones diversas, pero todas dirigidas a la gloria de Dios en las almas.

La fecundidad en Dios es el rey de los atributos, aunque más que atributo es el *Ser mismo de* Dios, la substancia de Dios, la Caridad de Dios, el mismo Dios que no fue engendrado sino que es por Sí mismo, Dios increado y eterno, sin que su Ser tuviera principio, antes bien, El es el principio de todas las cosas y el centro primordial de donde salen los dones y los carismas de naturaleza y gracia.

¡Oh, qué grande e incomprensible para el hombre y aun para el cielo mismo es Dios! Sólo la Trinidad comprende y sabe con su Sabiduría infinita *lo que es Dios* y que todo lo que es o existe es sólo un rayito de su Poder, de su Bondad, de su Misericordia, de su Entendimiento increado.

¿Qué será Dios mismo, piélago insondable e infinito de toda hermosura y de todo bien? Con razón la Trinidad misma se deleita, se extasía, se arroba en aquel mar sin fondo ni riberas de Santidad y Luz, en aquellos abismos de Amor, en la inmensidad de aquella Lumbre celestial siempre antigua y siempre nueva.

Cada día se descubre en la Trinidad nuevas hermosuras en la Hermosura misma, nuevos prismas de belleza en la Belleza misma, nuevas armonías y deleites inefables en aquel Mar de perfecciones, que no se multiplican, porque todo este conjunto es uno en la unidad de la Trinidad. Lo que pasa es que, al comunicarse cada Persona divina una a la otra sus mismas excelsitudes en el fuego de una fecundísima caridad, parecen muchas hermosuras afocadas en el amor increado, pero es una misma Hermosura, y la Bondad difusiva es una sola Bondad, y las irradiaciones de todas las perfecciones son una sola Perfección unitiva.

La unidad es lo que más encanta y extasía a la Trinidad; y por la Caridad es por lo que cada Persona divina se comunica. Aun entre las mismas Personas divinas todo lo consuma el amor, todo lo unifica el amor; porque Dios es amor, caridad infinita, que comienza por amarse a Sí mismo y, en el Verbo, a todas las criaturas. El amor es la substancia de Dios, y ese amor mutuo entre las Personas divinas, y ese amor desbordante, delirante, devorador, avasallador y santísimo que abarca infinidad de bienes, ¿qué cosa es sino fecundidad?

No se puede decir que el Padre se fecundó a Sí mismo, porque es la Primera Persona origen de

las demás; pero sí que engendró al Verbo, y lo hizo Dios uno con el Padre en cuanto a la Divinidad, aunque Persona distinta, en la que afocó toda la potencia infinita de su fecundidad y le comunicó el Padre todas sus perfecciones. ¡Cómo me complazco en hablar de todas estas sublimidades que me enamoran, que me extasían, que llenan mi Corazón de Hombre-Dios de gratitud para con mi Padre!

Por eso, al recordar todo esto como Hombre, toda mi amorosa tendencia era hacia mi Padre amado para honrarlo, glorificarlo y darle almas que lo amaran, que no lo ofendieran y que lo honraran.

La pasión de mi alma era el amor hacia mi Padre amado, aquella compenetración de mi voluntad con la suya, aunque esa voluntad me torturara y hasta me quitara la vida. Con toda mi voluntad y amor di la vida en una cruz, ante todo por ser esa la voluntad de mi Padre; y después, para darle almas, para fundar mi Iglesia, para comprar con mis infinitos méritos esa misma Iglesia con sus sacerdotes que más directamente honraran a mi Padre, dándole almas para su gloria.

En esa Iglesia amada puse mi esperanza como hombre, de la glorificación de mi Padre; y en la transformación de los sacerdotes en Mí puse el medio infalible de esa glorificación, al multiplicarme en ellos, para que en los sacerdotes mi Padre me contemple a Mí, en quien tiene todas sus complacencias.

No quiero que se desperdicie la fecundidad del Padre en Mí, y por Mí en mis sacerdotes amados;

quiero que fructifique para el cielo. La Iglesia es la más fecunda de la tierra, porque corre por sus venas la fecundidad del Padre celestial, el concurso íntimo de la Trinidad en sus sacerdotes. Quiere el Padre que por su fecundidad esté en los sacerdotes el Verbo, que encarne místicamente en ellos, que nazca en ellos y de ellos por la misma fecundidad del Padre, en sus corazones, en el altar y en las almas.

Esa altísima fecundidad debe llevar al Verbo hecho carne a los corazones sacerdotales, repito, porque nadie va al Padre si no es por mí, y sólo el que me conoce a Mí conoce a mi Padre, y el que me ama a Mí a mi Padre ama, porque mi Padre está en Mí y Yo estoy en mi Padre. Y no sólo en la Misa debe existir esa mística encarnación producida y perpetuada por la fecundidad de mi Padre, sino *siempre,* en todo tiempo, lugar y ocasión.

Aquel acto eterno, al engendrarme mi Padre como a su Hijo único, está *siendo* siempre, y la fecundidad participada en mis sacerdotes debe perpetuarse también, porque no es otra fecundidad de origen distinto la que los hace *padres* de las almas, sino la misma y única fecundidad de mi Padre que, aunque *una* y sin dejar esa unidad eterna, se multiplica en sus efectos para la gloria del Padre mismo.

Lo que sale de mi Padre debe volver a El, después de haber sido utilizado en favor de las almas. Yo mismo salí de mi Padre y, sin salir de la Divi-

nidad, vine al mundo para llevar al mundo, es decir, a las almas a El por medio de la Iglesia.

Yo mismo como Dios-Hombre volví a El, a mi Padre, por el milagro de la Resurrección, que tuvo su principio y su virtud en la fecundidad del Padre; y la resurrección de la carne en el día del juicio tendrá efecto por la gracia activa de esa eterna fecundidad del Padre que no muere, porque es divina, y que alcanza eternidades sin fin.

Por eso Yo mismo, como Dios-Hombre, soy la Resurrección y la Vida; porque esa Vida divina y todas las vidas y todo lo que tiene aliento y ser viene de aquella venerada y nunca bien agradecida fecundidad del Padre.

Dios no puede tocar nada sin fecundarlo, porque es el Amor, porque es la Vida; y si los sacerdotes participan de esa fecundidad, deben reproducirse en las almas, al darles la vida de la gracia y el amor; deben activar esa vida divina en sí mismos y en las almas, y retratarme a Mí que soy Vida, y transformarse en Mí para tener, conservar y acrecentar esa vida sobrenatural en las almas, poniendo en ellas el germen inmortal que las conduzca al cielo.

El deber de los sacerdotes es dar la vida de la gracia por los sacramentos, por sus virtudes y ejemplos; atraer a la verdadera vida, cuya savia única de salvación y de eterna vida está en la Iglesia, de quien ellos son ministros. Deben arrebatar las almas de la muerte del pecado y ser para ellas, a mi imitación, la resurrección y la vida.

Deben ser otros Cristos para comunicar el santo amor y enseñar a las almas a conocerme y a imitarme, para que en Mí conozcan a mi Padre que es su principio y su fin. Yo, como hombre, soy *medio* para ir al Padre, y mis sacerdotes deben ser medios, escalones para llevar las almas por Mí al Padre, de quien recibieron la vida.

Pidan para que esta santa fecundidad en los sacerdotes no sea inutilizada ni desagradecida, porque es despreciar al mismo Dios, a la Vida por esencia, a la eterna Vida. En esa gracia van vinculadas muchísimas gracias y en ese sentido tengro que sufrir. En este punto son mis martirios, porque nada lastima tanto a mi Corazón de Hombre-Dios como lo que toca a mi Padre más directamente, como la poca delicadeza para con El, como la ingratitud de los que le deben todas las gracias y a quienes ha confiado su misma fecundidad en su bien propio y de las almas".

CXXXII

LA FECUNDIDAD Y LA VIRGINIDAD

"María recibió directamente del Padre, por el Espíritu Santo, esta sublime y santísima fecundidad, nada menos que dándole a su Verbo, a la segunda Persona de la Santísima Trinidad, para hacerlo hombre en su purísimo seno.

Esta gracia estupenda y singular en la tierra fue sólo para María, la sin mancha, escogida desde la

eternidad para la Maternidad divina. Y este milagro y maravilla sublime en María, que sin dejar de ser Virgen fue Madre del Verbo Encarnado, este misterio ¿a quién se le debe, sino a la fecundidad del Padre, Padre también y Virgen en la Trinidad?

Por eso el misterio de la Encarnación es reflejo del Padre fecundo y Virgen al mismo tiempo; pues el mayor florón del Padre, algo como esencial y único en su fecunidad eterna, es este matiz santísimo y único también, el de concebir todas las cosas en El mismo, fecundarlo todo con la potencia de la eterna Vida, producirlo todo, engendrarlo todo en El mismo, siendo siempre virgen, la pureza misma unida, compenetrada en su fecundidad única, universal y eterna!

Por eso la virginidad encanta al Padre, porque en ella se retrata; y no hay en la tierra fecundidad más grande que la de las almas vírgenes, que reflejan en sí mismas al Padre y que copian. Por eso El mira a esas almas complacido, porque ahí ve su imagen, un rasgo de su mismo Ser.

Y siendo eternamente Virgen, el Padre engendró al Hijo con su misma pureza y limpidez por esencia; me engendró en la Luz, porque Dios es Luz y con la potencia infinita de esa Lumbre divina, de esa Blancura sin mancilla, de esa Limpidez increada —que así es su Pureza y de esa substancia es su fecundidad— engendra al Hijo también Luz, Luz de Luz; y del esplendor de esos rayos producidos por las dos Personas divinas, como Luz, procedió el Espíritu Santo, todo esplendor, Dios de Dios, Luz de

Luz también, que reverbera de una Persona divina a la otra en el eterno Foco de la Luz increada.

Si las tres Personas de la Trinidad somos Luz, somos Pureza, Candor, Nitidez y Blancura sin la mínima sombra, ¿cómo no amar la pureza, la virginidad y castidad en las almas?

Por eso María fue tan pura, tan inmaculada, tan limpia de toda sombra de mal, porque fue preconcebida en la mente del Padre, Virgen y Luz, porque el Espíritu Santo la cubrió con su sombra de Luz, pero de Luz fecunda, de aquella Luz eterna e increada, propia de la fecundidad del Padre, cuya esencia es la Luz, es la Virginidad, es la Pureza.

Ahora bien, si el Padre comunica a los sacerdotes su fecundidad para que ejerzan en el mundo la paternidad en las almas, dándoles vida para el cielo, ellos también, por la virtud de esta fecundidad divina, deben ser luz, porque han recibido, en el germen divino de la fecundidad del Padre, su ser de luz, de virginidad, de limpidez, de pureza que los hará verdaderos *padres* que tienen que engendrar en la Iglesia almas de luz, de claridad, de pureza.

Por eso mismo el vicio contrario a esta pureza es lo que tanto ofende a mi Padre, lo que más le lastima, lo que castiga de una manera especial en el hombre y más en el sacerdote. El no puede aceptar, en su eterna limpidez, el ver empleada de esa manera degradante y vil, su fecundidad de luz, de claridad, de blancura.

Si mi Padre es Luz, sí El me envió como Luz, si Yo fundé mi Iglesia en la Luz del Espíritu Santo,

Luz para que el que la siga no tropiece ni ande a oscuras ni a tientas fuera de ella, si he puesto en mi Iglesia un faro de luz sin deficiencias, si la Trinidad es Luz, Virginidad y Pureza, ¿cómo entonces no han de ser todo esto mis sacerdotes que componen y rigen a esa Iglesia amada?

¡Oh sí! los sacerdotes tienen que ser Luz del mundo a mi imitación; en sus almas no debe haber mancha; y darán fruto, irradiando esa fecundidad que han recibido con la substancia que la compone, substancia de pureza, de virginidad, de luz.

Es un misterio sólo propio de Dios la fecundidad virgen que todo lo produce, que todo lo abarca, que todo lo da sin mermarse, compuesta de pureza, cuya esencia es la Virginidad de Dios, la Virginidad eterna y sin principio, que, si pudiera esto decirse, la acrecentó al engendrar en El a su Verbo, y que subió de punto *en lo infinito* al procecer el Espíritu Santo de un hálito entre el Padre y el Hijo, de una mirada de complacencia purísima entre las Divinas Personas, de un reflejo fecundo y eterno de la Pureza por esencia, de la substancia de un Dios inmaculado, de un Padre Virgen desde su principio sin principio.

Por eso, si los sacerdotes son *padres,* deben ser puros; si los sacerdotes han sido engendrados, como el Hijo por la fecundidad virgen de la pureza, deben ser el reflejo del Hijo hecho hombre, puro con la fecundidad del Padre al engendrarlo, y puro al hacerse hombre tomando la vida virgen en María Virgen. Por eso, al poseerlos el Espíritu Santo, —que procedió de la Luz, de la Pureza eterna, de un Dios-

Pureza—, deben ser purísimos en sus cuerpos y en sus almas.

Teniendo en cuenta la Virginidad en la Trinidad y obligándoles a los sacerdotes —por el hecho de ser sacerdotes— las relaciones *íntimas* con la misma Trinidad, tienen que reflejar en sí mismos a la Trinidad fecunda y virgen, sin manchar el altar en donde transformados en Mí me ofrecen y se ofrecen a mi Padre amado.

El mayor estrago en el mundo, desde el paraíso, es la impureza; y la Iglesia es pura, es virgen y es madre, para contrarrestar con sus ministros ese vicio infernal que mata a las almas y las separa de la fecunidad virgen que las formó para el cielo.

Y ¿cómo se borra en mis sacerdotes lo manchado? Se borra con la fecundidad de pureza en Mi hecho hombre, al transformarse en otros Jesús. Esta transformación cubre ante mi Padre, y aun borra con la intensidad de mi virginal pureza, toda mancha, toda sombra, y les comunica mi substancia de luz y de pureza, infinitas en Mí.

¡Cuántas riquezas encierra la fecundidad de Dios en su fecundidad misma! Pero en ella campea, más aún, *forma* su ser mismo la Virginidad eterna en la Pureza por esencia, en la Luz increada, en la eterna limpidez, claridad y diafanidad de todo un Dios, del *único Dios,* en sus tres Personas que forman el único y verdadero Dios.

Y si esta fecunidad virgen es un misterio para el hombre, para Dios es Luz. ¿No ven que El es Luz

y Yo soy Luz de Luz, y el Espíritu Santo, que procede de los eternos resplandores de esa Luz virgen y fecunda, también es Luz? Para la Trinidad, en su Luz increada, estos que son arcanos para el hombre, para Dios son verdad, son El mismo; porque Dios es Verdad, la cual también procede o es producida por la eterna, luminosa y clara fecundidad del Padre.

Estas verdades luminosas, entre los múltiples secretos para el hombre, forman aquel mar insondable de delicias eternas e infinitas de la Trinidad, en las que se extasían las Tres Divinas Personas, y donde también Yo, como hombre, tengo mis delicias. Porque, en el cielo, no dejo de ser hombre, pero Hombre-Dios, que ama a la humanidad con amor divino y humano. Por eso me gozo en descorrer ciertos velos por amor al hombre, pero más por amor a mis sacerdotes en quienes el Padre me ve a Mí, me ama a Mí, y les prepara grande gloria con muchos conocimientos de mi divina Esencia, por su transformación en Mí .

Yo, Dios-hombre, engendrado en mis dos naturalezas, divina y humana, por la *única* fecundidad del Padre, poseo el total conocimiento del Padre en los insondables abismos de sus perfecciones. Como Dios, soy la segunda Persona de la Divinidad, y como hombre, inseparable de la Divinidad, soy el trofeo de la gloria del Padre, el Conquistador de las almas, el Redentor, el Salvador, su Hijo amado, en mi Divinidad y humanidad glorificada.

Y si la Trinidad es virgen fecunda, la Iglesia y el cielo tienen que ser a su imitación vírgenes y

a la vez fecundos con fecundidad de luz, de verdad, de pureza.

Y esto deben ser mis sacerdotes: luz y fecundidad, verdad, e iluminar con diafanidad divina los corazones, y pureza, pureza en la eterna Pureza.

Las virtudes teologales, como cosas de Dios, irradiaciones de Dios en su fecundidad para con las almas, participan de la propiedad esencial de la fecundidad divina: de su virginidad y pureza. La fe, necesaria para salvarse, es pura, es luminosa en su oscuridad y en los misterios que encubre, y es virgen en su esencia, sin alteración ni sombra.

La esperanza es pura; es la mirada suprema del alma a Dios, fecundada por el Espíritu Santo con su luz que alumbra, eleva y diviniza, porque es pura.

La caridad, ¿qué otra cosa es, sino la fecunidad de Dios participada en muchas formas, que se multiplica en la unidad purísima en esa unidad-pureza?

¡Oh! gócense en estas verdades luminosas y santas, y renueven su recuerdo mis sacerdotes amados, para que sean Pureza, tranformados en Mí, y sumergidos y divinizados en la unidad de la Trinidad".

CXXXIII

LA FECUNDIDAD Y EL DOLOR

"Hasta mis dolores, y por ende los dolores de las almas que se unen a los míos, reciben el mérito de la fecundidad del Padre.

Sin duda que el Padre no los sufrió, ni el Verbo en su Divinidad, una con la del Padre, porque en Dios no cabe el dolor, pero, si Yo como hombre sólo hubiera sufrido, mis dolores no hubieran tenido ese valor y mérito infinitos, y por tanto no hubieran alcanzado a borrar el pecado ni a abrir el cielo. Y ¿por qué? Porque necesitaban la fecundidad divina del Padre que les diera valor en el orden de la gracia, y vida y fecundidad, que produjera el mérito ante ese Padre celestial y amoroso. Este beneficio fue un acto muy esencial en el amor fecundo del Padre: el dar valor divino a lo humano del dolor, y esto aun en Mí, el Hijo de sus complacencias. Y mi pasión, y mis dolores, todos mis padecimientos fueron *amor del Padre* en el que se derramaba su infinita caridad, derivada de su fecundidad eterna. Por eso el dolor es gracia, es predilección, es fecundidad de muchos matices para las almas con el que se redime, se expía y se salva.

Pero necesitaba el dolor ser divino y para esto el Verbo se hizo carne, para divinizar lo humano, para sublimar el dolor, para darle mérito por la fecundidad del Padre en el Hijo y del Hijo en la humanidad.

Al unirse el Verbo con la carne humana en el seno purísimo de María, aquel Cuerpo, aquella carne,

sin dejar su naturaleza humana se divinizó por el contacto con el Verbo divino. Por eso soy Yo, Jesús, divino y no tan sólo divinizado, porque la Divinidad, abajándose hasta ese extremo incomprensible, como que con su potencia infinita compenetró a mi Humanidad Sacratísima con la Divinidad del Verbo.

Pero esto no quiere decir que el Hombre dejara de ser hombre, aunque Dios-hombre, y con todas las facultades de un hombre y con toda la sensibilidad para padecer y sufrir como el hombre. Además, este dolor de mi Corazón y de mi Cuerpo se aquilataba por la sensibilidad de mi Humanidad hecha expresamente para sufrir, para ser el "Varón de los dolores" y el Salvador del hombre, el Cordero que borró los pecados del hombre.

Pero, repito, ¿de dónde tomaron valor y mérito los dolores en el Dios-Hombre- —De la fecundidad divina que se extiende hasta lo infinito, en caridad, en gracias, en carismas en favor del hombre. Pero, sobre todos los hombres, se distingue esa fecundidad en el dolor en lo que Dios más ama, en sus sacerdotes, almas de elección, almas de predilección almas a quienes Yo dí y doy de lo más íntimo que hay en Mí, de los dolores salvadores transformadores de mi Corazón de amor.

Porque si todos los dolores de mi Cuerpo tienen mérito, las penas internas y cruelísimas de mi Corazón claman con más eficacia el perdón y la misericordia de la fecundidad de mi Padre en favor de los sacerdotes ingratos que las producen.

Y si los dolores físicos en Mí, por lo divino que hay en ellos, tienen mérito por causa de la fecundidad de la gracia; los dolores internos multiplican esa gracia y esos méritos, porque reciben más directamente, más íntimamente, más afocadamente, la fecundidad divina, y producen más excelentes méritos en favor de quienes se aplican.

¡Oh! ¡qué poco se aprecia la santa fecundidad del Padre en todas las cosas, pero más en el orden de la gracia, en la gracia de las gracias, en el dolor qe redime y salva!

El Padre, por el Espíritu Santo, fecundó a María, y en ella Dios se hizo hombre, el Verbo se hizo carne, *para el dolor*. Esa fue mi vida: inmolación constante en la cual glorificaba a mi Padre y adoraba su fecundidad en Mí, dolorosa en favor del mundo. Por eso el dolor santifica, el dolor salva, por la virtud de la fecundidad divina en Mí, en el Dios hecho hombre, recibida de mi Padre amado.

Pero como del Padre no puede salir sino amor, si su fecundidad es amor, luego el dolor es *amor* y el mérito del sufrimiento también procede del amor. Lo que hace más fecundas a las almas en la tierra es el dolor, derivado del amor infinito que le da valor para el cielo.

En el muudo de las almas el amor es dolor, y el dolor es amor; tiene su principio el dolor en el amor, y no porque en el Padre, Principio de todas las cosas, haya habido dolor; sino porque, producido el dolor por el pecado, fue el pecado borrado y redimido por el amor fecundo del Padre, que arrasa toda escoria y que sublima con su fecun-

do amor cuanto toca, que trueca en amor y mérito hasta el dolor y lo hace *dolor salvador.*

Como el dolor purifica, por eso la Cruz es el altar del dolor que redime, porque fue el altar del fecundo amor que salva.

Si el sacerdote es amor de muy aquilatada perfección, es también dolor de muchas clases, en muchas formas, pero que trae consigo la fecundidad santísima del Padre, que los sacerdotes deben utilizar en bien de las almas.

¿Qué otra cosa hice Yo en la tierra? Pues bien, si los sacerdotes son Yo, si se transforman en Mí, deben también emplear esa fecundidad en bien de las almas, deben amar el dolor y sacrificarse de todas maneras siempre por la gloria del Padre en las almas. ¡Y cuántas clases de renunciamientos necesita el sacerdote para cumplir sus deberes, para santificarse y santificar! Pero si piensan, y con verdad, que el dolor atrae la fecundidad del Padre en ellos, con qué avidez abrazarán la cruz; y al transformarse en Mí doloroso, serán felices en cualquier martirio.

Sólo el Padre comprende el valor de la fecundidad del dolor, y quiso divinizarlo y hacer que tuviera mérito infinito. Y ¿cómo podría ser esto? Sólo con la misma fecundidad del Padre en una Persona divina que viniera al mundo a hacer suyo el dolor para infundirle gracia. Su caridad no soportaba la perdición del hombre, y envió a su propio Hijo para salvarlo.

Y también quiso darme a Mí, hecho hombre, la prueba más grande de su amor crucificándome; para darme en su misma fecundidad un Nombre

sobre todo nombre, una gloria en mi Iglesia, una corona de sacerdotes santos, un trono especial en el cielo; y también para que arrastrara en pos de Mí y mereciera en mi Resurrección no sólo la salvación de las almas, sino la resurrección de los cuerpos y el triunfo del Juicio final; que sin crucificarme nada de esto hubiera sido.

Siempre en Dios brilla y triunfa su caridad, su extensiva fecundidad divina.

¡Qué grande es el dolor en la tierra sufrido por amor! El dolor cristiano o con Cristo, es decir, en mi unión, hace fecundo al que lo padece, lo purifica y lo santifica, y sus irradiaciones alcanzan a un número incalculable de almas, y le da gloria a Dios!

Pero no todo el dolor es santo y santifica; se necesita que el amor lo purifique, que se una a mis méritos y que tienda al cielo, es decir, que no se sufra a más no poder, sino que se sobrenaturalice, para que alcance gracias".

CXXXIV

LA FECUNDIDAD Y EL ESPIRITU SANTO

"En el orden de la gracia tiene un campo extensísimo la fecundidad del Padre —en la Iglesia y en las almas— por el Espíritu Santo. El es fuente de toda gracia con la fecundidad del Padre, que es el Autor de todas las gracias; pero el Espíritu Santo es la Persona que distribuye y comunica ese mar de gracias en la Iglesia y en las almas.

Si se fijan en mi Evangelio, en mi vida sobre la tierra y en mis enseñanzas, verán campear en todo la santa fecundidad del Padre. ¿Qué son los sarmientos que se han de unir a la Vid, sino una manera de manifestar la fecundidad del Padre? ¿De dónde tomé la Vida y esa fecundidad, sino del Ser mismo, centro de toda vida, jugo de vitalidad y santísimo Labrador que fecundiza a las almas? En todo el Evangelio, si se estudia y se penetra con la luz de lo alto, se verá cómo directamente va a los sacerdotes y se dirige a ellos.

Si Yo soy el Pan de Vida, y ellos, mis sacerdotes, son Yo mismo, ¿no tendrán obligación de renunciarse, de darse en alimento a otras almas? Y ¿cómo? Con su ejemplo, con su pureza, sus virtudes, sus sacrificios, en fin, por su transformación en Mí, siempre creciente en grados y en intensidad. ¿No es esta virtud de atracción en las almas la fecundidad recibida del Padre? ¿No es este alimento espiritual, de palabra y de obra, una manifestación de la fecundidad del Padre?

Abismos de luz encierra el Evangelio, leído, es verdad, pero poco meditado y compenetrado por muchos corazones de mis sacerdotes; y en cada una de sus palabras y de sus conceptos está la fecundidad del Padre que les da eficacia y vida.

Y si pudiera singularizarse esta fecundidad podría decirse que está en el Espíritu Santo, porque la fecundidad es amor y el Espíritu Santo es la Persona del Amor.

Este Santo Espíritu es como el centro de la fecundidad del Padre en cierto sentido; porque aunque en Mí, el Verbo, afocó el Padre al engendrarme todo el infinito poder de su fecundidad, y a tal grado que, trasladando, como quien dice, todo su Ser de Dios en Mí, me hizo Dios como El, con todo lo que contiene El; sin embargo, al Espíritu Santo, vínculo de unión del Padre y del Hijo, se le ha dado el reino de la gracia, producida siempre por la fecundidad del Padre. El Espíritu Santo tuvo parte activa en la creación del mundo. Al Espíritu Santo, que personifica al Amor, le fue dada la fecundidad realizada en María, que fue obra de amor al encarnar el Verbo Amor, por la fecundidad del amor.

Todo lo más tierno, delicado, santísimo y divino del amor, depósito el Espíritu de Amor en el seno virginal de María. Yo, como Dios y como hombre, en mi Divinidad y en mi humanidad, soy también amor, puro amor, engendrado en mi Divinidad pero nacido como hombre en María, también de la misma fecundidad de amor, por obra del Espíritu Santo-Amor.

Con el Soplo del Espíritu Santo fecundo, fundé a mi Iglesia en mis sacerdotes amados; por eso la Iglesia también es fruto de amor, fecundación de amor en sus sacerdotes: ¡esas vocaciones sublimes se concibieron en el amor, nacieron del amor, las sostendrá siempre el amor y las coronará el amor!

Nada más fecundo que un alma de sacerdote transformada en Mí, porque ha recibido, al ungirlo

el Espíritu Santo, su misma fecunda virtud para que la emplee en las almas; pero ¿de qué manera? ¡Con cuánto tino y caridad debe emplear el sacerdote este don del cielo que el Padre le ha dado para que lo represente en la Iglesia! Hay que hacer que los sacerdotes piensen seriamente, mediten y ahonden esta verdad santísima de la fecundidad del Padre en ellos y en las almas que les ha confiado.

Es una verdad a la vez que una realidad preciosa con que Dios los ha distinguido del común de las gentes: ¡la fecundidad recibida del Padre! Pero a la vez, es una tremenda responsabilidad la que pesa sobre ellos, si no la respetan y emplean santamente formando a Jesús, a Mí, en ellos y en las almas, y todo para la gloria del Padre.

Y la gloria del Padre, el encanto del Padre, la complacencia del Padre y su amor infinito y único ¿quién lo forma, sino el Verbo, este Verbo hecho carne en donde se mira, se refleja, se retrata, se reproduce y vive?

Mi Padre sólo ama a su Verbo; pero en su Verbo a la Iglesia, a los sacerdotes y a las almas. Y si les ha dado su misma fecundidad, ha sido para que la utilicen sólo como *una extensión del Verbo;* porque sólo de esa manera se afoca ahí su amor, en lo que otros tengan de reflejo y de semejanza con el Verbo hecho carne.

Si quiso mi Padre que viniera Yo al mundo fue para *la extensión* de su mismo Hijo en las almas, porque su infinita fecundidad (y éste es un secreto del Padre) como que no se satisfizo plenamente en su Hijo; sino que quiso agregar al Hijo

y para la gloria de la Trinidad, a la humanidad salvada por medio de la semejanza con su Hijo único. Y gozó El mismo, mi Padre, con esa *extensión* del Hijo en las almas; pero sobre todo en las almas de sus sacerdotes, que más que nadie tienen el deber de reflejar al Hijo para la gloria del Padre, fin principal del establecimiento de la Iglesia, es decir, la glorificación del Padre en sus sacerdotes transformados en su Hijo único, formando con El y en El aquella unidad que lo entusiasma y lo enamora.

Por eso el Verbo se hizo carne, con el fin primordial de la extensión o prolongación de El mismo en sus sacerdotes, y por medio de sus sacerdotes, en las almas.

La caridad de Dios no se sacia, y toda ella se difunde en su Verbo, y por su Verbo, con el Espíritu Santo, en sus sacerdotes y en las almas.

Ya verán si la Iglesia tendrá un sublime y santísimo fin en los sacerdotes que la componen; nada menos que la extensión de un Dios hecho hombre como ellos, y por ellos, en las almas, usando la misma fecundidad divina.

Todo sacerdote tiene el sagrado deber de reproducirse en sí mismo, por medio de su transformación en Mí, para que mi Padre, viéndome a Mí en él, tenga en él sus complacencias; debe copiarme, imitarme, compenetrarse Conmigo, unificarse en la Trinidad a quien sirve. Pero también es deber suyo engendrarme en las almas, hacerme nacer en las almas y crecer en ellas y transformarlas y unificarlas también en Mí.

Es preciso que mis sacerdotes, repito, se den perfecta cuenta de esto y que honren y utilicen la fecundidad purísima del Padre, dándole almas que lo glorifiquen. Y no otra cosa glorifica al Padre que su Hijo en las almas; ver en ellas a su Jesús; contemplar en ellas el reflejo más perfecto de su fecundidad, que afocó eternamente en su Verbo al engendrarlo.

Mientras más refleja un sacerdote al Verbo hecho hombre, más lo ama el Padre y más gracias recibe del Espíritu Santo, inseparable del Padre y del Hijo, y más virtud le da para formarlo en las almas.

El Padre sólo busca a su Verbo en los sacerdotes, en las almas y en todas las cosas creadas; no conoce sino a su Verbo en ellas. Por eso un alma transformada es la más amada del Padre y a la que le da más grados de fecundidad para que le dé gloria.

El Verbo es como el Espejo del Padre en donde se ve El y ve a las almas. En su Verbo contempla a su Iglesia y a sus sacerdotes; todos caben en esa Persona divina, todos pueden, si quieren, reflejarse en Ella. Ahí los busca el Padre; ahí, por decirlo así, les da vida y los hace fecundos el Espíritu Santo; ahí debe ser su morada, en la tierra y en el cielo. ¿No son acaso otros Yo mismo? ¡Oh! este es el destino de mis sacerdotes, la unión transformante en el Verbo hecho carne, para llevarlos al Padre, y que ese amado Padre se complazca en ver, no muchos sacerdotes, sino un solo Sacerdote,Yo, y ellos UNOS Conmigo en la unidad indisoluble y fecunda de la Trinidad.

Siendo tan sublime y divino el destino del sacerdote, unificado en el Verbo hecho hombre donde el Padre lo busca y en donde el sacerdote debiera vivir, ¡ya verán si me dolerá ver al sacerdote que me representa, deforme y manchado, al reflejarse en el Espejo, Yo, en donde mi Padre lo busca! ¡Cuántas veces el rubor me cubre ante mi Padre amado al ver cómo rechaza su limpia mirada el triste espectáculo de un sacerdote manchado, cuya imagen degradada y sucia se refleja en Mí, Espejo del Padre, y en donde mi Iglesia está!

Porque en Mí están todos los sacerdotes por razón de ser Yo su Cabeza, como Sacerdote Sumo, y ellos, mi Cuerpo místico. Esta es una honra para mis sacerdotes, *el vivir en Mí,* el llevarlos Yo, como Dios y como hombre, unificados en Mí por su ordenación sacerdotal. Mi Padre busca en Mí con avidez sacerdotes que me reproduzcan, otros Yo a quienes amar en Mí, sin salir de su unidad.

Y ¿qué sentiré Yo, que quisiera cubrir lo que es imposible cubrir a las miradas santas de mi Padre, cuando El contempla con eterna luz lo que es negrura, lo que avergüenza mi limpidez? ¿Imposible encubrir a la Divinidad lo manchado; y lo que Yo hago como Dios hombre es implorar, pedir esperar, aumentar mis esfuerzos, por decirlo así, para blanquear eso manchado!

En Mí, el Verbo divino, con la luz del Espíritu Santo, se refleja y vive la Iglesia y ésta recibe la savia de la fecundidad del Padre. Lo más oculto está presente en Mí; ¡cuántas veces sangra mi Corazón

de hombre-Dios al ver y tener que reflejar o retratar en el Espejo divino lo que me ofende, lo que quisiera borrar con otro Calvario!

Sobre todo, como tengo pasión por mi Padre amado, tan de Luz, la misma Santidad por esencia, me duele que una cosa tan íntima mía lo ofenda, en cierto sentido, *en Mí mismo;* porque Yo, Sacerdote eterno, soy Cabeza de ese cuerpo que forma mi Iglesia amada. Y me duele en lo más íntimo el que *en Mí* se ofenda a mi Padre amadísimo. Porque los sacerdotes no pueden apartarse de su Cabeza que siempre lo es, hasta la muerte, hasta más allá de la muerte; y siempre los miro en Mí y me llevan a Mí en ellos, en razón de mi unidad.

Pidan en mi unión, para que mis sacerdotes todos sepan estimar en lo que vale el don de Dios, al Dios que llevan consigo y a quien representan y que sepan utilizar en favor de las almas los santos carismas de la divina fecundidad".

CXXXV

LA FECUNDIDAD Y LOS CUERPOS

El Espíritu Santo es Dador de toda gracia que procede del Padre en su eterna fecundidad..

El Espíritu Santo es el Don de dones, la gracia misma que tiene su fuente en la fecundidad del Padre. Yo fui enviado al mundo por mi Padre para dar a conocer al Espíritu Santo, y escogí almas de

elección, es decir, a mis sacerdotes para que formen mi Iglesia y conitnúen la misión del Verbo hecho carne, es decir, la glorificación de mi Padre, el conocimiento del Padre por el Espíritu Santo.

Por la fecunidad del Padre, es decir, en virtud de esa fecundidad divina, obré todos los prodigios a mi paso por la tierra y resucité cuerpos y almas; porque todo viene del Padre y hay que volverlo al Padre, su Principio eterno. Y esta es la santa misión de los sacerdotes: devolver al Padre lo que de El salió, las almas y los cuerpos, puros o purificados y santos.

Vuleven los cuerpos al Padre haciéndolos luz, pureza y aptos para que sus cenizas en la resurrección gocen de la eterna y celestial vida para la que fueron creados, redimidos y salvados por Mí en la cruz.

Este es un punto en el que no se fijan muchos: en la salvación de los cuerpos. Claro está que si las almas se salvan, los cuerpos también están salvados; pero esos cuerpos brillarán eternamente en el cielo con más o menos intensidad, según su pureza y mortificación en la tierra. El alma y el cuerpo forman un compuesto y el uno debe ayudar al otro: el cuerpo al alma y el alma al cuerpo, para la propia santificación y para glorificarme.

Yo tenía un alma purísima y, sin embargo, crucifiqué mi cuerpo, lo inmolé en honor de mi Padre y por el bien de las almas, y lo preparé para la resurrección; porque el cuerpo y el alma le deben su vida a la fecundidad del Padre.

El alma salió de un aliento fecundo de Dios, y el cuerpo de la fecundidad santa dada al hombre cuyo germen y origen de vida está en el Padre; porque toda vida natural y divina procede del que es la Vida sin principio, porque en el principio ya Dios era Vida y fecundidad eterna. Por eso Yo soy Vida, por haber recibido del Padre eternamente el amor que es la fecundidad de toda vida.

A Mí, el Verbo divino, no sólo me engendró mi Padre eternamente, sino que es perpetua esa fecundidad en su virginal seno. Y para más gozarse en el reflejo, o más bien *en la realidad* de aquel instante sin principio, perpetúa también esa santa fecundidad en las Misas, y Me multiplica, siendo uno, en las especies sacramentales, y opera con la fecundidad infinita la transubstanciación.

Yo, como Dios, tomo como mía —y en realidad lo es— la fecundidad del Padre que llevo en Mí, y con el Espíritu Santo, también Dios, místicamente renovamos la encarnación del altar. El sacerdote, transformado en Mí y con la fecundidad recibida del Padre (que da virtud fecunda a las palabras creadoras del sacerdote), obra la transubstanciación, y se opera el misterio santísimo de la Eucaristía.

El roce conmigo, que soy la Pureza misma, angeliza los cuerpos por la comunión y por la transformación en Mí, de la que también participan, en cierto sentido, los cuerpos, en virtud de la fecundidad extensiva del Padre; y mientras más puro sea el cuerpo en la tierra, más brillará eternamente en el cielo.

Esto debe tomarse en cuenta por los sacerdotes para la dirección de las almas. ¡Pero qué sobrenatural debe ser un sacerdote en todo su ser: en su mente y en sus pensamientos, en su exterior y en su interior, para tratar a las almas, cumplir un deber sobre los cuerpos y hacer todo para Dios!

Este es un punto que en la dirección espiritual sólo debe tocarse con mucho tino. Pero con la frecuencia de la Comunión que todo lo blanquea y con la penitencia prudentemente aconsejada, se logra la pureza de los cuerpos, que un Director debe cuidar para el cielo; porque también los cuerpos han recibido el santo germen de la fecundidad del Padre.

Como los cuerpos reflejan el vicio, también irradian la pureza y la comunican por la fecundidad del Padre. La pureza en el hombre también procede de la fecunidad propia del Padre que es la Pureza misma, y mi Carne santficó toda carne y la sublimó para el cielo.

El hombre manchó su carne y corrompió la obra santa de Dios al crearla; pero cuando el Divino Verbo se hizo hombre, tomando una carne purísima y santa en el inmaculado seno de María Virgen, devolvió al hombre la inocencia perdida por el pecado y dio además a los cuerpos el santo germen de la inmortalidad en la resurreción. Esa inmortalidad será feliz o desgraciada para el cuerpo según la voluntad libre del hombre.

El cuerpo con todas sus facultades también es un don de Dios, derivado de su eterna fecundidad; y esa carne humana fue sublimada desde que el di-

vino Verbo se encarnó en María. Por eso el cuerpo debe ser santo, por lo que ha recibido del Padre. Es el cuerpo nada menos que el templo del Espíritu Santo desde el instante en que lo poseyó, en el bautismo, al comunicarle la vida de la gracia. Y todos los sacramentos se exteriorizan en el cuerpo y tienen su eficacia en el cuerpo y en el alma.

La Confirmación ¿qué otra cosa es, sino el sello de filiación con el Padre, mediante su fecundidad que el Espíritu Santo comunica?

La Extremaunción ¿no es una fecundidad divina que limpia, que da vida al cuerpo y al alma, y santifica? ¿No es esa unción sagrada un ósculo del Espíritu Santo que con su contacto y por medio del cuerpo purifica el cuerpo y el alma, por lo divino de la fecundidad del Padre, para inmortalizarlo y hacerlo feliz eternamente?

Ese ósculo santo es como el *"visto bueno"* del Santo Espíritu, el sello imborrable del Padre, la marca dichosa para ser admitido en la gloria eterna. Cierto es que muchos sin recibir el sacramento de la Extremaunción se salvan, pero los cuerpos que lo reciben brillarán eternamente con ese sello esplendente que recibieron en la tierra por la fecundidad del Padre.

En el Orden Sacerdotal ¿cuántas veces es ungido el cuerpo del sacerdote para santificarlo y hacerlo apto para la gloria del Padre, en su ministerio, para recibir la fecundidad divina y engendrar almas para el cielo?

Por eso Yo amo, no tan sólo a las almas, sino también a los cuerpos, arcas de las almas, compañe-

ros de las almas, que les ayuden poderosamente a santificarse.

Y en la Comunión, ¿Yo mismo no toco los cuerpos, no soy el fecundo maná que los alimenta y los inmortaliza para el cielo? ¿Por qué medio recibe el alma la virtud virginal y fecundísima de la Eucaristía, sino por el conducto del cuerpo que, con el alma, recibe la Pureza del Padre, la fecundidad virgen del Padre, y se angeliza?

¿No se adora en la Eucaristía de una manera muy especial a mi Cuerpo santísimo, a mi Corazón de hombre-Dios, a las divinas Llagas que están en mi Cuerpo inmaculado y santo, divino y humano a la vez?

Los mártires ¿no se salvaron acaso por el bautismo de sangre en sus cuerpos, no confesaron la fe con la constancia en sus dolores, no se les abre el cielo inmediatamente, porque sus tormentos, unidos a los míos, los purifican por la divina influencia de la fecundidad del Padre?

Y ¿para qué se veneran y respetan los cuerpos, las cenizas, las reliquias de los santos, si en ellos no está ya el alma? Y el poder que esas reliquias tiene de sanar a otros cuerpos y aun a las almas, ¿de quién reciben esa virtud, sino de la eterna y expansiva fecundidad del Padre?

El agua bendita la usa el cuerpo para purificar al alma. Todos los sacramentales tienen eficacia purificadora por la santa fecundidad del Padre; pero el cuerpo es el órgano, el conducto por donde pasa lo divino para el alma.

Aquella bendición (1) que tiene virtud de comunicar pureza ¿de dónde toma su eficacia? ¿Las ben-

diciones episcopales, etc, etc., no son para el alma, pasando por los cuerpos?

¡Oh! ¡los cuerpos tienen una gran importancia para Mí, y por eso quiero que los cuerpos de mis sacerdotes sean santos y unidos al mío, por su transformación en Mí, todo santidad y blancura! Todo lo bueno en los cuerpos y en las almas viene de la eterna fecundidad del Padre, porque Dios *se da* a los cuerpos que también El respeta como templos vivientes de la Trinidad.

El Padre recibe complacido el sacrificio y las inmolaciones de los cuerpos que sufren en su honor y de esos dolores unidos a los míos saca su gloria y la gracia para otros.

Aun el tesoro de las indulgencias y de la comunión de los santos se enriquece con esas inmolaciones ocultas, con esas penitencias ignoradas, con esas maceraciones amorosas que sólo Dios ve y por las que derrama pureza, virtudes y gracias incalculables. Por la sangre de los cuerpos (derramada por el amor); unida a la mía del Calvario, se da la pureza; pero su eficacia procede de mis méritos infinitos, de los dolores de un Dios-Hombre, Redentor y Salvador.

¿Ven toda la gloria que me pueden dar los cuerpos en la tierra y aun en su resurrección en el cielo?

Por abandonar muchas veces a los cuerpos a sus concupiscencias, se pierden las almas y los cuerpos. Y ¿a quiénes toca remediar estos males? A mis sacerdotes puros, a mis sacerdotes otros Yo, transformados en Mí, orientando esos cuerpos para el cielo.

Los cuerpos es cierto que son las envolturas de las almas, pero ambos se completan mutuamente en el hombre. Podía Dios crear sólo almas, pero creó también los cuerpos, teniendo en cuenta en su entendimiento eterno la Encarnación del Verbo; y por este misterio inefable, la redención, la salvación, la resurrección de la carne, en virtud de la Resurrección del Verbo hecho carne.

El alma derrama en el cuerpo las irradiaciones divinas que recibe y lo santifica; a veces aun exteriormente, según mi voluntad. Todo lo bueno de los cuerpos y de las almas viene de la eterna, santísima, divina y eficaz fecundidad del Padre, de toda su espléndida e inagotable fecundidad, por que el Padre no puede dividirse; *se da* todo en todas las cosas; todo a los cuerpos y a las almas con prodigiosa liberalidad, y ama a los cuerpos que El creó, ama todo lo que sale de sus manos fecundas, es decir, divinamente, eternamente, infinita y amorosamente.

Pero más ama a los cuerpos que tienen mi parecida de Calvario, de abnegación, de olvido propio, de renunciamiento, de humillación y de sangre; más ama a los que más se crucifican por mi gloria y por las almas, y ¿lo diré?, por las almas de sus sacerdotes, centros de muchas almas".

---

(1) Se refiere a la bendición: "Spiritus Sanctus, totius puritatis fons, eam vobis per crucem infundat semperque corpora et animas vestras in castitate et sine labe custodiat. Et benedicto Dei Omnipotentis, Patris, et Filii, et eiusdem Spiritus Sancti descendat super vos et maneat semper. Amen". La experiencia ha confirmado la eficacia de esta bendición para alcanzar la castidad.

CXXXVI

LA FECUNDIDAD Y LA PUREZA

"Hay que angelizar al mundo sacerdotal, primero, y por las irradiaciones de su pureza, salvar a las almas. La pureza es como mi delirio, mi ideal en los sacerdotes; porque es lo que más asimila Conmigo, como Dios y como hombre; lo que más refleja a la Trinidad en las almas.

La pureza atrae, la pureza ilumina, porque es luz; la pureza retrata a Dios, y es necesario que mis sacerdotes brillen como esplendentes soles en el Sol mismo que soy Yo, en mi Iglesia amada. Cada sacerdote debe ser un faro de luz que señale el cielo, injertado, transformado en el que es la Luz del mundo, disipando toda oscuridad en las mentes y en las almas.

¡Cómo suspira mi Corazón por ver a todos mis sacerdotes convertidos en pureza, compenetrados en Mí, la Pureza misma! Y para cumplir su misión en las almas y en los cuerpos, para usar santísimamente de la fecundidad del Padre, para formarme en los corazones y engendrarme en las almas por la virtud de la fecundidad, tienen mis sacerdotes que brillar en esta virtud de la pureza; más aún, *ser pureza* en Cristo puro, virginal y santo.

Un sacerdote que no es puro, que no tiende con todas sus fuerzas a poseer esta virtud en todo su esplendor, no es apto para la dirección de las almas. Tiene que irradiar pureza, que comunicar pureza, que ser Jesús en su transformación en Mi.

Una manera de amar, la más perfecta, la de amar con el Espíritu Santo, es difundir la fecundidad del Padre en las almas; pero esa fecundidad tiene por centro al Verbo en su Divinidad, al Verbo hecho carne sin dejar de ser Dios; por tanto, deben mis sacerdotes divinizar a las almas, poner en ellas a Jesús, a Mí, hacer que crezca en esas almas hasta transformarlas en Mí, según el matiz que el Espíritu Santo pone en cada alma y su divino atractivo.

No hay ocupación más agradable al Espíritu Santo que esbozar primero, dibujar, retratar y encarnar al Verbo en las almas, hacer que se santifiquen con la imitación de mis virtudes, enriquecidas después con dones y gracias hasta transformarlas en Mí, vivo y palpitante, en otro Yo, en Mí mismo.

¿Y saben con qué fin? Sólo con el *fin único* que tiene el Espíritu Santo en la santificación de las almas: glorificar al Padre en ellas para que se goce en contemplar a su divino Hijo ahí dibujado, vivo y palpitante, en quien tiene todas sus delicias.

El Espíritu Santo se gozó tanto en la Encarnación del Verbo en el seno purísimo de María que quiere, por decirlo así, perpetuar ese gozo en las almas, poniendo en ellas a Jesús para la gloria del Padre.

En la mente de la Trinidad, la Encarnación, entre otros fines, tuvo éste, muy principalmente, el de perpetuar la encarnación mística del Verbo en las almas, pero muy especialmente en las almas de los sacerdotes.

Y ¿por qué? Porque como el Padre sólo ama a su Verbo, y en El a su Iglesia por el Espíritu Santo, quiso ver y gozarse, o entender su gozo *único,* viendo a ese Verbo en cada uno de sus sacerdotes; pero naturalmente, para esa como transubstanciación de sacerdote en Mí, es lógico que se necesite como punto *central* y *esencial* la transformación de los sacerdotes en Mí.

Sólo así el Padre descansará complacido su mirada fecunda y amorosa en cada sacerdote, porque en él no verá sólo al hombre, sino al Vervo divino hecho carne en el hombre, y entonces lo amará como ama a su Verbo y se gozará contemplándolo.

¡Vale la pena cualquier sacrificio, por sólo una mirada de complacencia de mi Padre amado, mirada fecunda en gracias, mirada de amor de todo un Dios!

Mas para esta encarnación mística, para la transformación en Mí, es necesaria la pureza de cuerpo y alma; ¡porque sólo en lo puro descansa la Pureza misma! ¡La Luz no soporta lo manchado; y mientras más pureza, más luz, más limpidez, más blancura, más Dios!

Mi Iglesia, que tiene la fecundidad del Padre, es purísima, es luz, y en ella existe la verdad pura y sin velos; porque la Verdad es luz, es claridad hasta en las profundidades, oscuras pero luminosas, de sus misterios. ¡Por eso los que forman esa Iglesia, engendrada por la fecundidad del Padre en el Espíritu Santo, deben ser luz, verdad, pureza!

Y si tienen el santo deber de emplear esa fecundidad virgen del Padre engendrando almas para el

cielo, deben poseer raudales de pureza para comunicarla; pureza fecunda por su celestial y divina procedencia que dará copiosos frutos para gloria de la Trinidad.

¡Cómo quisiera Yo que los sacerdotes y los que van a serlo se penetraran muy seriamente, muy hondamente, de todas estas verdades no conocidas de muchos y de otros arrinconadas y sin interés para ellos, a pesar de ser puntos capitales de su vocación sacerdotal! ¡En la formación sólida de un sacerdote, según la mente del Padre, se le da más gloria que con muchas mediocridades —de buena fe sin duda—, pero que no llenan los designios de Dios en los altísimos deberes de sus vocaciones!

Hay que corregir eso y enseñar a unos y refrescar en otros estas verdades que deben llevar en su corazón todos los sacerdotes. Que no salgan de los Seminarios, que no sean ordenados, hasta que esas almas tan amadas de mi Corazón y que van a representarme a Mí en el mundo y en las almas estén perfectamente interiorizadas de sus deberes para Conmigo, en su vida espiritual, y también con las almas.

Deben llevar muy dentro de su corazón estas verdades y la necesidad imperiosa de su transformación en Mí para hacer fruto en las almas y en sí mismos, fruto fecundo y verdadero para Gloria de la Trinidad.

No solamente deben ser completos los estudios de un sacerdote, sino muy especialmente su formación espiritual; no hay que dejar para después de su ordenación la práctica de la vida interior de

unión Conmigo; antes bien, deben trabajar de antemano y progresar en ella, y en las virtudes, y en el amor de abnegación y sacrificio.

Un sacerdote según el ideal de mi Padre —que he esbozado en estas Confidencias, que son para ellos—, le dará más gloria a mi Padre y hará mayor fruto en las almas que muchos de mediana formación y virtud.

Pidan y ofrezcan todos sus sacrificios y dolores en mi unión por el esplendor de mi Iglesia, en sus sacerdotes santos. Vendrá una reacción más fecunda en ella ,por la transformación de sus sacerdotes en Mí, que abrirá nuevos horizontes de perfección a las almas por el Espíritu Santo.

Mi Padre entonces derramará muy abundantes bendiciones sobre la Iglesia, al contemplarme a Mí en mis sacerdotes; entonces se realizará aquel ideal preconcebido en mi mente divina eternamente, el de la extensión del Verbo divino hecho hombre en su Iglesia, para la gloria de la Trinidad. Entonces los sacerdotes, unificados en Mí, transformados en Mí, su Cabeza suprema, formaremos un solo sacerdote y serenos uno, en la unidad de la Trinidad.

Estas Confidencias Yo prometo que harán mucho bien por la fecundidad del Padre que traen consigo y que nunca se pierde por ser divina, sino que donde cae da frutos de vida eterna".

CXXXVII

LA FECUNDIDAD Y LOS DOLORES INTERNOS DE JESUS

"Los dolores internos de mi Corazón son los más fecundos, porque participan de la fecunidad substancial del Padre en el Verbo hecho carne, y esos dolores son divinizados y en cierta manera divinos; no porque como Dios que soy pueda sufrir, porque en la Divinidad, no cabe el dolor; sino que, por razón de la unión hipostática, lo divino diviniza en el Vervo hecho carne lo que hay en El de humano.

Esos martirios, los más finos en mi Corazón, fueron también los más fecundos, y por eso los dediqué muy especialmente al bien de mi Iglesia y de los que la forman. Con estos dolores íntimos e insondables compré las riquezas celestiales que contiene mi Iglesia amada; y por eso los dolores de mi Corazón expían y merecen, premian y coronan; son dolores salvadores y purificadores de una manera muy especial del Padre que dio valor a esos sufrimientos del Dios hombre, y esa cruz íntima de mi Corazón es la que principalmente ha dado vida a la Iglesia, haciendo germinar en Ella las vocaciones sacerdotales.

Y ahora, como Yo no puedo sufrir estando ya glorificado, sino místicamente; y aun cuando esos dolores místicos tienen virtud infinita; busco en la tierra la prolongación de Mí mismo en las almas para que continúen en el mundo alcanzando gracias en mi unión, también principalmente para mis sacerdotes amados.

Soy tan amante del dolor, que si no puedo sufrir glorificado, sufro en las almas que son mías, en las almas transformadas en Mí, y le presento a mi Padre esos dolores como Míos, para alcanzar gracias. El amor es activo, y el amor divino no descansa, y constantemente busca los medios para derramarse. Pero ¿en dónde tiene su recipiente fecundo ese amor infinito, sino en mi Iglesia amada?

Pues bien, si mis penas internas son como lo más exquisito de mi Corazón, su fruto divino más precioso y aquilatado, ¿a quién puedo dedicarlo, sino a lo que más amo en la tierra, a mis sacerdotes amados?

Pero, ¿por qué amo tánto a mis sacerdotes? ¡Ay! porque en ellos veo a mi Padre —o debiera verlo—, al reflejar sus perfecciones. Y ¿por qué no? ¿Acaso no dije: *Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto*? Y ¿cuál es la perfección eterna e infinita del Padre, sino el Amor fecundo? Y ¿quién es el Amor infinito, sino el Espíritu Santo? Y ¿con cuál amor se ama al Padre, sino con el mismo amor que lo hace Dios, con el Espíritu Santo?

Por tanto; si los sacerdotes transformados en Mí aman con el amor infinito con el que Yo amo a mi Padre, con el Amor mismo con que El se ama a Sí mismo, es decir, con el Espíritu Santo; serán perfectos y participarán de la sola y única fecundidad del Padre con más intensidad, con más plenitud, y serán *padres* en el Padre, por el Verbo hecho hombre y Sacerdote eterno, y enlazarán esa celestial unión transformante con el infinito y eterno Amor, el Espíritu Santo.

Pero ¿qué es lo que alcanza estas excelsitudes? ¿cuál es la causa meritoria de estas gracias? Mi Corazón, los méritos fecundos de aquellas penas internas que amargaron mi vida, causadas por los pecados futuros (pero presentes para Mí) de mis sacerdotes y ofrecidos en su favor como el más suave incienso que ofrendaba Yo a mi Padre para alcanzarles gracias.

Por eso, a las almas que Yo elijo para quemarlas como incienso en favor de mi Iglesia, es decir, de mis sacerdotes, hago en ellas como una prolongación de esos mismos dolores impetratorios y salvadores que toman mérito de mis méritos y que por esta divina fecundidad alcanzan gracias.

Nada conmueve tanto a mi Padre amado como los sufrimientos íntimos y ocultos de mi Corazón. Ellos fueron el fecundo germen, que desarrolló a mi Iglesia; ¡de tánto valor son! Claro está que mi Pasión externa salvó al mundo y abrió el cielo; pero lo que dio vida y fecundidad a mi Iglesia fueron esos martirios internos en la substancia misma de mi alma, en los que el Padre se recreaba, porque veía la inmensa gloria que con ellos compraba para mis sacerdotes.

Nadie, sino María, se daba cuenta de los tormentos de amor que me consumían; amor que compraba, más que a precio de oro, una Iglesia, y en ella, almas predilectas que darían gloria a mi Padre, y muchas otras almas con qué obsequiarlo.

Y si quiero, en esta plenitud de los tiempos, que se honre esa cruz interna de mi Corazón, en mis

apariciones a Santa Margarita, ¿cómo no he de querer, muy principalmente, que mis sacerdotes conozcan a fondo, mediten, agradezcan y prediquen esos dolores casi ignorados del mundo y que, sin embargo, dieron la vida a la Iglesia de Dios? Muchos siglos han estado ocultas estas penas internas que destrozaban mi Corazón y que le hacían anhelar la cruz exterior y los martirios de sangre, como desahogo de aquel volcán de amor doloroso que me consumía.

Pero ha llegado el tiempo de que mis sacerdotes sepan lo que me han costado y la gratitud que deben tenerme. Y si la sangre de los mártires ha dado vida a la Iglesia y ha hecho germinar cristianos; la sangre de las almas, los ocultos martirios, la prolongación del Verbo hecho carne y mártir de amor en otras almas, ha dado y dará sacerdotes santos a la Iglesia de Dios.

Concluyó en la tierra mi misión exterior de dolor; pero sufro y continuaré sufriendo en las almas y en los cuerpos, y doy valor con mis infinitos méritos a los sufrimientos de los míos.

Hay muchas clases de dolores que en mi unión alcanzan gracias. Pero los más finos dolores, los más eficaces, los más excelentes, los que más asimilan a Mí, son la participación de los dolores internos de mi Corazón de amor; y por ser más finos, más delicados y de más mérito; por ser no otros, sino mis dolores mismos en un alma transformada en Mí; por esa razón esos dolores, unificados con los Míos, los he dedicado siempre en favor de mi Iglesia y de sus sacerdotes y por participar de la

misma fuente, tienen que servir a la misma causa con un mismo fin.

Pero esos finos dolores no se les dan sino a las almas transformadas en Mí. Y ¿quiénes tienen el sagrado deber de pedir por la Iglesia y por sus hermanos en el sacerdocio, sino los sacerdotes mismos? Y si a esos tormentos mi Padre nada les niega por ser Míos, en las almas que son otros Yo; ¿no es un deber de amor a Mí y de caridad para con los sacerdotes, sus hermanos, la transformación en Jesús que de tántas maneras y de tántos modos les he pedido?

Un aliciente más, entre tántos como les he enumerado, es éste para la transformación de los sacerdotes en Mí.

Esta unión compenetrativa y unitiva por la participación de los más finos dolores de mi Corazón debiera ser un atractivo para que en mis sacerdotes crecieran las ansias vivas de su transformación en Mí.

Esta gracia, que se da tan sólo, y no siempre, a las almas transformadas en Mí, es muy grande gracia por la grande fecundidad y virtud para otras almas que lleva consigo. El alma que la recibe ya no se pertenece, como Yo que ya no fui para Mí mismo, sino para la gloria del Padre en las almas. Esa gracia es la prolongación de Mí mismo en el alma, para sufrir ella en Mí, que sin ese requisito la criatura moriría, pues sólo mi divinidad puede sostenerla.

Una sola gota de esa cruz interna, de esos mortales dolores, es lo que un alma puede resistir, y

aun así, *soy Yo quien resiste en ella.* Entonces ¿el cáliz que Yo apuré toda mi vida y que algo exterioricé en el Huerto, de cuántos quilates sería?

Pues bien, ese íntimo, ese dolor sin nombre, el más acerbo, delicado, torturante y desolador, fue el que tuvo destinado mi amor en favor de mis sacerdotes. A ese grado los amo, y a ese grado —¡ay!— a ese grado de amor y gratitud *debieran ellos corresponderme.*

Quiero vaciar en mis sacerdotes el amor y el dolor que mi Corazón contiene, esas riquezas celestiales con que deben distinguirse; quiero que penetren en lo íntimo de lo íntimo de mi Corazón, para que den a conocer esos dolores internos producidos por el amor que da la vida a la Iglesia y que las almas ¡cuántas desconocen y no agradecen!

Pero estos dolores *sentidos* —no tan sólo leídos o meditados— son los que más fruto darán; pero sólo se pueden *sentir y gustar* por los sacerdotes transformados en Mí, al ser otros Yo, fundidos en la unidad de la Trinidad.

Mi Corazón en el centro de todo amor, el centro de la fecundidad del Padre, el asiento del Espíritu Santo y el abismo del dolor salvador que se convierte en gracias, y en donde deben vivir y morir mis sacerdotes todos".

CXXXVIII

LA FECUNDIDAD Y EL DOLOR EN LAS ALMAS

"Si sufro en las almas transformadas en Mí sus mismos dolores, no quiere decir que Yo tenga dolor; mis dolores ahora son místicos aunque reales; pero tomo el dolor de la criatura como Mío, y como Mío se lo ofrezco al Padre. Esto hago con todos los sufrimientos que se me ofrecen o que se unen a los Míos, ya sea por puro amor o con el santo fin de darle mérito a esos dolores ante mi Padre celestial.

Pero los dolores internos tienen otro colorido, son de otra especie más subida y sobrenatural; esos dolores o penas internas no están en la mano de la criatura sentirlos o sufrirlos, sino que son directamente comunicados de mi alma al alma feliz de la criatura que los recibe; en ellos va la esencia de mi amor; porque son la esencia concentrada del dolor íntimo de mi Corazón, por mis sacerdotes.

Todos los dolores de las almas los sufrí Yo primero y aun los de los cuerpos, en cierto sentido, porque son miembros míos a quienes amo y quise endulzar sus dolores con mi contacto divino-humano.

¡Y si supieran que los dolores también proceden de la fecundidad del Padre! Pero ¿en qué sentido? En el sentido del mérito infinito que pone en ellos por mi conducto, para ser glorificado, en primer lugar, y para premio eterno de quienes los padecen. El Padre no hace nada, no permite nada, si no pasa

por Mí, su Verbo encarnado, en orden al Espíritu Santo. El Padre es el centro único de fecundidad; pero el Espíritu Santo la distribuye en su nombre.

Yo merecí para dar al mundo a este santo Espíritu; me costó, en cuanto hombre, el valor inapreciable de mis dolores en favor de mi Iglesia amada; y hasta que fui glorificado, hasta que entré en el cielo triunfante y victorioso, tuve como derecho para enviarlo a la Iglesia, para que con la fecundidad del Padre ese Divino Espíritu la hiciera fecunda.

Aun para extender el reinado de esa Iglesia fue necesario la sangre de los mártires, unida a la Mía que derramé en el Calvario cruentamente y que derramo en el altar incruentamente; todo ese dolor material y místico sostiene a mi Iglesia, por la fecundidad que lleva consigo.

Y tiene el Padre en cuenta esto, de tal manera que la persecución y el dolor es lo que da la vida divina a esa Iglesia amada por el Espíritu Santo. Claro está que el Espíritu Santo no sufre, pero da la fecundidad con mis dolores, con los sufrimientos del Dios-Hombre y con los de las almas que se le unen.

No comprenden el valor de la Cruz, que es nada menos que el amor infinito del Padre al Hijo, y por el Hijo a las almas. Mi cuerpo, mi alma, mi Divinidad y cuanto soy como Dios y como hombre lo debo a la fecundidad bendita de mi Padre; soy el fruto santo de esa fecundidad eterna y divina.

Mi alma, creada, es como un espejo tersísimo en donde se refleja con toda su potencia y excelsi-

tud beatífica, por eso gozaba constantemente de la visión beatífica, por la unión hipostática; pero, al mismo tiempo, sufría dolores divinos —no en la Divinidad, porque Dios no puede sufrir—; pero sí en mi alma que, desde la Encarnación, hizo de ese martirio interno como su divisa y el precio para comprar gracias a sus sacerdotes y, por la Iglesia, a las almas.

¡Oh, si consideraran los sacerdotes lo que deben a mi alma que tánto los ha amado y los ama! ¡Si penetraran los secretos de este Corazón de amor, espinado y herido, más que por la lanza, por la cruz interna, por esos dolores íntimos y tormentos desoladores que padecí para alcanzarles gracias!

Mi alma fue creada por el Espíritu Santo por la fecundidad del Padre y la unión a mi cuerpo virgen en el seno de una Virgen. Se esmeró ese Espíritu Santo en hermosearla con todos los dones y gracias y carismas, y la enriqueció hasta gozarse en su obra. Mi alma es un purísimo cristal en el que se refleja la Trinidad complacida; pero esta alma, creada por el Espíritu Santo para el dolor, la amplió, la ensanchó para el dolor, la dotó de una sensibilidad exquisita y puso en ella la fecundidad para mi Iglesia. Y sufrí en mi alma todo lo que la humanidad sufre y con esos dolores, más que con los exteriores del Calvario, compré la Iglesia y las gracias para mis sacerdotes y para las almas.

El cielo fue hecho para glorificar a mi Sagrada Humanidad; como trofeo o premio para el Verbo hecho carne creó el Padre, en su fecundidad y ca-

ridad asombrosa y sin principio, ese lugar de glorificación y delicias para la gloria del Cuerpo de su Hijo en su Resurrección, y en la de ese Hijo, para todos los hombres salvados.

¡Qué amor el del Padre al Verbo hecho carne, y en El y por El a la humanidad salvada! Ya veía el Padre a su Verbo coronado en su Humanidad sacratísima, porque toda fecundidad en el Padre lleva por principio y por fin glorificar al Verbo, al único que ama en Si mismo, y en El y por El a todas las cosas; porque el cielo, repito, fue creado y producido por la fecundidad del Padre en honra y en honor del Hijo.

Sin duda que el cielo está en Dios, es fruto de su fecundidad; pero lo que digo es que creó ese lugar de inefables dichas para glorificar, no al Hijo en su Divinidad, porque esa Divinidad constituía el cielo, sino para glorificar al Hijo humanado y como premio a esa Humanidad —unida al Verbo—, y con El, a las almas y a los cuerpos salvados.

También a las jerarquías angélicas las creó Dios por su fecundidad virgen para ensalzar eternamente a la Trinidad y a mi Humanidad, a mi Carne virgen glorificada. Y la Iglesia misma tiene por fin glorificar en el cielo a la Trinidad y coronar al Verbo hecho hombre con las almas puras redimidas con mi Sangre, de donde tomaron valor mis infinitos méritos.

Y ¿a quiénes toca dar al Verbo Encarnado esa gloria accidental, esas almas que lo coronan?

A los sacerdotes, a la Iglesia, en donde está la única salvación de las almas. En el cielo virgen el

Verbo Encarnado tiene su asiento a la vez que lo forma la Trinidad virgen, y nada manchado puede entrar ahí. Mis sacerdotes tienen que ser ángeles para angelizar y salvar. En ellos debe reflejarse el cielo y están destinados a ser espejos en donde las almas vean el cielo, es decir a la Trinidad, a Mí en su tranformación; que al verme a Mí en ellos, las almas mirarán a mi Padre y se purificarán en la luz de mi Santo Espíritu.

Sólo la Pureza limpia lo impuro, y eso fui Yo a mi paso por la tierra, *Pureza,* que limpio la lepra de los cuerpos y de las almas.

Y eso deben ser los sacerdotes con su misión santísima de luz: *pureza,* para limpiar, purificar y cristalizar las almas, para poder salvarlas y que se pierdan en el infinito piélago del que es la Luz".

CXXXIX

EL DOLOR TRANSFORMANTE

"María fue siempre el espejo donde se reflejaba mi Corazón con todas sus torturas y en su alma ardiente repercutían los dolores internos de la mía. Ella se daba cuenta de la amargura del cáliz que apuraba en favor del hombre y sufría en mi unión por la salvación de las almas.

Sufrió María unas horas con mi Pasión externa, pero sufrió toda mi vida con la otra pasión que nadie sino Ella veía y que a ambos nos martirizaba.

Concluyó mi vida en el Calvario, pero siguió mi pasión interna en María hasta su muerte, para completar mi sacrificio y dejar en la tierra el germen que se desarrollaría en otras almas.

Y muy propio de la encarnación mística es de llegar a este punto capital de la transformación en Mí; es decir, es como el broche de oro que la corona. La transformación en Mí no es sólo de mi exterior, en cuanto a virtudes y padecimientos físicos; sino que, pasando a lo más íntimo, delicado y doloroso del amor, ha de llegarse a mi pasión íntima, a los dolores internos en donde se encuentra el verdadero reflejo de mi Corazón amargado; al hombre interior, al dolor salvador que matando salva, que consumiendo da vida a las almas, que agotando fecunda, que reflejándome triunfa.

La Transformación en Mí doloroso es un paso muy subido, el más alto y fecundo de la transformación en Mí, por ser el más íntimo, el que cruzan pocas almas; pero el de más riquezas para otros.

Porque no sólo salvé al mundo por la cruz del Calvario y con derramar mi Sangre; éste fue el sello exterior de mi vida de víctima, que se perpetúa en los altares por la Eucaristía; pero lo esencial en la salvación de las almas fue mi *pasión interna*, que comenzó en la Encarnación y que no concluyó con mi muerte, sino que místicamente se perpetúa en mi Corazón amoroso y doloroso que continúa comprando gracias y dones y carismas para mi Iglesia y para las almas.

Pero es una gracia de predilección mía, muy grande, el de asociar a esa pasión interna a otras almas escogidas para que, unidas a Mí y transformadas en Mí, la continúen en la tierra por los mismos fines y sufriendo por la misma causa esa íntima pasión de mi Corazón.

Esto no es más que el curso natural, en lo sobrenaturalísimo, de la encarnación mística. Se necesita tener una fibra fecunda del Padre para que sea digna el alma de participar de las agonías del Hijo, que si fueron desgarradoras, tuvieron la virtud y la eficacia de ser salvadoras y de glorificar al Padre de una manera sublime y digna de El.

¿Qué no saben que mi Padre me crucificó por amor? Y ¿cuál fue esta crucifixión, acaso la exterior? No; la exterior la permitió para redimir al mundo, aunque también esa Sangre, esos dolores sin nombre, fueron salvadores y abrieron el cielo y compraron gracias antes, entonces y después de esa pasión sangrienta. Pero salvó al mundo más que nada, y compró raudales de gracias más que nada y glorificó a mi Padre más que nada, mi *pasión interna*, pasión virgen que nadie tocó, pasión oculta que sólo veían mi Padre, el Espíritu Santo y algo María; dolor purísimo nacido y crecido y alimentado del *solo amor*, en el cual el Espíritu Santo representó un gran papel, porque me ofreció mártir e inmaculado al Padre para desarmar a la justicia divina y desatarla en gracias.

La Iglesia misma tiene su fecundidad y su vida por mis dolores internos sin nombre, que le dan esa vida por el Espíritu Santo, que directamente recibe

la savia divina de mi Corazón amargado por tantos crímenes.

La pasión del Calvario fue para el bien universal; pero mi pasión íntima, la más delicada y dolorosa fue en favor de mi Iglesia, es decir, de quienes la forman, de mis sacerdotes, que precisamente por más escogidos y predilectos necesitan de más finos martirios para comprarles gracias. Y para ello muy principalmente fue mi pasión interna en la tierra y mi pasión en sus dolores místicos en los altares.

Con esa delicadeza amo y he amado siempre a esa parte escogida de toda la Trinidad; en mi vida mortal compré gracias y carismas para fundar mi Iglesia; y en mi vida en los altares, continúo mi inmolación como en el Calvario, sí, aunque con sacrificio incruento, pero que se prolonga en la pasión íntima de mi Corazón por la transformación de los sacerdotes en Mí.

Y esta delicadeza mía por ellos no se conoce, ni se agradece, porque ha sido un secreto que he llevado hasta hoy en el fondo de mi alma; porque así soy Yo en muchas ocasiones, pues *amo con humildad* y hasta la eternidad se conocerán muchos secretos ocultos a los ojos de los hombres que mi modestia me detiene para revelarlos.

Al presentar al mundo mi Corazón quejándome de la ingratitud de los hombres en general, era particularmente de las almas consagradas a Mí, de mis sacerdotes, porque desde mi Encarnación los he llevado en sus vocaciones sacerdotales, ahí dentro, muy dentro, y he alimentado y comprado esas voca-

ciones con los dolores íntimos de mi Corazón. Por eso sus pecados e ingratitudes producen esos martirios ignorados de los cuales hago gustar algunas gotas a las almas transformadas.

Esos dolores llevan en su fondo lo más exquisito del amor. Están desnudos de todo propio interés; porque sólo puede recibirlos el alma para glorificar al Padre y salvar a las almas, ya que esos martirios íntimos llevan en sí mismos fecundidad salvadora, o sea gracias que suplican, pero más aún que satisfacen, expían y merecen. El alma olvidada de sí misma se deja martirizar por una fuerza sobrenatural que ni le consulta, porque de esa alma dispone Dios como de cosa suya en favor de otros, y esos otros ¿quiénes han de ser sino sus sacerdotes?

Y ¿por qué el Padre regala esos dolores internos a las almas? —Por el parecido de éstas con su Hijo divino. Por eso las utiliza en favor de la Iglesia muy principalmente, por eso las ama con el amor más grande que es el crucificante, con el mismo amor de predilección que tuvo hacia Jesús, con amor de dolor el más elevado y sublime, con el amor con que amó a su Divino Hijo para exaltarlo sobre toda criatura, con derroches de gracias para otros, con estupendos carismas del cielo.

Sólo así pudo amar el Padre a Jesús, crucificándolo, por ser esto lo más fino, subido y aquilatado del amor divino. Este misterio de amar crucificando, tan oscuro para el hombre, para Dios es luz, para Dios es lo más elevado y sublime del amor. Es un

misterio de fe para la criatura; pero de luz clarísima para la Divinidad.

Y ¿por qué? —Porque sólo Dios puede apreciar el dolor en la tierra, porque divinizó ese dolor al acercarlo a Jesús, Dios hombre, al sumergirlo en él, al hacer del dolor lo más precioso de su vida. Jesús dio valor divino al dolor con su contacto e hizo amable para el alma lo que es penoso para la naturaleza.

Y ¿quién causó el dolor en la tierra? El pecado; pero el Espíritu Santo tuvo desde la eternidad su plan en el dolor, en la cruz, convirtiéndola en amor; porque el amor sólo puede producir amor.

Y vino Jesús, por la obra del Espíritu Santo, del seno del Padre al de María, a cambiar la dureza del dolor y trocarlo en amor, en dulzura, en expiación, en salvación. La Divinidad de Jesús cambió el aspecto del dolor; no le quitó su dureza ni dulcificó su amargura, sino lo divinizó y le dio virtud para ser amado, deseado y aun saboreado con fruición.

¿A quién le debe la humanidad caída el que se trueque su dolor en suavidad, en amor? —Al Padre que en su infinita ternura de Padre transfiguró el dolor y lo convirtió en carisma, en el más puro y aquilatado amor, dando a su propio Hijo al mundo para ser crucificado, y no tan sólo en la Cruz del Calvario exterior, sino en la cruz interna, mil veces más dolorosa y cruel.

Ese dolor salvador interno de mi Corazón fue la gloria del Padre en el martirio del Hijo; pero mar-

tirio que Me enaltecía, Me sublimaba, Me coronaba, Me hacía más acreedor a las caricias del Padre, todo caridad para con su amado Hijo y para con el hombre.

Y desde entonces nada honra tanto al Padre como el amor doloroso, el dolor amoroso aceptado y desnudo de todo propio interés; que lo glorifica por ser el mismo dolor salvador de Jesús, el que el Padre mismo puso en el Corazón de su Hijo divino cuando éste se ofreció por el Espíritu Santo en favor de la salvación del mundo, a su voluntad.

Mi Padre mismo, como tesoro el más delicado, puso en mi Corazón, al encarnar en María, ese cáliz doloroso, esas espinas punzantes, esa cruz íntima que Me amargó toda mi vida y Me ofrecí desde entonces inmaculado por el Espíritu Santo.

Pureza y dolor fue mi vida, dolor y pureza fueron todos los latidos de mi Corazón; dolor producido por el amor a mi Padre ofendido por el mundo pecador. Todas mis palpitaciones fueron de un amor doloroso que ofrecía a mi Padre celestial para complacerlo. Y amé el dolor con pasión, porque mi Padre lo escogió para Mí y fue el mayor carisma con que su ternura de Padre me obsequió en la tierra.

Y todo oculto, todo virgen, todo mi cáliz para El, todo el perfume de mis martirios sin nombre para ofrecérselos en favor de la misión que traje a la tierra; la de salvar al mundo. Pero ¿saben por qué medio? Por el de mi Iglesia, que eso me costó la Iglesia el precio sin precio de los íntimos y crueles martirios de mi Corazón.

Pero sentía el gozo de mi Padre al ver mis agonías mortales, porque con ellas compraba las gracias para sus sacerdotes, mis hermanos, concebidos en el mismo seno del Padre y bajados al mundo por el Espíritu Santo en Mí, al seno purísimo de María. Esto lo hacía sonreír: al ver presentes para El a sus sacerdotes, y en ellos mi triunfo, mi victoria, mi premio, mi corona y al mundo salvado.

¿No ven que para todo eso me crucificó su amor? ¿No ven esa clase de amor de caridad infinita, con la que se goza de antemano mi Padre en las gracias compradas por mis dolores para la Iglesia: la fortaleza para millones de mártires, la pureza para tantas almas, el Espíritu Santo que unge y llena a los miles de sacerdotes futuros y realiza por ellos la unidad de la Iglesia y de todos los fieles?

Ya el dolor no es dolor vacío, ya el pecado se borró y se borra por ese dolor salvador de mi Corazón de amor. Ya el dolor es el talismán bendito que el Padre colocó en el centro de mi Corazón, y que lo amargó para que los hombres tuvieran dulzura, y que lo martirizó para que las almas tuvieran perdones, y que lo trituró para sacar de ese divino mar el vino que engendra pureza, y que lo desgarró, por fin, brotando agua y sangre, para purificar y salvar al mundo.

¿No es esto un exceso de amor del Padre que amaba a su Iglesia en Mí, a sus sacerdotes en Mí, y les regaló lo más delicado de un Dios-Hombre, su Corazón mismo?

Abismos de ternuras y de gracias contiene este Corazón inundado de tantas penas, pero feliz en po-

der ofrecer siempre esa quinta esencia de mi amor doloroso en favor de mis sacerdotes amados. Por eso la Iglesia nació de mi Corazón, engendrada y alimentada con sus internos dolores; por eso mis desposorios en Ella fueron en la Cruz.

Por eso el Espíritu Santo la rige, porque mora en el más delicado y amante nido, que es mi Corazón. Y porque ama tanto el Espíritu Santo al dolor, lo da a las almas como un premio inestimable, como un tesoro divino.

¿Y cómo el Espíritu Santo, que es amor, da dolor? —Porque el dolor es amor. El Espíritu Santo ve y sabe el copioso fruto de las penas internas y por eso mientras más ama, más crucifica; porque esas crucifixiones son unión con Jesús, son voluntad del Padre que glorifica a la Trinidad. No ve el Espíritu Santo el dolor aislado, sino los santos y valiosos efectos de ese dolor, pasajero en el tiempo, pero de un peso de gloria en la eternidad. No es la materialidad del dolor, aunque también tiene éste las irradiaciones del amor que diviniza al sufrimiento—, sino el amor, porque El ve, pesa y mide las consecuencias felices de ese amor aquilatado con su santo fuego y divinizado por el contacto con Jesús, por lo divino de Jesús la unión de méritos con Jesús.

Y esos dolores internos son más bien que purificadores, *salvadores,* en cuanto a los hombres, y *glorificadores,* en cuanto a Dios, por su participación especial con los dolores de mi Corazón amante".

CXL

LA FECUNDIDAD Y LA EUCARISTIA

"En la Comunión se le da a la criatura mi alma, mi Cuerpo, mi Divinidad, y en esa Divinidad indivisible, una con la del Padre y el Espíritu Santo, también se recibe a esas Divinas Personas, a la Trinidad en su fecundidad eterna y en la del Verbo hecho carne.

Cierto que mi carne purísima, mi Cuerpo santísimo alimentan al alma que los recibe; que su contacto divino borra todas las venialidades e imperfecciones; pero la Divinidad es la que obra en las almas los santos efectos de la gracia en la Eucaristía; la fecundidad del Padre es la que opera dándome a Mí y transformando en Mí.

Yo soy el soberano medio del Padre en donde toda gracia se derrama por el Espíritu Santo. Y soy el conducto para ir al Padre y por el que el Padre se comunica.

La palabra del Padre es el Verbo, y su voz es el Espíritu Santo, y si esta voz del Padre se dejó oír en la tierra, fue sólo para alabar a su Verbo, para desahogar ante el mundo su infinito amor hacia ese Verbo único a quien el Padre ama, y en El y por El, todas las cosas.

El Espíritu Santo se comunica de muchos modos pero ocultos, íntimos, suavísimos, con el tinte muy especial del amor fecundo que lleva en Sí mismo del Padre. El comunica de lo recibido, aun en la Encarnación. El Espíritu Santo fecundizó, con la fe-

cundidad del Padre, a María Virgen, y se encarnó el Verbo. El papel de ese santo Espíritu es divino, íntimo y se manifiesta muy poco al exterior.

El Espíritu Santo se infiltra muy quedamente, muy secretamente en las almas, se derrama en ellas y hace en ellas —por la gracia— admirables maravillas con la fecundidad del Padre. El no se aparta de un alma en gracia, sino que sin descanso se da, y de día y de noche trabaja en ella y acrecienta los grados de gracia y su transformación en Mí.

Pero nada ayuda tanto a esa transformación como la recepción del Sacramento eucarístico en el que se me recibe como Dios-Hombre, en mi Humanidad y en mi Divinidad, una con la del Padre y del Espíritu Santo.

Y miren la dignidad y el poder que al sacerdote le he dado. Si no hubiera sacerdotes en la tierra no habría en el mundo Eucaristía.

Este gran Sacramento se ha dejado a la voluntad y a la *intención* del sacerdote; es decir, como si la Trinidad misma en la Eucaristía dependiera en cierto sentido de él, pero de él transformado en Mí, porque es tan divina la fecundidad que produce el Verbo hecho carne, que por eso al consagrar el sacerdote el pan y el vino, no es el hombre solo, *sino Dios en el hombre* quien convierte el pan y el vino en el Verbo hecho Carne, en la transubstanciación eucarística.

¿Quién puede hacer este milagro de amor, sino la potencia infinita del amor, la fecundidad del amor? El Espíritu Santo desempeña un gran papel

en las Misas, puesto que es la Persona del Amor, la que inspiró al Verbo hecho carne el estupendo milagro eucarístico, para perpetuar de esta manera, con la fecundidad del Padre, la encarnación en las almas; pero su principal fin fue que por medio de esa encarnación mística los sacerdotes se transformaran en Mí y vivieran la vida divina en unión estrechísima con la Trinidad.

Escogió mi Padre a los sacerdotes como medios indispensables para que se efectuara el gran misterio que en los altares se obra, y por este divino medio de la Eucaristía, el de su transformación en Mí.

¡Qué poder han recibido de mi Padre los sacerdotes en el altar, al darme la vida hechos otros Yo con la fecundidad de mi Padre; pero con el sagrado deber de vivir ellos esa Vida, de transformarse en esa Vida fecunda, que si es Vida, es por la santísima fecundidad de la eterna Vida!

Muchas y muchas enseñanzas encierra para los sacerdotes la Eucaristía y por ella contraen sagradas obligaciones, pues hacen el papel del Padre, son otros Yo —el Padre me engendra místicamente en ellos por el Espíritu Santo— y toda la Trinidad concurre en el sacrificio eucarístico que por su medio se consuma para bien de las almas.

!Oh! ¿Por qué muchos de mis sacerdotes no ahondan esas verdades que los subliman; por qué no meditan y consideran y se impregnan de esa dignidad única y la agradecen? Ejecutan con rutina los

deberes de su ministerio y hacen mecánicamente los actos más sagrados de su vocación sacerdotal.

Es muy triste para Mí esta conducta tan ligera en muchos de mis sacerdotes amados. Con cuánto respeto, amor y gratitud debieran obrar en mi Iglesia, en la que todo es grande, todo divino y trascendental para las almas. Hacen natural lo sobrenatural y santísimo, y ejecutan muy a la ligera o por costumbre los actos más grandes en los cuales la Divinidad concurre con toda la fecunda caridad de todo un Dios. No pesan la grandeza de los misterios, no aprecian la dignidad que llevan consigo, no agradecen los carismas especiales con que los ha revestido la predilección de todo un Dios y ven con indiferencia glacial lo que debieran ver temblando de santo amor.

Quiero una gran delicadeza en todas las cosas del ministerio, en lo exterior y en lo interior; un cuidado especial en la liturgia y en todo lo que dé esplendor a mi Iglesia de la cual son ministros.

Hay en muchos de mis sacerdotes apatía, dejadez, rutina, indiferencia y hasta mala voluntad en los actos ministeriales. Y entiendan que el menor acto del ministerio sacerdotal es grande, es divino, por concurrir en él la fecundidad santísima del Padre, la virtud del Padre, los infinitos méritos del Hijo que el Espíritu Santo derrama por conducto de la Iglesia.

Quiero que reaccionen esas almas sacerdotales sumidas en la inercia y en la tibieza de las cosas santas. Sobre todo en el altar, donde se renueva mi Encarnación, mi vida y mi muerte; quiero ahí más vigi-

lancia en los que mandan y más cuidado, delicadeza y amor en los que realizan los misterios sagrados de la Eucaristía.

Que se hagan el cargo de lo que hacen y de lo que Yo hago con ellos y por ellos. El mismo cielo se admira del don de la Eucaristía que Dios hizo al hombre y el hombre —aun los mismos sacedotes que, transformados en Mí, realizan ese prodigio que sólo el amor puede concibir— ni piensan siquiera muchos de ellos en la alteza sublime de ese don.

La Trinidad misma, por decirlo así, se pone a las órdenes del sacerdote para realizar la transubstanciación eucarística, con las palabras creadoras que sus labios pronuncian; no consideran los sacerdotes que *Yo en ellos* con la fecundación del Padre, quedo en la Eucaristía real y verdaderamente; no miden la infinita grandeza de lo que hacen transformados en Mí.

En esos solemnes momentos de la Consagración, no son ellos sólo instrumentos, sino otros Yo mismo; pero, si estoy en ellos, ¡oh! ¡cuántas veces ellos no están en Mí, ni con su pensamiento siquiera. . !

Y ¿cómo se remediará esto? Sólo por la unión transformante, sólo por la oración, el recogimiento, la vida interior, y sobre todo, por *el amor*, por ese amor que transforma y que vengo persiguiendo en estas confidencias de amor.

Tengo hambre de correspondencia, tengo sed de amorosa fidelidad en los actos sagrados del ministerio sacerdotal. Tengo hambre y sed de sacerdotes santos. que unificados con el Santo de los Santos

sean gloria para mi Iglesia, triunfo contra el infierno y consuelo para mi Corazón.

¿No es este Corazón todo suyo? ¿No les he dado acaso, lo más íntimo, lo más amoroso y doloroso que hay en él? ¿No quiero santificarlos en su plena transformación en Mí? ¿No lo quiero para que coronen en mi unión a mi Padre amado? ¿No pretendo acaso *sublimarlos eternamente en la Trinidad* —que éste es el amoroso sacreto en el fin que persigo— haciéndolos desde la tierra otros Yo mismo, para que tengan en Mí el derecho de ser introducidos en Mí y por Mí, *unos Conmigo* en el santuario íntimo de la Trinidad, en un gozo que ningún mortal puede alcanzar?

Mi Corazón ama tanto a los sacerdotes que, además de todas las prerrogativas únicas que en la tierra gozan, quiero que tengan aun en el cielo un lugar especial, *el mismo Mío* que como hombre merecí y con el que mi Padre me premió para siempre. Mi trono será su trono, mi gloria será su gloria, porque mi Padre en ellos me verá a Mí y en Mí los verá a ellos, y los amará como me ama a Mí, y los sumergirá en los divinos arcanos en los que la Trinidad unifica y vive.

Ya verán si es mucho lo que a los sacerdotes les pido en la tierra. Apenas un deber de gratitud y de amor. Celo ardiente por las almas, olvido propio, lustre y esplendor para mi Iglesia en todos sus actos, esencial cuidado y limpieza de alma en la santa Misa, santo respeto a la fecundidad del Padre y en la manera de emplearla, pureza que resplandezca y con-

tagie a las almas, aprecio de su dignidad sacerdotal, un inmenso amor a mi Padre y la unificación con la Trinidad por su perfecta transformación en Mí.

Para esto los poderosos e inefables medios son el *Espíritu Santo y María.* Activen en mi las peticiones con este fin, y la tierra se renovará y florecerá la Iglesia como nunca en sus sacerdotes santos; pero hay que comprar con dolor esas gracias santificadoras y salvadoras en mi unión; hay que pedir constantemente, porque el que pide alcanza, y mi Padre está dispuesto a dar y el Espíritu Santo a difundir las gracias sacerdotales; para lo cual necesita corazones humildes que se abran, almas ávidas de recibirlas para poder *dar,* y transformaciones en Mí que realicen el ideal de mi Padre en su Iglesia, en los sacerdotes que la forman".

CXLI

DIGNIDAD DEL SACERDOTE

"Si todos los cuerpos de los cristianos son templos del Espíritu Santo, los cuerpos de los sacerdotes, ungidos en su ordenación, debieran ser —en su transformación en Mí— como el centro primordial de mi Santo Espíritu en el mundo, su morada, su descanso, en donde habitara sin lastimarse ese Espíritu Divino de caridad, que quiere difundirse por todo el ser y las facultades del sacerdote.

Los sacerdotes pasan a ser, de simples, hombres, otros Yo mismo, en virtud de su ordenación, y toda la Trinidad habita en ellos con unión íntima e indisoluble; pues aunque pequen, perderán la gracia hasta reconquistarla, pero no puede borrarse en ellos la marca especial de la Trinidad, el sello que la Divinidad imprimió en sus almas el día feliz de su ordenación; este carácter es imborrable, indeleble, para mayor gloria o para castigo eterno.

¡Cuántos horrores se evitarían, si los sacerdotes se hicieran el cargo del valor que tiene la dignidad que llevan consigo y de las inauditas prerrogativas comunicadas por la fecundidad del Padre, y que ven con fría indiferencia y hasta con desprecio, sin detenerse a considerar seriamente los excepcionales beneficios que aun a los mismos ángeles llenan de admiración!

¡Si todos los días dedicaran algunos minutos siquiera a meditar en las preeminencias sacerdotales en la elección del Padre —escogidos entre millares—, en la fecundidad divina, la *misma* que obró la Encarnación del Divino Verbo, y que les he dado para engendrar virtudes en las almas y conducirlas al cielo! ¡Si contemplaran lo que hace en ellos la Trinidad misma! ¡Si fueran otros Yo, unos Conmigo, con un solo querer, corazón y alma, unidos con esta santísima unión del Espíritu Santo, qué otros serían y cuántos males que me contristan se podrían evitar!

Por todas estas prerrogativas, es un grande crimen que el sacerdote se sirva de ese cuerpo —más

que templo del Espíritu Santo, que en la Misa se transforma en Mí y que lleva todo el poder de la Trinidad para abrir el cielo— se sirva de ese cuerpo, digo, para el mal, porque Yo mismo estoy en su alma, por razón del sacerdocio oficial y místico, pues son miembros míos que forman el cuerpo sacerdotal del cual Yo soy la Cabeza.

Los sacerdotes no son muchos, sino *un solo Sacerdote* en Mí y Conmigo, formando sólo un cuerpo y un alma en la Iglesia amada. Por eso mi Padre los ama tanto, les ha dado tanto, su misma eterna fecundidad; porque en cada sacerdote y en todos juntos me contempla a Mí, al UNICO sacerdote, su Hijo amadísimo. De aquí les vienen tantas prerrogativas, su misma fuerza, poder y amor en el Espíritu Santo.

Es muy grande y sobrenatural el ser de un sacerdote y debe respetarse como a Mí en su transformación en Mí. Y si mi Padre me ve a Mí en ellos, los fieles deben también en ellos mirarme a Mí, con esa fe, con ese respeto, con ese santo amor. Pero también mis sacerdotes deben parecer y *ser* lo que son en su interior y en su exterior, *otros Yo mismo* y respetarme; porque en ellos me respetan a Mí.

Lleva el sacerdote el sello de la *unidad*, por esta razón: como que refleja la Eucaristía en este punto sublime y de fe: son muchos sacerdotes, como son muchas las hostias que se consagran; pero son *un solo Sacerdote*, el Sumo y único Sacerdote en que se absorben y unifican todos los sacerdotes del mundo que ha habido, hay y habrá. Todos no forman más que *uno, Yo,* en la Trinidad. En Dios *Uno,* todas

sus obras tienden a la unidad, a formar una sola cosa, por la sola y única fecundidad del Padre. Mi Padre mira en su Verbo humanado a toda la Iglesia y a cada sacerdote en particular —como reflejo de cada hostia— pero fundidos en Mí. El no ve muchas Iglesias, muchos sacerdotes, muchos sacrificios, muchas hostias; sino una sola Iglesia, un solo sacerdote, un solo sacrificio, una sola hostia de propiciación: su Hijo amadísimo.

Por eso insisto tanto en estas confidencias en el punto capital que ansía mi Corazón, es decir: *en la transformación de los sacerdotes en Mí,* en que se hagan el cargo muy profunda y extensamente de que *son otros Yo* en este mundo para salvarlo, como *serán otros Yo* en el cielo para juzgar al mundo y perderse en sempiternos, luminosos y especiales conocimientos y gozos, en la unidad de la Trinidad.

Me *comprometo* a llevar al sacerdote a los conocimientos más profundos e íntimos que puede *soportar* —no sólo un alma creada sino un alma de predilección, como es la del sacerdote— de la esencia divina; a los insondables abismos de la Sabiduría y de la fecundidad increada para mayor gozo; porque el conocimiento de Dios es el que produce la dilección más grande, la dicha inefable en la misma felicidad de todo un Dios.

Por esto quiero recordar a cada sacerdote esa unidad, esa simplificación en Mí, esa transformación unitiva, esa unión transformante que en todos sus grados debe tener un sacerdote.

El sacerdote es un facsímil de la Eucaristía en muchas de sus aplicaciones, que tienden todas a la unidad misma, no sólo en Mí, como Verbo Encarnado, sino en toda la Trinidad, que tiende a unificar en Dios lo humano con lo divino por mi medio. Esa unidad encanta a Dios, es *Dios mismo,* que se goza en ser UNO, en las tres Divinas Personas, que forman una unidad de sustancia, una sola esencia, un solo y eterno y fecundo Dios.

Son Personas distintas las de la Trinidad, pero forman un solo Dios infinito y sin principio; porque en el principio ya era Dios eterno y siempre ha sido Dios; pero el Padre engendró a su Verbo absolutamente igual a El afocando en El mismo toda la potencia infinita, divina y creadora de su fecundidad eterna.

Y la felicidad suprema de las dos Personas divinas al contemplarse extasiadas, la una con la otra, en esa dilección infinita del más aquilatado amor, personificó al *Amor mismo,* y quedó constituída eternamente la Trinidad en una sola unidad, lo que sólo la Trinidad misma puede comprender.

No me canso de recordar, hablando en el lenguaje de los hombres, aquel instante sublime que no fue, sino que *está siendo,* que extasía a la Trinidad; misterio es éste para el hombre, pero Verdad de luz para el que es la misma Luz, la fuente de toda luz, increada y creada. ¿Por qué digo que ese misterio *está siendo*? Porque en Dios no hay tiempo, en razón de su unidad.

Dios es sólo *un acto de amor fecundo,* sin principio y eterno; es, fue y será Dios, y pasarán los si-

glos y concluirá el mundo, y El puede seguir produciendo seres, mundos y creaciones que lo alaben, y todo esto *sin esfuerzo,* con el solo movimiento de su voluntad creadora y fecunda.

Dios no necesita moverse, porque es inmutable; ni pensar, porque es la inteligencia increada y todo lo tiene presente; lo mueve sólo EL AMOR en Sí mismo y para Sí mismo, y en El, a su Verbo engendrado por El, unidos por el Amor infinito del Espíritu Santo. Se derrama constantemente en la Creación, en los cuerpos y en las almas, sin mermarse jamás, y produce siempre amor, y hace siempre el bien por el fecundo amor. Porque nada hay tan fecundo como el amor, nada que santifique, que purifique, que enaltezca y eleve, y que dé vida, y que sea la Verdad por esencia, sino el amor, el santo amor.

Por eso la Iglesia es amor, es caridad, por tener su origen, su ser y su vida en el amor fecundo del Padre. Por eso los sacerdotes que forman el cuerpo substancial de esa Iglesia deben ser amor, todo amor, elevados a la cumbre de la unidad por el amor.

Y ¿quién es el AMOR, sino el Espíritu Santo? Ese Espíritu fue mi Espíritu, y con El amé a mi Padre, lo amo, como Persona divina, y con mis naturalezas divina y humana, como Dios y como hombre; y así quiero que mis sacerdotes amen a mi Padre, como Yo lo amo, con el mismo Espíritu Santo, que ésta es la perfección del amor, con el mismo amor con el que ama a su Iglesia y a los sacerdotes y a las almas.

Ese amor es el que *unifica* con la *Trinidad*, el que simplifica en la santidad, el que une, el que fecunda lo santo y el que transforma en Mí, y hace lo que mi amor pretende, lo que mi Padre anhela: un SOLO SACERDOTE EN MI, de todos los sacerdotes, un sólo Jesús, en donde ponga su mirada amorosa, en donde El se complazca.

¿No ven que al fundar su Iglesia ese fue su ideal? Yo en el Papa como Cabeza, y todos los sacerdotes en Mí, formando un mismo Cuerpo y un solo querer con el de mi Padre amado. Y después de los sacerdotes, mis predilectos, todos los cristianos deben unificarse en Mí, consumados en la unidad; pero los sacerdotes son los instrumentos escogidos para esa unificación de todas las almas y de los cuerpos en Mí, por la santa fecundidad virgen y pura del Padre, que han recibido con este fin".

CXLII

ADVERTENCIAS

"Otro punto muy doloroso para mi Corazón todo caridad, que lo desgarra, es la poca delicadeza y finura con que muchos de mis sacerdotes tratan a las almas, y cómo las hieren y lastiman —con grandes consecuencias— y las retiran de mis brazos paternales. Yo soy el amor, el perdón, la paciencia, la misericordia; y muchos de los míos son ásperos, imperiosos, impacientes e inexorables con las almas.

¡Es tan difícil levantar un alma caída, lastimada, herida y decepcionada por la rudeza del trato y por la aspereza de un sacerdote!

Sólo Yo puedo medir las tristes y aun funestas consecuencias de algunas heridas que no se curan y que pueden llegar hasta la pérdida eterna de las almas. ¡Oh! ¡Si Yo me portara con muchos de mis sacerdotes como ellos se portan con las almas! Impacientes y severos, enconan las llagas, en vez de curarlas; hieren, en lugar de poner bálsamo de suavidad en las heridas; intranquilizan, en vez de comunicar paz; y exasperan a las almas, en lugar de compadecerse de sus dolores, de sus penas, de su poca virtud y aun de sus caídas. ¿Acaso no son *padres* con la fecundidad santa del Padre? ¿No me representan a Mí en los confesonarios, que soy manso, humilde y paciente?

No; a las almas, aun a las más pecadoras, hay que tratarlas con suavidad y con delicadeza, pues ahí está la imagen de la Trinidad. Hay que llevarlas a Mí por el convencimiento, sin exagerar sus defectos, hay que curar, que limpiar, que levantar, que ampliar los horizontes a donde deben llegar y hacerles dulce por amor todo lo amargo.

Aún más: los sacerdotes *deben suplir* lo que a las almas les falte. Por ejemplo, deben ofrecer actos de humildad por las almas soberbias, actos de caridad por las almas injustas, actos de mortificación y de penitencia por las almas sensuales y alejadas de todo lo que pueda contrariar su molicie y comodidad.

Y todo esto oculto, para que sólo Yo lo vea y lo tome en cuenta en favor de otras almas. Deben ali-

gerarles la carga y tomarla ellos, que "mi yugo es suave y mi carga ligera". Deben hacerles la virtud atractiva, suavizar sus calvarios con el amor hacia Mí, que irá creciendo a medida de su generosidad para Conmigo.

Deben los sacerdotes limpiar, curar, con la delicadeza de una madre, a las almas, sin debilidades y mimos, ¡claro está!, pero sin avasallar la libertad; deben esperar que la gracia obre con más o menos lentitud, porque jamás un confesor o director debe adelantarse al Espíritu Santo, sino que siempre debe seguir la acción del divino Espíritu en las almas, abriéndoles caminos y quitando los tropiezos que pudieran estorbarle.

¡Con cuánto tino, oración y olvido propio deben mis sacerdotes llevar las almas hacia Mí, su Dueño único! ¿Por qué apropiarse —como sucede en muchos casos— lo que es Mío? Ellos son *medios y no fin;* pero hay sacerdotes que son como ladrones de almas y que toman para sí lo que es únicamente para Mí.

En cambio, hay otros despreciativos, intolerantes, jueces severos, que alejan —a veces para siempre— a las almas, de los confesonarios y hasta de la religión, única que puede salvarlas.

Dejan mucho que desear algunos de mis sacerdotes, aun buenos, aun virtuosos, en este punto tan trascedental para Mí, del trato con las almas en los confesonarios y en la dirección de las almas. Según está el humor de los sacerdotes, hacen que las almas lo resientan.

¡Cuántas almas que podían ser santas y no lo son, por la inercia de los sacerdotes, por no quererse meter en las honduras que la gracia pide a esas almas! Huyen de lo que les parece extraordinario en vez de estudiarlo, para salvarlas de los escollos y redes satánicas; o bien les cortan las alas con que debieran volar a las alturas a que el Espíritu Santo las llama. ¿Para qué son sacerdotes, sino para soportar por mi amor las dificultades que puedan encontrar?

El Espíritu Santo, a la vez que Satanás, entran muy de lleno en la dirección de las almas, y el sacerdote tiene que habérselas con esos dos espíritus, el bueno y el malo. ¡Cuántos sacerdotes, por miedo, pereza, o poca instrucción para ciertos casos de la vida espiritual, las detienen en el camino de la perfección o las dejan entregarse incautas al demonio, a pesar de tener el importantísimo deber de hacer la luz y salvarlas!

Muchas almas ruedan y se despeñan engañadas por la falta de una mano paternal y a la vez enérgica que las ayude a salvarse. Muy extenso es el campo de los dos espíritus en la vida espiritul; pero eso no les quita el deber a los sacerdotes de servir a Dios en esos dos campos y luchar, a veces cuerpo a cuerpo, con Satanás, para arrancarle su presa y volver a Dios aquellas almas engañadas.

Yo lamento muchas detenciones en la vida espiritual de almas que me darían mucha gloria y que por culpa de los sacerdotes permanecen estancadas indefinidamente, sin llenar mis designios en la tierra. ¡Cuántos conductos para la vida mística se me

cierran por culpa de mis sacerdotes; y también, cuántas almas arrancadas de mis brazos por Satanás, transformado en ángel de luz, que se pierden en mil laberintos y hasta se condenan, también por culpa de mis sacerdotes!

Claro está que cuesta sacrificarse por las almas y que hay que sufrir, orar e inmolarse por ellas; pero también, ¡qué satisfacción es para un sacerdote secundar la acción del Espíritu Santo para mi gloria; o derrocar a Satanás y descubrir sus engaños y falacias, y arrancar de sus garras a las almas que tanto amo!

Yo, el justo por excelencia, sabré recompensar con creces lo que por mi gloria se haga en favor de las almas por quienes di la sangre y la vida. En las almas va la santa fecundidad del Padre, por la que los sacerdotes deben velar constantemente para que den fruto para el cielo.

Mas para llenar esta santa misión debidamente, es decir, *santamente,* deben estar los sacerdotes transformados en Mí, ser otros Yo mismo, con el celo que devoraba mi Corazón en bien de las almas, para glorificar a mi Padre y cuidar su santísima fecundidad en ellas.

Si las almas dan frutos de santidad, es por la fecundidad del Padre; pero pueden con su libertad nulificar el don de Dios en ellas; y a los sacerdotes toca el hacer que ese don de vida eterna dé sus frutos divinos y que no quede inactivo don de tanto precio que tiene que volver a la fuente de donde salió, al seno del Padre, que irradia caridad infinita para con el hombre.

¡Que los sacerdotes se fijen y tomen muy a pecho esto que les recuerda mi bondad y que les *pide a gritos mi Corazón* de Dios Hombre! El ganar con la fecundidad del Padre almas santas que lo glorifiquen, y el no lastimar a las almas y alejarlas de mis brazos por culpa de su frialdad e irritabilidad en sus palabras y en sus maneras.

Quiero apóstoles de amor y de caridad con el celo que abrasaba mi Corazón; quiero sacerdotes con vida sobrenatural, con vida interior, que sean luz para otras almas y celadores de la fecundidad de mi Padre amado. Esta es una manera de mostrarme su adhesión amorosa, el de ser soldados intrépidos contra Satanás, derrocarlo de las almas, descubrir sus engaños, quitarle la máscara y hundirlo en el infinito.

¡Pobres almas! ¡Y a cuántas engaña el demonio y a cuántas tiene cogidas en sus redes, y con qué finura y con cuánta hipócrita malicia las atrae para devorarlas!

Pero ¡ay! no sólo en las almas comunes se lamenta ese mal. ¡Si manifestara los engaños que existen aun en mis sacerdotes amados, a quienes Satanás hace caer en sus lazos muy arteramente, muy ocultamente, disfrazando la virtud con muy fina soberbia! También hay que fijarse, y mucho, en este campo favorito de Satanás, por tratarse de lo que más amo, de lo más íntimo mío, de mis sacerdotes. Deben tener ellos grande amor fraternal unos con otros, y con santa humildad advertirlos, y con mayor celo alcanzarles gracias.

¡Cuánta necesidad tienen también los sacerdotes de Directores espirituales santos! Aparte de que la

obediencia es una grande virtud, se evitarían muchas perplejidades y tendrían más luz y un apoyo en quien descansar.

Pidan por estas necesidades de tanta trascedencia para mis sacerdotes y para las almas. Todas las almas necesitan Espíritu Santo, las de los Directores y las de los dirigidos, y hay que atraerlo por el amor y por los sacrificios.

Esa santísima y divina fecundidad del Padre en muchas almas, aun de sacerdotes, *está inactiva,* y los sacerdotes deben utilizarla, y vivirla en sí mismos y en las almas. Afoquen sus oraciones y sus penas, unidas a las mías, con este fin, en favor de los sacerdotes y de las almas, y todo para la gloria de la Trinidad".

CXLIII

COBARDIA E INTERES

"Un defecto natural en mis sacerdotes, pero que con mi amor deben vencer, es el miedo al contagio en las confesiones de los enfermos; huyen de este deber sacerdotal ¡cuántas veces! Por eso los sacerdotes deben vivir más del cielo que de la tierra, con una vida de fe muy viva, de esperanza y de amor. Si mueren en su puesto por la salvación de un alma, ¡feliz muerte que les dará una vida de sempiterna dicha! ¿Qué no saben que sería para ellos una gloria dar la vida y aun exponerla tan sólo para cumplir su sagrado ministerio en las almas?

Terrible es el juicio de un sacerdote cuando por amor a sí mismo, descuida y hasta deja morir a las

almas sin sacramentos. Es un crimen la perdición de un alma que clama contra el sacerdote que rehúsa sus servicios por motivos personales, por respetos humanos, por cansancio o pereza, por pretextar que no es su deber, etc., etc.; ¡y se queda tan tranquilo mientras un alma agoniza! ¡Sólo Yo sé el número de almas que se pierden en estos casos por culpa de los sacerdotes y cómo se burla de Mí Satanás, cuando los míos no acuden a arrancarle su presa!

Un sacerdote no se pertenece, repetiré mil veces, sino que es de las almas, es para las almas, está consagrado a la salvación de las almas y trunca e inutiliza la fecundidad del Padre, cuando no la emplea en llevarlas a mis brazos e introducirlas en el cielo.

Las almas de los pobres son también almas como las de los ricos y ¡cuántas veces más queridas aún de mi Corazón! ¡y con esta clase, sobre todo, hay mucho de egoísmo y de rémoras para volar a salvarlas!

Me quejo, porque quiero evitar este doble mal que alcanza a las almas desatendidas y a mis sacerdotes culpables. ¡Que se remedie este mal de vida o de muerte eterna, que es de importancia capital para mi Corazón de amor; les falta celo, porque les falta amor, y no hay cosa que contriste tanto al Espíritu Santo como la falta de amor en un sacerdote envuelto en gracias de puro amor, de santo y de fecundo amor y que todo se lo debe al divino Amor!

Además, es un desprestigio para mi Iglesia el de tener como ministros del Santuario a sacerdotes que

piensan más en sí mismos que en las almas; es un escándalo para los fieles el presenciar esa indiferencia culpabilísima para con las almas que van a presentarse ante el tribunal de Dios. ¡A cuántas personas quitará la fe esta conducta abominable de los que debieran avivarla! ¡A cuántas justas murmuraciones dan lugar los sacerdotes que no llevan en sus pechos la llama santa de la caridad en el cumplimiento de sus deberes! ¡Cómo rebajan su vocación sacerdotal y cómo inutilizan la acción de Dios, los dones de Dios, la fecundidad del Padre que salva y que da la vida eterna! ¡Cuánto deshonra a la Iglesia esta conducta incalificable de los sacerdotes que no cumplen los sagrados deberes a que se comprometieron en su ordenación! ¡Y sobre todo, cómo lastiman a mi amor infinito para con ellos y para con las almas, de quienes ellos son!

Aun cuando los sacerdotes al ir a auxiliar a los enfermos contagiosos corrieran no sólo peligros probables sino aun seguros, hasta de la vida, su celo debía ir *más allá* de la vida y de la muerte por salvar una sola alma, como Yo mismo, que llegué a la muerte de cruz y que aun, si pudiera, querría volver a nuevos calvarios y vejaciones por salvar una sola alma. Tal es mi amor hacia ellas y tal debiera ser el de cada sacerdote, con el incendio del amor del Espíritu Santo, que sopla, que urge, que impele y que lleva hasta la sangre y la muerte en favor de las almas que se pierden, para salvarlas.

¡En cuántos puntos los sacerdotes, más que las otras almas, debieran parecérseme! ¡En cuántas co-

sas debieran estudiarme e imitarme! ¡Si debieran ser otros Yo mismo, y con esto simplificarían su vida, y harían de la tierra un cielo! Por eso es tan necesaria, tan indispensable su transformación en Mí, y cuántas espinas le ahorrarían a mi Corazón que tanto los ama, y cómo se simplificaría su vida sacerdotal, *si son otros Yo mismo* con el mismo amor para con mi Padre y para con las almas.

El remedio para todos los males de los sacerdotes se encuentra en su transformación en Mí; por eso no me cansaré de ponderarla ni de pedirla en estas confidencias de amor, porque *son amor,* impulsadas sólo por el amor, en favor y para bien de mis sacerdotes y de las almas.

Y no sólo me quejo ahora de los casos en los que mis sacerdotes pudieran tener contagio con los enfermos, sino aun de su poco amor al confesionario en el que tantas almas los necesitan urgentemente; me quejo de las dificultades que ponen los sacerdotes muchas veces para ir a auxiliar a los enfermos, a consolarlos, a prepararlos para la partida, a resolver sus dificultades, a llevarles la paz, la resignación, los sacramentos y la vida, con la eterna vida.

Y voy a decir una cosa, porque existe y me hiere en lo más íntimo: *el interés,* el interés en un sacerdote —¡lo hay de tántas y tan solapadas maneras!— que cuántas veces al descubrirse paraliza y aun en muchos casos inutiliza la eficacia de su acción en las almas. Hay interés de aprecio, de distin-

ciones personales, interés de alabanzas, de afectos, de elevaciones, etc., etc.

Y también hay, —¡quien lo creyerá!— interés material de dinero. Yo soy caridad, me doy gratuitamente siendo Dios. Pues entonces ¿por qué muchos de mis sacerdotes que me representan no son como Yo? ¿No les pertenecen a las almas su vida, sus talentos y sus fuerzas y todo lo que son?

Es terrible para Mí cuando veo entrar hasta en lo más santo del ministerio sacerdotal la codicia y poner en juego el vil metal cuando se trata de mi gloria. ¡Cómo si mis sacramentos y en ellos mi Sangre, y en ellos la santísima y divina fecundidad del Padre, fueran mercancías, y los santos y sagrados deberes de los sacerdotes se cotizaran!

No hablo de estipendios justos y legítimos, sino de esa codicia, de esa abominable avaricia que quiere Satanás introducir en los deberes del sacerdote, que debe obrar por amor en las cosas santas del ministerio y del altar.

¡Cuántos pobres prescinden de los bienes de sus almas por encontrarse con esta barrera del infierno que les impide que se me acerquen! ¡Ay ! Esto le duele mucho a mi alma toda caridad y ternura, y esta espina que llevo clavada por culpa de mis sacerdotes quiero que se quite, que se suprima toda codicia material y de honores vanos que entorpecen mi acción sobre mis sacerdotes amados y son un estorbo para mi unión con ellos.

¡Que no deslustren con tan ruines miras interesadas la caridad material de mi Iglesia! ¡que se den

a las almas como Yo me di, como Yo me doy; todo para todos y sin recompensa! Ese desinterés santo, y más en lo mío, deben tener los sacerdotes todos; deben *convertirse en don* para todas las almas, que eso hice Yo en la tierra y hago en la Eucaristía, donde soy siempre amor y todo caridad infinita.

Limpios y puros de interés mundano y de honras vanas quiero a mis sacerdotes, sin polvo de intereses viles y todos consagrados a las almas, en Dios y por Dios. ¿Acaso tiene precio humano la fecundidad del Padre? ¿No la ha dado íntegra a los sacerdotes para que la empleen siempre en su favor y en el de las almas?

Esa santa fecundidad debe ser la única riqueza del sacerdote, riqueza eterna, celestial y sin principios; riqueza que inmortaliza para el cielo y que germinará en las almas y las transformará en Mí. Esa virtud divina lleva en sí la adorable fecundidad del Padre; y hoy lo voy a decir: en esa fecundidad virgen y santísima está el gran secreto para las transformaciones en Mí.

¿Acaso esa fecundidad infinita y sin principio no engendró al Verbo eternamente en el seno del Padre? ¿Acaso esa santa fecundidad de amor no concibió en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo a la Iglesia, y en ellas a sus sacerdotes, y en sus sacerdotes a las almas, para consumar a todos en la unidad de la Trinidad?

Este es el gran secreto para la transformación en Mí, el utilizar esa santa y virginal fecundidad del Padre en mis sacerdotes, en sí mismos y en las al-

mas. Eso transforma, eso santifica y unifica y eleva de la tierra y escala el cielo.

Con que ya saben cuál es el talismán con que se realizan las transformaciones en Mí; la santa fecundidad del Padre que me reproduce en cada sacerdote y en cada alma que quiere vivir de mi vida e imitarme.

Pero, ¿que recogí casi siempre en mi paso por la tierra? Ingratitud... ! Pues bien, ni siquiera el interés del agradecimiento quiero en mis sacerdotes perfectos; así los quiero, tan puros y sobrenaturales, siempre mirando al cielo, siempre unidos con mi Padre celestial.

Por cuántos motivos mis sacerdotes deben ser santos y vivir despegados de todo lo que no sea Dios, aun de los mismos dones espirituales, pero que no son El.

Pasé por el mundo haciendo el bien, y gratuitamente; así mis sacerdotes, que no deben esperar la recompensa de las criaturas en la tierra, sino del Padre celestial en el cielo. Y ¡qué recompensa! la Trinidad misma, centro de toda riqueza, de toda gracia, de toda felicidad y de perdurable ventura.

¡Manos a la obra! Destierren todo humano polvo en los ministerios, para hacerse dignos de eternos premios en mi unión".

CXLIV

POR QUE EL VERBO SE ENCARNO

"En Dios, el pasado como el futuro es presente. Desde toda la eternidad, quiso crear al hombre a su imagen y semejanza; y esa imagen lo atraía, y por esa atracción de lo divino que hay en el hombre, aunque no hubiera existido el pecado, el Verbo se hubiera hecho hombre en María, *no pasible,* no para *expiar,* sino para honrar al Padre en el hombre, para sublimar la carne del hombre y esto sólo por la fecundidad del Padre, en el hombre.

Porque donde hay un reflejo de la fecundidad divina, ahí estoy Yo para honrarla y glorificarla. Y como el hombre llevaba esa fecundidad santa en su cuerpo y en su alma, eso hubiera bastado para que el Verbo divino se dejara venir del cielo a la tierra, para amparar esa divina fecundidad del Padre, y darla a conocer y apreciar, y para más glorificar al Padre en el hombre y como hombre.

Yo hubiera habitado en el mundo con el hombre sólo por este fin santísimo, porque solo Yo sé apreciar en su infinito valor, como Dios, la fecundidad del Padre comunicada al Hijo, al engendrarlo el Padre con todas sus perfecciones.

Si la Iglesia canta "feliz culpa que mereció tan grande Redentor", se refiere no a que *Yo no hubiera podido venir* al mundo sin el pecado sino al gozo de que el pecado fuera borrado por todo un Dios Re-

dentor. La Iglesia no se equivoca porque está inspirada y asistida por el Espíritu Santo.

La malicia del hombre es capaz de cambiar los planes de Dios, pero nunca su caridad infinita que siempre triunfa; y como lo he dicho, la libertad de la voluntad dada al hombre es mi gloria y mi martirio. Mi gloria, cuando esa voluntad, *por amor,* me honra y me glorifica. Y es mi martirio, cuando ese libre albedrío se emplea contra el Dios de amor a quien todo le debe el hombre.

El hombre pecó; Satanás quería triunfar tratando de envenenar la santa fecundidad del Padre en el hombre; pero Dios triunfó y triunfará siempre de las infernales maquinaciones; y a María, preconcebida en la mente del Padre para la divina maternidad, se le agregó un nuevo florón: el triunfo sobre la serpiente, con la misma fecundidad virgen de pureza contra la malicia diabólica, por la cual aplastó la cabeza infernal y se realizó en Ella la Encarnación, no tan sólo de un Dios *glorificador,* sino de un Dios *Redentor y Salvador,* y con El, una Iglesia que le conquistaría las almas, millones de almas, por la santa virtud de la fecundidad del Padre en sus sacerdotes.

Quería Satanás manchar con su baba infernal la santa fecundidad del Padre en el hombre, y por María Virgen, vino el Verbo-Virgen del Padre Virgen, a fundar con la Sangre virginal una Iglesia fecunda y virgen que, a imitación del Padre, le daría una gloria sin fin.

Siempre los dos espíritus, el bueno y el malo, estarán opuestos; el uno salvando la fecundidad del

Padre, y el otro queriendo pisotearla hasta en él mismo, porque Satanás es fruto también de la fecundidad en los ángeles; pero nunca triunfará Satanás, y en el día del juicio se verá la gloria de Dios que triunfó en virtud de la divina fecundidad del Padre, porque *no habrá comparación entre el número de almas salvadas y el de las condenadas.* Ese día será el del triunfo capital de la Iglesia militante, por la virtud de la fecundidad del Padre.

He aquí otro punto del amor infinito del Padre, al idear al hombre en su mente divina, y fue que Yo, su Hijo único también tomara la carne del hombre, aun cuando el hombre no hubiera pecado, con el fin de que el hombre tuviera derecho —por mi Divinidad Encarnada— a la resurrección de la carne.

Si no hubiera pecado, las almas, sin morir, se hubieran ido al cielo con sus cuerpos; pero aun así, necesitaban también que el Verbo hubiera venido a hermanarse con esos cuerpos, para comunicarles, por la potente fecundidad del Padre, fuerza para resucitar y derechos divinos para penetrar en el cielo.

Pero como toda carne se manchó en Adán, toda se purificó, se sublimó, por el contacto del Verbo divino, de mi Divinidad, al encarnarme en María.

¿Ven la necesidad de la Encarnación del Verbo en favor del hombre, no sólo pecador, sino aun justo, aun santo, pero sin la suficiente pureza de fecundidad para entrar al cielo? Y ¿cuándo se agradecen estas predilecciones de amor infinito ni por los que son míos?

Si el hombre no hubiera pecado, no habría infierno para él, ni purgatorio; con la justicia original comunicada por la eterna fecundidad del Padre, hubiera tenido derecho al cielo, pero siempre por la *preconcebida* Encarnación, del Divino Verbo; mas el pecado trajo la muerte, el castigo y todos los males, el infierno para el hombre y la expiación.

Pero de una manera o de otra, es decir, con el pecado y sin el pecado, el Verbo se hubiera hecho carne para glorificar la carne, y cuidar en ella y en las almas la fecundidad del Padre en los cuerpos y en las almas.

La creación fue un arrebato de amor, un desbordamiento de amor de la Trinidad, un exceso del divino, eterno y fecundante amor; de manera que no le bastó crear los ángeles con su cielo, sino que buscó otros seres en quienes reflejarse por la divina fecundidad en Mí, hecho hombre, para más gloria de la Trinidad.

Dijo Dios en su Verbo —su Palabra eterna—: "Hagamos al hombre a nuestra imagen", y le dio un alma inmortal a un cuerpo divinizado por la futura Encarnación de su Verbo— con la imagen de la Trinidad. Y con un aliento divino y fecundo hizo al hombre.

Pero quedó como *prendido,* como atado, el mismo Dios eterno en lo que hizo, en su criatura; porque la criatura es una extensión de la eterna fecundidad del Padre, y por eso el cuerpo no podía morir sin resucitar, por lo que tiene de santa fecundidad, y el alma tenía que volar a su centro, Dios; y ambos tomar el parecido del Verbo hecho carne, por

una santa y sublime transformación. El hombre es fruto de un desbordamiento del ardiente amor de la Trinidad.

Estas luces divinas, las posibles en la tierra, las tendrán mis sacerdotes a medida de su transformación en Mí. Si Yo soy la luz del mundo, ellos deben serlo también y disipar muchas tinieblas de las almas. Pero, ¡cuántos duermen tranquilos sin inquirirlas! Que trabajen con este fin.

Y aun para las almas que no hubieran pecado se necesitaba, para que fueran al cielo, la intervención del Verbo Encarnado, no sólo para la resurrección de los cuerpos. Se hubieran salvado por los méritos infinitos del Verbo hecho carne: antes de su venida, por tener Dios en cuenta aquellos méritos futuros de su Hijo amadísimo al encarnar en María, y después de su venida, por esos mismos méritos.

Porque en el Verbo no nacieron mis méritos tan sólo de los dolores de mi pasión, sino que *su razón principal era y es* la fecundidad del Padre en Mí; puesto que ni mi pasión dolorosa, ni mil pasiones hubieran tenido valor, sino por la fecundidad del Padre, causa radical de todo mérito; porque el mérito viene de lo divino que da vida y valor a lo humano.

Yo, como puro hombre —si esto hubiera sido posible— nada valdría, pero como Dios, llevo en Mí, por mi Divinidad, una con la del Padre y el Espíritu Santo, la misma santa fecundidad que todo lo valora y le da mérito y vida sobrenatural para el cielo.

Y un atractivo más para venir el Verbo a la tierra, aun sin el pecado, era María, que estaba en la mente divina de toda la eternidad, preconcebida y fecundada por el Padre con prerrogativas insignes para realizar en su purísimo seno la Encarnación del Verbo. Por medio de esa Virgen sin mancha, Yo me acercaría al hombre, haciéndome hombre para gloria de la humanidad y de mi amado Padre.

Ya la Inmaculada estaba en el seno del Inmaculado y Purísimo por esencia, en Dios, trino y uno, y acariciaba este futuro como presente, que complacía a Dios uno y trino en sus Divinas Personas.

Y por eso María, la Madre escogida y realizada en la mente divina para Mí, ya encantaba al Padre, ya atraía al Verbo, ya recreaba al Espíritu Santo. María fue el purísimo imán que me atrajo a la tierra para realizar los prodigios del amor, que se desbordaron del Corazón de Dios, para la gloria de El mismo y el bien de las almas".

CXLV

LA FECUNDIDAD Y LA GRACIA

"El Espíritu Santo es el autor de toda gracia, cuyo principio está en la santa fecundidad del Padre, porque la eficacia de la gracia procede de esa divina fecundidad. La gracia es amor porque procede del amor infinito en Dios, de un Dios todo amor.

Hay gracias de muchas clases: las hay de preservación y de perseverancia, gracias de luz, gracias de purificación, de unión, de predilección, gracias ordinarias que bastan para salvarse, y gracias extraordinarias que arrancan las almas al infierno.

Dios nunca violenta la volntad del hombre; pero hay gracias que rinden a las almas, no a la fuerza, sino por el amor, como las que en muchas ocasiones Dios da a los pecadores, en la última hora de su vida. ¿Y por qué? Sólo porque quiere, o bien en atención a las oraciones de otras almas, o a la comunión de los santos cuyos méritos, unidos a los míos, aplica Dios a quien le place, porque es muy dueño de lo suyo.

Dios nunca salva, sino al que quiere salvarse; pero si salva esas voluntades reacias, no es avasallando el libre albedrío, sino rindiéndolas por amor con gracias superiores o extraordinarias. El amor es el que salva a las almas, y ¡cuántas veces hasta el último instante de una vida depravada! Pero triunfa el amor. el fecundo amor, que produce toda gracia, porque Dios es amor .

Nadie se mueve en el orden sobrenatural, sino por el impulso de la gracia actual antecedente. Y ¿por qué? Porque la fecundidad del Padre, que jamás está inactiva, mueve por la gracia a todo acto sobrenatural del alma.

Sin duda que el hombre se vence y practica la virtud espontáneamente, pero ¿quién mueve a esos vencimientos, quién le da fuerza al alma, quién se los inspira ,sino la gracia que impulsa, para premiar

después? Hay libertad en el hombre, pero la fecundidad divina, antecedente a esa libertad, es la que le da vida y mérito para el cielo. No se mueve el hombre para ningún bien, sino por el impulso del Espíritu Santo.

Dios no avasalla, *pero ama* e impulsa suavísimamente por el amor. El amor lo es *todo* para el hombre, lo es *todo* para Dios. Y ¿quién puede impedir al Espíritu Santo su divina y fecunda acción en las almas? ¿Quién le pone pauta a Dios, a su acción divina, al que es Dueño y Fuente de todas las gracias, que al hacer fecundo todo acto, todo pensamiento bueno en el alma, se glorifica y premia? ¿Quién puede impedir a Dios derramarse en sus criaturas, antes o después, dando lo suyo, al venir la aurora o al ponerse el sol?

Ningún acto sobrenatural puede ejecutar el hombre sin el impulso de la gracia, ni concluirlo sin la cooperación santa de la gracia; y como toda virtud o gracia están engendradas e impregnadas de la santísima fecundidad del Padre, es imposible para su ejecución que sólo entre la buena voluntad del hombre; la cual, sin embargo, Dios tiene muy en cuenta, y lo glorifica.

Todo lo llena, todo lo invade, impregna y diviniza esta santa fecundidad; y sin ella, ni las virtudes, ni los dones, tendrían mérito sobrenatural y divino, y por tanto ni premio eterno. Pero no olviden que el Espíritu Santo no violenta la voluntad;

El se insinúa, pero el hombre puede obrar con su libertad el bien o el mal, o retardar la gracia.

Así como el Espíritu Santo trabaja en el campo del bien en favor de las almas, Satanás trabaja en el campo del mal, y ¡cuántas veces engaña hipócritamente como si fuera Yo! Y ahí está mi triunfo y mi martirio, por el libre albedrío con el cual el alma con su voluntad libre escoge —a pesar del trabajo de la gracia preveniente e insinuante— el pecado, y se aleja del Espíritu Santo, es decir, desprecia al Amor y en ese Amor Bendito y eterno, la fecundidad del Padre.

Y es lo que Dios no perdona: que se ultraje al Amor, que se desprecie al Amor, que se pisotee, se reniegue y se rechace con toda voluntad y malicia al Amor. Por eso el alma que se pierde, *a pesar* del amor, se condena; porque culpable y conscientemente abandonó al Amor. Y éste es en el condenado el castigo mayor y eterno, el arrancarse del alma el amor fecundo en el que está amasada. ¿Puede haber martirio peor?

Y si es un martirio para mi Corazón de amor el ver cortado un sarmiento a su Vid que soy Yo, que es mi Padre y el Espíritu Santo, al cortarse la fecundidad divina, al extraer, por decirlo así de un alma condenada, la fecundidad del amor —porque también hay fecundidad del Padre en el atributo de su justicia— ¿qué sentirá mi Corazón todo amor?

Y si es grande mi dolor al ver que se pierde el alma de cualquier cristiano, ¿qué sentiré cuando esta alma querida es la de un sacerdote injertado

más íntimamente en la Trinidad por la santa, infinita y eterna fecundidad del Padre? Y ¡ojalá que esto no sucediera! ¡pero lágrimas de sangre me cuestan mis sacerdotes amados, que nacidos más que nadie *del Amor,* pisotean y abandonan al Amor, y en ese Amor —porque todo es uno— a la fecundidad divina con que los engendró en la Igelsia mi Padre amado, todo amor.

Esta santa fecundidad del Padre está como olvidada, como relegada, como que no se tiene en cuenta; pero si se estudia a fondo, si se contempla con divina luz, se aclararán con ella *muchos misterios* y se iluminarán muchas verdades de la fe y del amor.

Amen, sobre todo mis sacerdotes, que el amor es el gran transformador, y los sacerdotes deben a toda costa y para grande gloria de la Iglesia, vivir y morir transformados en Mí".

CXLVI

CONCECUENCIAS DE LA ENCARNACION

"María atrajo al Divino Verbo por su pureza sin mancha; pero más, por la fecundidad del Padre en Ella, por esa fecundidad virgen con la cual engendró el Padre, en Sí mismo, al mismo Verbo divino, y en El y por El, a la humanidad de quien también es Padre.

Pero, no fuera Padre de la humanidad, si el Hijo no hubiera encarnado en María. Por ese misterio sublime de la Encarnación del Verbo, también los

hombres son hijos del Padre, por la unión de fraternidad del Verbo con el hombre producida por la Encarnación del Verbo en María.

Si el Divino Verbo no se hubiera encarnado, no tendría derecho el hombre a la herencia eterna en el cielo, la cual le vino por la fraternidad Conmigo, Dios Encarnado.

Antes de la Encarnación hubo sin duda almas que se salvaran, pero por la virtud —futura para el hombre, pero presente para Dios— de la Encarnación del Verbo en María, fecunda y virgen, por la comunicación de la fecundidad y virginidad del Padre. Pero nadie entró al cielo antes de que Yo entrara ,el Hijo por quien los demás hijos —los hombres, mis hermanos— tuvieron derecho en Mí y por Mí a la herencia eterna.

Si no hubiera habido pecado, no hubiera habido pasión, ni Calvario, ni Resurrección, ni Ascensión, etc. Pero entonces, con solo el infinito poder de la fecundidad del Padre, hubiera Yo vuelto a mi Padre, al cielo, con el séquito de almas salvadas por la Encarnación del Verbo.

¡Oh! Las dificultades del hombre para Dios son luz, son verdades transparentes y diáfanas; y muchas de esas dificultades se desharían, si se tuviera en cuenta la potente fuerza de la fecundidad eterna, sin principio ni fin de todo un Dios amor.

Antes de la creación del hombre ya había infierno, desde la rebelión de los ángeles; y al crear Dios al hombre, le previno con gracias que despre-

ció y desobedeció sus mandatos; y así, con la transgresión de la voluntad divina, vino el pecado, y con el pecado el castigo y la expiación.

Antes de mi venida al mundo ya había almas condenadas porque tenían suficiente luz para discernir el bien del mal; además de la ley natural, tenían la de los profetas y el libre albedrío para escoger con su plena voluntad. Nunca dejaron de entender, en todas las generaciones, que había un Dios que castigaba el mal y premiaba el bien. En ese punto, como en todos, obró con justicia el Dios que es amor.

En cuanto a Adán y Eva se salvaron, después de expiar el pecado en ellos y en parte, en sus hijos en los siglos venideros; pero, siempre por los futuros méritos del Verbo Encarnado, por su amor a la humanidad perdida, por esa caridad infinita de la que está compuesta le fecundidad del Padre. Por eso alcanzaron el perdón.

Sólo con mis méritos, *sólo viendo al Hijo*, perdona el Padre. Y como el Hijo tomó la naturaleza humana, eso detiene la justicia y abre los senos de la misericordia infinita.

La Encarnación del Verbo Divino en todos sus aspectos, era indispensable para el hombre, para las almas y para los cuerpos en su resurrección. Con el pecado del hombre y sin él, Yo me hubiera hecho hombre, por amor al hombre, para glorificar al Padre en el hombre, para venerar y cuidar la fecundidad del Padre en el hombre.

En María, desde la eternidad, tenía el Padre sus complacencias, y esto antes de crearla, por estar

preconcebida en su mente divina; y la envolvió en gracias especialísimas de virginal pureza y fecundidad por el destino sublime que le tenía reservado, el de la divina maternidad, para la cual estaba destinada y aun preparada por insondables misterios.

Por eso María, además de la especial fecundidad en su alma, de todas las virtudes y dones, el Padre puso en su purísimo virginal seno, con toda su plenitud y a su tiempo, la santa fecundación del Verbo Encarnado, por obra del Espíritu Santo.

María no produjo al Verbo, porque el Verbo, fecundado por el Padre en Sí mismo, en la eterna generación, como Persona divina, no necesitaba para existir del seno purísimo de María; lo que fecundó el Espíritu Santo en Ella, fue a mi Humanidad, al hombre por la fecundidad del Padre. Porque la fuerza o vitalidad de la fecundación que produjo a Jesús, venía del Padre por el Espíritu Santo. El Verbo sólo fue engendrado por el Padre; y antes de los tiempos, ya el Verbo era Dios con Dios, con el Padre y con el Espíritu Santo, porque Dios no tuvo principio.

El Padre nunca estuvo solo; era Dios desde siempre, sin principio ni causa, y con El, el Verbo engendrado por El, y el Espíritu Santo, aliento purísimo y fecundo del Padre y del Hijo de donde procedió, para ser puro amor. Todo esto fue en un instante eterno, a la vez, y fue y está siendo y será. Aunque realmente en Dios no hay instantes, ni tiempo, ni principio, ni apoyo, ni causa; porque en el principio ya era Dios en sus tres Divinas Perso-

nas; ya era la santa, infinita, perfecta, eterna, plena y purísima fecundidad, con una sola *unidad* y substancia, y espíritu, y poder, y atributos, y hermosura, y diafanidad, y santidad por esencia.

Cierto es y de fe que el Padre engendró al Hijo y que de ambos procedió el Espíritu Santo que los une, que los impregna de dichas, de paz y deleites en un infinito, pleno y substancial amor de caridad eterna; tal es como la Genealogía divina; pero las tres divinas Personas que son un solo Dios, no tuvieron principio ni tendrán fin; Ellas forman en la Trinidad un solo Dios en su unidad de substancia, que no tendrá fin, y que siempre será el uno y verdadero Dios.

A Dios no se le debe ofender ni por el más santo de los intereses. Nadie en la tierra puede avalorar la justa malicia de un pecado, lo que es en su fondo una sola ofensa a la majestad de Dios, ese desafío satánico, ese contrasentido, esa ingratitud y vileza, esa *falta de amor.*

Claro está que Dios superó con su eterna caridad, con sus infinitas bondades, al pecado del hombre caído; y si no hubiera habido pecado, Yo hubiera tenido mil medios para acercarme y *unificarme,* con el hombre. La Encarnación fue un estupendo medio, el más amoroso para unirme con el hombre. ¡Tiene Dios tantos recursos de amor! Pero todo pasa Dios, menos el pecado, menos la ingratitud, y la falta de amor al Amor mismo ¿No ven que El es amor? Y si el hombre quiere transformarse, tiene que ser amor, y el amor no ofende al Amor, no es ingrato con el que es el mismo Amor.

Este es el gran secreto de las transformaciones en Mí; amar, ser amor para con Dios y para con las almas *por Dios*.

¿Y qué criatura hay más cerca del Padre que María, a quien impartió su misma fecundidad, para que pudiera llamar *Hijo* al Verbo hecho carne? Y no Hijo solamente por la santa Humanidad que le dio —que fue la que Ella concibió en su virginal seno por obra del Espíritu Santo— sino Hijo en lo divino —en cierto sentido— y en lo humano, por razón de la unión hipostática; porque en Mí no puede dividirse o apartarse lo humano de lo divino. Y ¿por qué? Porque la potencia de la divina fecundidad hizo que la Divinidad asumiera, penetrara, y por decirlo así impregnara a la Santa Humanidad.

Y otro misterio: Yo soy Dios con toda la plenitud del sempiterno gozo de un Dios, aun en el cielo de mi propia alma creada; y soy hombre, con el ser de hombre y con todos sus dolores, excepto el pecado. Y esta como mezcla divina y humana tuvo su principio en el seno virginal de María. Y con todo el derecho que tengo de decirle Yo a mi Padre, ¡Padre!, por ser su Hijo divino engendrado por El en su mente virginal, con ese mismo derecho le digo a María, ¡Madre!, por haber engendrado en su virginal seno, por obra del Espíritu Santo, al Dios Hombre, al Verbo Encarnado, a mi Humanidad, aunque ésta también procede de la santa y purísima fecundidad del Padre.

Y ¿por qué creer que amo tanto y con mayores quilates de amor a María? Por el reflejo que tiene de mi Padre, por la doble fecundidad del Pa-

dre que en sí misma tiene, como criatura privilegiada y por la que tiene comunicada por el Padre en razón de la sombra fecunda del Espíritu Santo que la cubrió.

Nunca podrá el hombre penetrar y comprender la grandeza de María, la divina fecundación en María y la altura a donde mi Padre sublimó a María.

Al haber Encarnación real, también hubiera habido reflejo de esa insigne gracia, por ser ese misterio el que más complace a mi Padre y del que se derivan muchos misterios y gracias en favor del hombre.

Y ¿saben qué es lo que atrae en ese misterio de la Encarnación real o mística? Lo atrae sólo su fecundidad, como algo de El mismo, de su mismo Ser; porque Dios sólo se ama a Sí mismo, y en El a todas las cosas, creadas y por crear.

Esta es una nueva predilección mía, el recordarles de diversos modos mi amor, mi infinito amor, porque anhelo con toda mi alma que aprecien, utilicen y agradezcan la santa fecundidad del Padre, la misma de María, que llevan consigo".

CXLVII

LA FECUNDIDAD Y LA VIRGINIDAD SACERDOTAL

"San Pedro era viudo y tenía un alma virgen y sencilla, ardorosa, a la vez que cándida. Por eso,

entre otras razones, los viudos pueden ser sacerdotes. La fecundidad del Padre virgen quiso fundar una Iglesia fecunda virgen y a su imitación; y si no todos los sacerdotes serán vírgenes, sí deben ser puros; deben, para hacer fruto en las almas, transformarse en Mí, y por la potente y purísima fecundidad del Padre, dar frutos de pureza y engendrar las almas para el cielo.

Los sacerdotes encontrarán el secreto de su pureza en su transformación en Mí; y es tan pura, tan virgen, tan inmaculada le fecundidad del Padre en Mí, que al transformarse el sacerdote en Mí, esa fecundación santa y virgen borra hasta las huellas de lo menos puro que pudiera haber en un sacerdote. Como fecunda, esa santa fecundación engendra pureza, y como purísima, santa y divina, transforma y angeliza.

No tan sólo los asemeja a Mí esa santa fecundidad en mis sacerdotes, sino que en cierta manera los identifica Conmigo, la Pureza eterna, los transforma en otros Jesús, en *un Jesús,* cabeza de todos los sacerdotes, formando un solo cuerpo santo y puro, una sola voluntad con la de mi Padre amado.

¿Cómo formar un Cuerpo virginal a mi imitación, si los sacerdotes no son más que ángeles —otros Yo, a quien representan— por su pureza?

Es tan cándida mi Iglesia, que sólo la doy por Esposa a los que juran ser puros. La Iglesia, en su virginidad, tiene su fecunda virtud en las almas, y la estola de blancura que da a sus sacerdotes ese

emblema de la pureza más que angélica que debe distinguirlos.

Los sacerdotes son para Mí más que ángeles, por la sublime misión que desempeñan en la tierra, la de representarme; y más aún, cuando se transforman en Mí. Ellos son otros Yo en la Misa y me representan en los Sacramentos, transformados en Mí; y Yo soy más que todos los ángeles, soy su Creador y Conservador. Pero los sacerdotes son para Mí más que ángeles; son otros Yo mismo y deben ser siempre *otros Yo* en la tierra, es decir, el Cuerpo santo, puro, sin mancha del cual soy Yo la Cabeza, en la Iglesia de Dios.

Por eso insisto tanto en la pureza de los sacerdotes; en ese vivo, sagrado y palpitante matiz de la fecundidad del Padre, en su eterna virginidad, limpieza y blancura. Sólo los limpios tienen el privilegio de ver a Dios, de sentir íntimamente a Dios, de unificarse con la Trinidad, y ¿quiénes con más razón que los sacerdotes deben ser puros y vivir mi misma vida, y copiar en sí mismos al que es la Vida?

Y ¿por qué soy Yo Vida? Sólo por la fecundidad del Padre, causa y origen de toda vida; pero vida producida por una fecundidad virgen, por el concurso del Espíritu Santo, en su eterna Luz, en su Pureza por esencia.

La vida divina sólo puede comunicarse por la pureza, cuyo origen es Dios mismo en su eterna y virginal fecundidad. Y como esta vida divina es la que los sacerdotes deben producir en las almas, por eso tienen que ser puros, para reflejar a Dios en sí mismos, para emplear en favor de las almas el teso-

ro inapreciable y santísimo que les ha dado: la fecundidad purísima del Padre que los hace *padres* de las almas.

Esta es una de las razones principales por la que los sacerdotes no deben ser casados, porque deben ser el reflejo del Padre virgen cuya Paternidad representan. Su fecundidad en las almas debe ser la misma del Padre con la que engendró a su Verbo, con la santa y virgen fecundidad del Espíritu Santo que produjo en María al Verbo hecho carne para hermanarlo con el hombre. Y para realizar esa fraternidad del Verbo con el hombre fundó la Iglesia; y los instrumentos de esa Iglesia son los sacerdotes, que reciben la fecundidad del Padre y tienen que hermanar al hombre Conmigo, *por mi imitación,* ya que por la Encarnación los hice hijos de un mismo Padre que está en los cielos.

Los sacerdotes son el lazo de unión que une a los cristianos con Cristo; y son *padres,* porque representan al Padre, para producir en las almas la extensión del Verbo, la transformación en Mí, para que mi Padre realice el ideal que tuvo al formar al hombre, de ver retratado a su Verbo y el reflejo de la Trinidad en el hombre.

Los sacerdotes deben ser puros como mi Padre es puro; perfectos, como mi Padre es perfecto; e irradiar siempre caridad, luz, verdad, y santificar las almas, transformados en Mí.

¡Oh, si todos los sacerdotes fueran otros Yo! ¡Oh, si comprendieran y agradecieran mis predilecciones de amor, escogidos desde la eternidad con esas predilecciones que ni los ángeles tienen!

¿Cómo no exigir correspondencia, fidelidad, y sobre todo, *amor,* un intenso y ardiente amor a la Trinidad?

Los casados tendrán, sí, la fecundidad del Padre, pero material, en el sentido de que El es el Centro de toda la vida, porque toda vida viene del Padre; pero la fecundidad espiritual y divina, la que engendra las almas para el cielo, la fecundidad pura y santísima, la misma que eternamente engendró al divino Verbo esa se da no a los casados, sino sólo a los sacerdotes, que deben ser célibes, cuya sublime y santa misión es la del Padre con el Verbo, la de la Trinidad con las almas.

Y a todos los que la Iglesia no les hubiese dejado por la ordenación sacerdotal este privilegio de la fecundidad virginal para las almas, venida de la Trinidad virgen, esos no pueden ser sacerdotes verdaderos, puros y santos, con destinos superiores y sobrenaturales, los de elevar a las almas —por la pureza comunicada espiritualmente— hasta el cielo.

¿Ven por qué los sacerdotes no han de ser casados?

Muchas razones hay de orden inferior para no serlo, pero la fundamental es ésta que digo, de la misión sobrenatural que el Padre pone en las manos ungidas de los sacerdotes y en sus corazones, para ser, a mi imitación, fecundos y vírgenes, padres y santos".

CXLVIII

PECADOS QUE MAS DIRECTAMENTE ATACAN LA FECUNDIDAD

"Como los dolores internos de mi Corazón los produjeron los pecados de los míos, especialmente los de impureza, por ofender la fecundidad de mi Padre; sólo puede borrarlos una íntima fibra del Padre en el Padre mismo, es decir, sólo puede borrarlos la Divinidad, por cuya virtud se borran todos los pecados.

Borran los pecados los dolores redentores del Hijo por lo que tienen de divino o sea de la misma Divinidad del Padre en un Dios hombre.

¡Ay! ayúdenme a expiarlos y aun a borrarlos. Más que nadie pueden hacerlo las almas que han participado de esa misma fecundidad del Padre. ¿Me entienden? Las almas fecundas, *las almas madres,* las que llevan en sí mismas la sombra del Padre y en las que ha puesto el Espíritu Santo a Jesús por medio de la *encarnación mística.*

Esas almas son las que reflejan espiritualmente la fecundidad del Padre, llevan la sombra de esa santa fecundidad —fecunda hasta en su sombra— y la defienden, se inmolan y expían .

Estas almas en virtud de la fibra divina que han recibido del Padre y que las une constantemente Conmigo por el Espíritu Santo, son las que, más unidas Conmigo, expían y merecen. Sólo la fibra divina de la fecundidad del Padre las hace fecundas para

Conmigo, al recibir ese reflejo del Padre que las hace *madres espirituales* por la encarnación mística, al poseerme con el santo título de paternidad recibido del Padre; y por ese insigne beneficio de llevar en ellas mismas el santísimo reflejo divino y fecundo del Padre, son ellas más que nadie las que tienen el deber de velar por esta santa fecundidad divina.

Y como los pecados de impureza son los que atacan y ofenden en cierto sentido la fecundidad santísima del Padre, esas almas son las destinadas, por la Pureza recibida en el Verbo, a expiar y reparar y destruir con lo único que se destruyen esas ofensas de impureza que atacan la santa fecundidad del Padre.

¿Y por qué? Por lo divino que hay en ellas, porque sólo lo divino vale, sólo lo divino alcanza gracias sobrenaturales y compra los perdones.

Sólo Dios desagravia a Dios; sólo Yo, por ser Dios, alcanzo el perdón de Dios. Sólo las almas que llevan a Dios mismo, alcanzan gracias. Y si se ve atacada con los pecados de impureza la santa fecundidad del Padre, las almas que llevan en sí mismas esa santa fecundidad comunicada son las que deben defender en mi unión esa fecundidad santa.

Más claro. Sólo las almas fecundas tienen no tan sólo el deber de defender la santa fecundidad del Padre, sino como el derecho, por la gracia de *maternidad espiritual* que recibieron para comprar la pureza y salvar a las almas de la impureza.

No entienden ni se dan cuenta de las riquezas que encierra la maternidad en la encarnación mística, pero el irradiar pureza, al comunicar pureza, ¿qué otra cosa es sino el fruto lógico de la fecundidad del Padre? Por lo mismo: las almas puras que dan pureza son las indicadas para expiar, clamar y alcanzar del cielo las gracias de pureza para los sacerdotes y las almas.

Todo pecado ataca a la Divinidad; pero los pecados de impureza van directamente, en más o menos escala, a ofender vilmente esa santa y adorable fecundidad que me hizo Hijo del Padre y en todo igual a El. De esa fecundidad de Amor brotó el Amor, procedió el Amor, y se personificó en el Espíritu Santo Amor, que enlazó, fundió y saturó de un amor sin principio al Padre y al Hijo.

El Verbo y el Espíritu Santo son como preciosos frutos de la fecundidad del Padre; fecundidad de pureza y de luz, pero que en el principio ya eran y serán eternamente. Y otra cosa: esa fecundidad eterna de donde han salido todas las cosas no se merma jamás, porque *es una* y encierra todos los géneros y permanecen siempre intacta y pura, santa y divina.

Me ofenden los pecados de impureza porque atacan la santidad por esencia, lo que forma el Ser mismo del único Dios, de mi Padre amado: esa fecundidad santa por la que se consumó la Trinidad eternamente, la que constituyó a la Trinidad eternamente, la que formó en María a Jesús, la savia fecunda de la Iglesia y de la que se derivan todas

las cosas, la que es como la esencia de la misma Divinidad, y que debe ser respetada, venerada, amada y enaltecida, no tan sólo en el cielo, sino en la tierra".

CXLIX

PECADOS OCULTOS

"Quiero hablar de los pecados ocultos, que son los que más lastiman la blancura de mi Corazón. Esos pecados van directamente contra Mí, la pureza por esencia; porque también salen del antro mismo del infierno, de lo más tenebroso e íntimo de Satanás, que de ángel se trocó en demonio, es decir, en negrura, en malicia, en doblez, en suciedad, en engaño, todo en contraposición de lo que soy Yo. Y esos fangos, engendrados en la eterna noche de sus odios contra Mí, es lo que se goza en arrojar contra el Sacerdote supremo, contra la inmaculada blancura, en lo que más me refleja, en los mismos que me representan, en mis sacerdotes amados.

Satanás sabe que los sacerdotes son lo más tierno y querido para mi Corazón, y para ellos fabrica, en sus elucubraciones, venenos que matan el alma y rompen la mía de dolor.

Y estos son los pecados ocultos, los que nadie ve sino Yo sólo; los más emponzoñados, los más venenosos, los que entibian, los que hielan, los que enferman, los que matan a muchas almas sacerdotales que no están blindadas con la pureza de su vocación, o con la unión con mi alma. Estos pecados

el mundo no los ve por lo enorme de su malicia; pero Yo los contemplo dolorosamente, y mi Pureza los rechaza, y mi Blancura no los sufre y los repele.

Son enormes estos pecados contra Dios, salidos del averno con eterno odio a la Pureza sin mancha, el Espíritu Santo todo luz.

Hay que expiar esos pecados con pureza; hay que hacer contrapeso al infierno con pureza.

No crean que la pureza sólo se mancha faltando a la castidad, sino que también consiste la pureza en la delicadeza de conciencia, en tener limpia el alma de imperfecciones voluntarias, en el cuidado y finura para Conmigo, en la tersura del alma, en el candor del corazón, en la caridad con los prójimos, sí, pero por mi gloria con muy elevadas miras.

Esas delicadezas Conmigo afinan la pureza y forman en las almas ese cristal en el que Dios se refleja; entonces, cuando las miradas son puras, adivinan los pensamientos de Dios y reflejan, en más o menos grado, a la misma Divinidad. Tiene tan variados grados la pureza, que mientras más se ahonda en ella, más crece; por razón de que viene de Dios su principio, y que no tiene fin.

Solo en el cielo se comprenderá la pureza porque solo en el cielo se contemplará sin velos a Dios.

Todo aquel que se enamore de la pureza y que la posea, será transformado, es decir, entrará en esos grados fecundos y ascendentes de la transformación en Jesús.

Que se haga mucho hincapié en la vida interior, y esta vida abrirá los senos sacerdotales para recibir

el Don divino, y con El, la blancura que se necesita para la transformación. Esa blancura implica el sacrificio del hombre viejo con las concupicencias que lleva consigo; pero entonces renacerá y aun nacerá el sacerdote santo, apto para darme gloria.

Un sacerdote no puro de cuerpo y alma hará ruido, pero ni para él ni para las almas tendrá ni dará a Jesús, todo pureza. Dios no puede irradiar sino en lo puro, no puede el Hijo reflejarse sin reflejar al Padre y al Espíritu Santo. Y lo primero y lo que siempre debe tener un sacerdote para santificarse y para santificar es limpieza de corazón en la que Dios se refleja, se comunica, y salva.

¡Qué importante es para el sacerdote la pureza! ¡No alcanzan a comprenderlo! Es el cimiento de la santidad, porque con la pureza se ve a Dios, se siente a Dios y se comunica a Dios. Y este es el deber del sacerdote, ver a Dios, sentir a Dios, comunicar a Dios, por Mí, Jesús. Y no puede ni ver, ni sentir, ni comunicar luz, el que no refleja a Dios, el que no ve a Dios con los ojos claros y puros de su alma. Sólo los limpios, sólo los castos, reflejan en sí mismos el candor eterno, al que es Luz de Luz, al divino Sol que calienta, ilumina y santifica.

Pero hay muchos grados de pureza como hay muchos grados de luz.

Se da la pureza a la medida del amor, y se enciende el amor con la vida interior, las virtudes y la oración, que son las lentes para ver a Dios y lo que bruñe el cándido espejo de las almas.

Y si esto es para todas las almas ordinarias o del mundo, ¿cuánto más para los que tienen el sagrado e ineludible deber de ser puros?

Las tentaciones no impiden la pureza, antes acrecientan su brillo, cuando se rechazan con humildad y con amor.

Los sacerdotes no se verán libres de tentaciones, pero les prometo blindarlos contra Satanás, con su concurso y cooperación. Pero esta promesa es ya grande, es muy especial".

CL

CUANTO DEBE VENERARSE LA FECUNDIDAD

"El Padre no procede de nadie; El no fue concebido o engendrado, sino que es por Sí mismo y siempre lo fue: no tuvo principio. Eternamente y antes de todo los tiempos era Dios.

Y con no tener principio, es el Principio de todas las cosas creadas y por crear, por su Ser fecundo que lo produce todo: el cielo, la tierra, las criaturas, las almas, lo natural y lo sobrenatural; porque su potencia creadora es eterna e inagotable. Produce en Sí mismo toda la felicidad en la que vive sumergido; en realidad El es la dicha misma y no sale de Sí mismo para ser feliz, porque es la misma felicidad, hermosura y santidad por esencia. Su gozo está en Sí mismo y todo lo demás son irradiaciones de su mismo Ser. El es el amor y se ama y se extasía eternamente en ese amor sin principio.

Su fecundidad infinita la afocó para engendrar al Verbo; en un deleite inefable lo concibió. El Verbo es la caricia, la ternura, el amor infinito del Padre en quien se deleita eternamente por ser su Hijo, el cual, antes de todos los siglos y de que hubiera tiempo, ya estaba engendrado, porque en Dios no hay tiempo.

El Padre comunicó su divina substancia al Hijo y lo hizo Dios como El, sin nada menos que El, engendrado con la fruición más pura, más santa, más intensa de amor, allá en la eternidad de eternidades, en el inefable arrobamiento de todo un Dios, que se miró a Sí mismo embelesado en sus divinas perfecciones.

Ese deleite de todo un Dios, esa fruición infinita del amor del Padre concentrada en Sí mismo al engendrar al Verbo, ¡oh! nadie la comprende ni la comprenderá, porque en los eternos e inefables secretos del Padre, ese es uno, en el que se extasía y que forma su eterna dicha al contemplar a su Verbo, a su Hijo, su reproducción, su santa y divina fecundidad empleada, como en primer lugar, en engendrar en Sí mismo a su Hijo amadísimo.

En la eterna fecundidad de Dios caben todos los títulos de amor, porque todo amor procede de la paternidad del Padre en su eterna fecundidad. ¿No procedió el Espíritu Santo del Padre? ¿y qué cosa es el Espíritu Santo, sino el amor sin principio, la personificación del amor increado?

En Dios no hay antes ni después, para El no hay tiempo, y el Amor eterno siempre ha sido el amor. En la eterna generación ya había amor, porque sin

amor el Verbo no habría sido engendrado por el Padre. Cierto que el Espíritu Santo es la tercera Persona divina, pero esta Persona divina estaba en la fecundidad amorosa del Padre eternamente, formando la delicia infinita del Padre y del Hijo en una sola Divinidad.

Me gozo —no diré en recordar esas cosas, porque para Mí *son presentes;* Yo no tengo recuerdos, sino realidades *presentes*—, pero me gozo en comunicar un rayito del Sol mismo que soy Yo, para que aprecien la santa fecundidad del Padre en Sí mismo, porque sin salir de Sí mismo engendró al Verbo, y del Padre y del Hijo engendrado procedió el Espíritu Santo en una sola y única Divinidad.

Amen con todas sus fuerzas esa divina, eterna y santísmia fecundidad del Padre, y hagan que sea amada. En todas partes existe, y no es apreciada ni agradecida aun de los que son míos.

Muchos misterios y muchas oscuridades se transparentarían si se tuviera en cuenta el poder sublime y la acción amorosa en todo lo natural y lo sobrenatural de esta santa fecundidad del Padre que da la vida, que la impregna y diviniza en todos sus actos; de esa fecundidad que es la luz, que es potencia creadora, que es no sólo germen sino la misma Vida.

En la Iglesia tiene su desarrollo en el mundo la santa fecundidad del Padre en todos los sacramentos, y en lo central de ella, es decir, en la parte activa que son sus sacerdotes: al Papa, a los Obispos y a todos los sacerdotes en sus diversas jerarquías,

les es dado el emplear esa santa fecundidad de paternidad en las almas, es decir, tienen a su disposición lo más grande, lo más sagrado, lo divino, la misma Divinidad; porque la santa fecundidad del Padre constituye no parte del Ser, sino el Ser mismo del Dios creador, el centro capital de todos sus atributos, el motor divino y santísimo que da vida y movimiento y savia a todo el mundo espiritual y material.

Es lo más grande que existe en Dios, su fecundidad incomprensible; porque la fecundidad es amor infinito, y Dios es amor, amor que produce, amor que unifica, amor santo, amor de infinita potencia, de infinitos quilates, de infinita vida que da todas las vidas y hace germinar todas las cosas de naturaleza y gracia.

Yo quiero que se estime, se aprecie, se valorice y se ame lo que tanto amo Yo: la santa fecundidad de mi Padre amado. Quiero que se reparen los pecados, que no se vea atacada y ofendida por los pecados de impureza, que van contra ella. Quiero que se angelice el mundo, y sobre todo, mis sacerdotes amados. Quiero que se agradezca de una manera especial a mi Padre esta santa fecundidad, que se la respete con la pureza, que se la venere con los corazones limpios, que se la ame, porque en ella se amará al Padre, a la Trinidad en su Divinidad misma.

¡Tiene tan hondos abismos de amor la santa fecundidad del Padre! Después de la generación eterna del Verbo en el seno infinito de Dios, de la procesión del Espíritu Santo y de la Encarnación; lo

más fino lo concentró mi Padre en su Iglesia: y por eso, repito, la Iglesia es fecunda, y sus miembros reciben la fibra santa de esa paternal fecundidad por la que se llaman *padres*. Y ellos menos que nadie no deben materializar esa fecundidad espiritual, ni degradarla y arrastrarla por el cieno. Inmenso es este pecado, pecado de lesa majestad contra la Majestad misma.

Y si ellos, mis sacerdotes, me representan, ¿qué sentiré al ver ofendido a mi Padre, en cierta manera por Mí mismo?

Este crimen así considerado en su profunda realidad, horroriza, y no tuviera perdón, si Yo, Dios-Hombre, no estuviera entre el cielo y la tierra, y como blanco de todos los tiros de los míos que tan vilmente traspasan mi Corazón.

Si pudiera ser que a Mí como puro hombre me ofendieran, sufriría en silencio sus ultrajes; pero soy Dios, y como Dios-Hombre, amo a mi Padre con doble amor de gratitud, porque a su santa fecundidad le debo el Ser, como Verbo, su Hijo único; y como Dios-Hombre, a su santísima y pura fecundidad —operativa en el seno de María— le debo también la vida humana, por obra del Espíritu Santo.

Por eso amo en mi Padre con amor ardentísimo y con gratitud especial su santa y verdadera fecundidad; y por eso la defiendo y me duele verla atacada, ultrajada, deshonrada ante la misma Divinidad, ofendida por mis sacerdotes otros Yo, como por Mí mismo.

¿Saben lo que es ofender a lo que más se ama y con amor infinito, de Dios a Dios?

Y a la vez, tengo que impetrar los perdones como hombre, y a la vez darlos con mi Padre como Dios. Este es un misterio de dolor incomprensible para el hombre, que si viera la magnitud de su crimen y mi amor filial tan ofendido con los pecados contra la fecundidad santísima de mi Padre, no pecaría.

Que por estas quejas de mi alma se extingan esos pecados de impureza y cesen ya de ofender en esa santa fecundidad a quien todo lo deben y que tanto amo. Pidan porque se angelice la tierra especialmente mis sacerdotes amados: no es un deber de ellos solamente, sino una petición implorante de mi Corazón de amor, que no quiere ver pisoteada esa santa fecundidad del Padre que merece toda gratitud, y toda reverencia, y todo amor de lo más íntimo de los corazones".

CLI

LO QUE ES EL CIELO

"Al engendrar mi Padre a su Verbo, allá en la eternidad de eternidades, en una fruición inefable de su fecundo amor, ya tenía también en su mente divina a su Verbo hecho carne en el tiempo, en el purísimo seno de María. Ya en su entendimiento estaba realizado este misterio de Dios-Hombre, y en su único amor hacia Mí, creó el cielo, para premio de mi Humanidad Sacratísima.

Creó el cielo y los ángeles, y empleó su fecundidad infinita, y puso en aquel cielo todos los delei-

tes inimaginables para la criatura y las delicias de un Dios, para coronar con esa inefable dicha al Dios-Hombre; por eso hay un cielo creado para Mí, y por Mí, como Cabeza, para las almas y para los cuerpos de los hombres, salvados por la Redención que había de existir en el tiempo.

El cielo fue creado por mi Padre increado, eterno, infinito, que existió siempre, y que existe por Sí mismo sin concurso de nadie, puesto que en los insondables abismos de su existencia ya existía, ya era Dios, que se explayaba dando vida de su eterna Vida al Verbo, y espirando al Espíritu Santo que une con un indisoluble nudo de indeficiente luz a las dos Personas divinas. Ese divino Espíritu es la gloria del Padre y del Hijo como el depositario de la fecundidad del Padre en las almas.

Miren desde donde me debe favorecer el hombre, desde la eternidad, porque desde entonces me ofrecí a redimirlo; pues el pecado y la ingratitud del hombre ya estaban presentes en Dios. Y como mi Padre ya me había engendrado no tan sólo como Verbo, sino como Verbo Encarnado, como Dios-Hombre, en *su mente divina;* ya preparaba también la Redención, la purificación para la humanidad, y también el cielo creado para premiar al Dios-Hombre, y al hombre divinizado en la Divinidad, ya justificado.

Al cielo sólo puede entrar lo divinizado por el Hijo, por mi contacto divino que purifica y blanquea; sólo entran ahí las almas que llevan mí parecido por la Redención, por su incorporación Conmigo en la Iglesia.

Y digo que el hombre le debe el cielo a la fecundidad amorosa del Padre, que creó ese lugar de delicias inefables para premiar mis méritos, y por mis méritos, a los míos que formarían mi Cuerpo místico.

Por eso en el cielo hay unidad, porque ahí las almas glorificadas *serán Cristo* por su transformación en Mí; y mi Padre en ellas no verá más que a Mí como Dios-Hombre, como a su Hijo amadísimo.

Esta incorporación en Mí es el cielo, que comienza en la tierra por mi Iglesia en sus sacramentos, que continúa en la transformación y que tiene su plenitud en el cielo. Allá todas las almas y aun los cuerpos serán *una sola Cosa Conmigo,* y la complacencia de mi Padre se extenderá a ellos, sólo porque en ellos ve mi imagen sacratísima; porque mi Padre sólo se ama a Sí mismo por el Espíritu Santo en su Verbo, en el que tiene sus inefables y supremas delicias.

Los bienaventurados entran en el gozo del Padre, de su Dios y Señor, y esto precisamente es el cielo, es decir, el Verbo, en el cual el Padre se refleja, al que se une cada instante, es decir, *siempre,* porque los instantes son de la tierra no de la Divinidad, pues ya saben que en Dios no hay tiempo.

El gozo del Padre en el Verbo, en su Hijo engendrado, una sola Divinidad con El, es en donde viven embelesados los bienaventurados; con el gozo del Padre que lo forma su Verbo, cuyo amor, cuya luz, cuya eterna ventura confirma con indecible unión el Espíritu Santo.

Ese es el cielo, la eterna unión de la Trinidad de que participan los hijos de Dios. Entran a los abismos insondables de los misterios de la Luz, de la Belleza increada, de la santa fecundidad, de los infinitos arcanos de la unidad, y se gozan en un solo gozo: *el del Padre en su Verbo,* a quien constantemente acaricia con sus miradas de Padre, con sus complacencias de Padre, con su fecundidad, acumulando deleites santos con esa santa fecundidad de amor, que es como el Corazón de ese Padre que sólo tiene *un amor único,* porque es unidad.

Y ese amor es El mismo en su Verbo a quien ama con la misma intensidad y pureza, con la misma diafanidad y blancura, con el mismo fuego ardiente de caridad infinita con que se ama a Sí mismo, con ese incendio divino que es el Espíritu Santo.

Y para ese gozo, para ese cielo del Padre que formo Yo mismo, creé mi Iglesia, la fundé en la tierra, para que sus hijos, incorporados con el Hijo único en quien todos los bienaventurados se unifican, gocen del gozo de mi Padre, *de la causa* de ese gozo, que soy *Yo mismo;* y transformados en Mí, su Cabeza, formen ese UNO *Conmigo,* y consigan su eterno fin.

Y ¿cómo no ha de querer mi infinita caridad salvar a los MIOS y compartir con ellos ese cielo, premio del Padre al Dios-Hombre y perderlos en Mí que soy el gozo de todo un Dios? ¿Cómo no he de buscar por todos los medios que los hombres formen una sola cosa Conmigo y sean también el gozo de mi Padre, al verlos en Mí unificados?

Por eso no sufre mi infinito amor que se pierdan las almas, que renuncien a la dicha que darían a mi Padre, y que no labren además su eterna y propia felicidad.

Por eso clamo hacia mis sacerdotes y levanto mi amorosa voz pidiendo ¡almas! ¡almas! que me den almas para saciar la sed de caridad en que me abraso con este martirio de atracción que tengo como Dios-Hombre. Ansío darle almas a mi Padre *en Mí,* que lo glorifiquen; y me es muy dolorosa la inacción de muchos de mis sacerdotes que viven y duermen tranquilos y dejan perecer las almas que podrían ser felices eternamente.

Quiero que tomen muy en cuenta la perdición de las almas por su poco celo y la gloria que le quitan a la Trinidad. Porque si es cierto que el Padre sólo se ama a Sí mismo en Mí no tan sólo me ama como Verbo, sino *como Verbo hecho hombre,* eternamente, en su vida divina, y al hombre purificado por Mí, al sacerdote en Mí, con su divino contacto. Y El ama a lo que Yo amo, a la humanidad incorporada a Mí, de quien soy Cabeza.

Por eso ama mi Padre al hombre, por mi humanidad concebida eternamente en El mismo. Ya que por esta santa fecundidad de mi Padre en el Verbo Encarnado, el hombre tiene en su cuerpo y en su alma lo divino. Por el contacto del Verbo; es decir, por la misma Divinidad del Padre y del Hijo, el hombre se diviniza.

Por ese amor eterno de la fecundidad del Padre en su Verbo hecho hombre ama mi Padre al hombre *en Mí,* por ese infinito amor le dio al hombre su

propio Hijo, Dios-Hombre, para que entre otras cosas no fuera estéril por el pecado su eterna fecundidad en Mí respecto del hombre.

Y si las almas y los cuerpos se van al cielo a gozar del mismo premio que mi Padre me preparó como galardón por ser Dios Redentor, es tan sólo por su incorporación en Mí, por su transformación y unificación en su Verbo hecho hombre.

El cielo es Dios, es el premio de la Redención brotado de la fecundidad de amor del Padre al Hijo; es la glorificación del Padre por el Dios-Hombre con todos sus miembros místicos que completan, en cierto sentido la Santa Humanidad del Dios-Hombre, del Hijo único del Padre con sus dos naturalezas.

Y para esta gloria del Padre y para esta felicidad de las almas y de los cuerpos, fundé mi Iglesia; y ¿este ideal de la Trinidad, que es la salvación de las almas en Mí, a quiénes les toca sino a los sacerdotes?

Necesito sacerdotes santos, no me cansaré de repetirlo; necesita mi Iglesia sacerdotes puros y llenos del intenso amor de celo con el fuego del Espíritu Santo".

FIN DEL TERCERO Y ULTIMO VOLUMEN

I N D I C E

CXVI	Sacerdotes caídos	5
CXVII	Auxilios preventivos	11
CXVIII	Sacerdotes inactivos	15
CXIX	Caridad que deben tener los sacerdotes por sus hermanos caídos	19
CXX	Lo que vale un alma sacerdotal	24
CXXI	Impedimentos para recibir las gracias sacerdotales	30
CXXII	Sacerdotes demasiado activos	37
CXXIII	Sacerdotes apóstatas	42
CXXIV	Pureza	49
CXXV	Almas sacerdotales que se cierran a la gracia	50
CXXVI	Sacerdotes difuntos	51
CXXVII	Promesa	56
CXXVIII	Los sacerdotes y el Juicio final	57
CXXIX	La Fecundidad del Padre	61
CXXX	La Fecundidad y los Sacerdotes	71
CXXXI	La Fecundidad y los deberes que impone	75
CXXXII	La Fecundidad y la Virginidad	81

CXXXIII La Fecundidad y el Dolor 88
CXXXIV La Fecundidad y el Espíritu Santo .. 92
CXXXV La Fecundidad y los cuerpos 99
CXXXVI La Fecundidad y la pureza 107
CXXXVII La Fecundidad y los Dolores internos de Jesús 112
CXXXVIII La Fecundidad y el Dolor en las almas 118
CXXXIX El Dolor transformante 122
CXL La Fecundidad y la Eucaristía 131
CXLI Dignidad del sacerdote 137
CXLII Advertencias 143
CXLIII Cobardía e interés 149
CXLIV Por qué el Verbo se encarnó 156
CXLV La Fecundidad y la gracia 161
CXLVI Consecuencia de la Encarnación ... 165
CXLVII La Fecundidad y la virginidad sacerdotal 175
CXLVIII Pecados que más directamente atacan la Fecundidad 176
CXLIX Pecados ocultos 179
CL Cuánto debe venerarse la Fecundidad 182
CLI Lo que es el cielo 187

Se terminó la impresión de este
libro el día 16 de Julio de 1981.
Imprenta "Ideal", Fragonard 44,
México 19, D. F.

Editorial La Cruz

Apartado 1580. México 1, D. F.